



# SUEÑOS Y GUERRAS DEL MARISCAL

Gabriel Jiménez Emán



# SUEÑOS Y GUERRAS DEL MARISCAL

Gabriel Jiménez Emán

---

*ediciones*  
**MINCI**

## SUEÑOS Y GUERRAS DEL MARISCAL

**Gabriel Jiménez Emán**

Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para la

Comunicación e Información. Parroquia Altagracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802 83 14 / 83 15

Rif: **G-20003090-9**

**Nicolás Maduro Moros**

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**Jorge Rodríguez**

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

**Harim Rodríguez**

Viceministro de Planificación Comunicacional

**Gustavo Cedeño**

Director General de Producción y Contenidos

**Kelvin Malavé**

Director de Publicaciones

Edición y corrección de textos

**Maria Aguilar, Ricardo Romero**

Diseño y diagramación

**Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018000209**

ISBN: **978-980-227-358-4**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Febrero, 2018



# SUEÑOS Y GUERRAS DEL MARISCAL

Gabriel Jiménez Emán



**SUEÑOS Y  
GUERRAS DEL MARISCAL**

## NOTA

**L**as fuentes para la organización de esta novela han sido principalmente documentos, hechos de la gesta heroica de la Independencia americana, y las propias cartas de Antonio José de Sucre. El movimiento anímico del personaje, los dobleces de su personalidad, así como su peripecia—individual o colectiva— han sido reelaborados en un lenguaje literario y pertenecen, por tanto, al terreno de la ficción, sin que por ello deba ser considerada una novela histórica, y mucho menos historia fabulada.

El autor

## Capítulo 1

# El sueño del fantasma

**A**ntes de abrir los ojos siento el cuerpo muy liviano, livianísimo, como si estuviera acostado en un lecho de plumas y apenas los abro me doy cuenta de que no estoy en una cama sino en la tierra, sobre ramas y rodeado de árboles. Oigo también el sonido del agua en un arroyo. Me incorporo poco a poco y escucho, sentado, los cascos de unos caballos que galopan a lo lejos y distingo a mi mula con los ojos asustados; está herida, relincha y caracolea. Me incorporo para tomar sus riendas, pero parece no advertir mi presencia. Mi mano no puede asir las riendas para llevarla a algún sitio y curarla. Luego veo aparecer a mi ayudante Lorenzo Caicedo, quien se dirige muy cerca de mí hacia un cuerpo tendido en la tierra: es mi propio cuerpo ensangrentado; y Caicedo llora sobre él. Esto es algo que no puede ser, me digo, no puede ser cierto a menos que sea uno de esos sueños fantásticos que me han perseguido últimamente, desde que estaba en Bolivia.

Una cosa extraña me sucede con los sueños que tengo desde entonces: son alucinantes, en ellos vuelo como un



pájaro y me estrello luego contra el cielo o caigo a un abismo con las alas rotas y quemadas, como Ícaro, o bien voy volando sobre el mar de Cumaná y planeo por encima de las olas y de las playas como un ave, hasta que veo a mi madre que me llama desde alguna playa. Y entonces desciendo a gran velocidad y me poso junto a ella, para que me acaricie. Ella también posee unas enormes alas, como las de un ángel; yo en cambio tengo la forma entera de un gran pájaro. Y apenas comenzamos a dar unos pasos, ella remonta el vuelo y yo me quedo solo en la playa, dando aletazos nerviosos y graznando.

Otras veces ocurre con mi padre, solo que yo le invito a volar y él no se cerciora de que yo soy un pájaro, a pesar de que mis alas son tan grandes. Miro con asombro su uniforme militar y le pido que me permita acompañarle a la guerra, y él no lo quiere así. Pero apenas se distrae, yo aprovecho para escaparme volando a ver las acciones de batalla que él tanto me describe; él no sabe que yo las puedo ver tranquilamente desde arriba, ese es mi gran secreto.

Pero nada de esto me sucede ahora. No puede ser que esto sea un sueño, que esté reflexionando sobre algo que no es verdad.

A lo sumo podría estar viviendo la experiencia conocida — aunque no muy usual— de un sueño dentro de otro sueño, de

la que siempre se acaba por despertar o con una caída, con un golpe, con un impacto cualquiera... pero esto de transparentarme conscientemente y el no haber despertado ni siquiera al abrir los ojos en el segundo sueño debe ser otra cosa.

Mi caballo está desorientado, sus ojos están llenos de miedo; corre hacia la quebrada y se interna por el bosque.

Lorenzo Caicedo sigue contemplando mi cuerpo inerte. Por un instante estuve tentado de acercármele, pero ya no es necesario. Ya entendí todo de un solo foganazo: ese es mi cuerpo sin vida luego de haber recibido un balazo fulminante en el corazón, y esta es la selva de Berruecos, que hube de atravesar para dirigirme a Quito. Ya no hay remedio: estoy muerto, pero nunca pude imaginar que la existencia se continuaría de este modo, que podía seguir viendo las cosas desde esta forma incorpórea, nunca creí en el más allá ni en lo que me decían durante mi formación religiosa, porque mi espíritu siempre estuvo dispuesto a servir a mi país y a mis pueblos de América aquí en la tierra, en estos países muy reales y concretos a los cuales intentamos dar entidad: Venezuela, Ecuador, Bolivia, Perú, Colombia.

Simón Bolívar lo sabía y luchamos con él para liberarlos del yugo español. Solo que él también ha muerto, lo cual es muy

triste. ¿Pero qué estoy diciendo? Si el Libertador está muerto quizá podríamos vernos en algún lado bajo esta misma forma incorpórea. Trataré de ubicarlo como pueda, pero debo salir de aquí antes de que anochezca.

La noche cayó lentamente sobre aquellos bosques, y yo caminé tranquilo hacia cualquier parte. Ya no estaba preocupado por la política, por las intrigas del nuevo poder ni por el clientelismo de los nuevos gobernantes. Mi espíritu está tranquilo y puede vagar libremente por éste y otros bosques, oír el canto de los pájaros o el rugir de las fieras. No sentía frío ni calor, ni hambre. Mi cuerpo trémulo se desliza sin apuros por estos parajes, disfrutando de la visión de un cielo repleto de estrellas, de astros relampagueantes que no conocían de geografías ni de países; solo están allí emitiendo su brillo eterno desde el espacio, irradiando luz para los ojos de los seres que habitan la tierra, incluyendo a los fantasmas. Es algo grandioso que los muertos puedan mirar las estrellas. A lo mejor este no es el verdadero fin, sino una manera de perpetuarse en otra dimensión.

Al fin comienzo a explicarme, mientras camino por estos parajes umbríos, cuál pudiera ser la función de los muertos con relación a los vivos: decirles cosas a través de los libros, el arte o la historia, que todo esto que legamos es una especie de operación

cifrada, un código analizable por la posteridad para asegurar la permanencia de los instantes pasados. El alma no descansa en un sentido de creación, continúa viva desde la obra de los hombres y luego con el tiempo se vuelve humana, elevada a los lugares de trascendencia más allá de la carne mortal.

Con esta convicción marché hasta un punto en el que el bosque ya comenzaba a desaparecer. Ya había dejado atrás los árboles. De súbito tenía delante de mí a una pradera, que se extendía hacia el horizonte y allá lejos algo brillaba, algo así como un resplandor plateado, un tanto zigzagueante.

Al adelantarme siento que la liviandad de mi cuerpo se va reduciendo, el aire se va haciendo más pesado y casi no puedo respirar, ya no voy tan atónito y asombrado como hasta hace unos momentos y choco literalmente con el aire, doy con la frente en un viento que parece arrastrarme. No, no, no parece, en efecto el aire se ha convertido en un fuerte viento que me lleva en el centro de un torbellino, doy vueltas y me confundo con la enorme fuerza de su centro, pero no debo temer, pues ya estoy muerto, y sería ya exagerado que tenga que morir dos veces.

Me elevo primero a muchos metros y no puedo distinguir casi nada de lo que sucede allá abajo. El torbellino ha ido calmándose y ahora comienzo a divisar una gran superficie

azul: es el mar, y a él he sido arrojado con una fuerza enorme, tanto, que he llegado a sumergirme varios metros en las profundidades, trago y trago agua salada, pero el agua me sale por los poros y mis pulmones respiran libremente. El cuerpo comienza a ir hacia la superficie y pronto me encuentro flotando. Percibo el sonido de algunos pájaros que planean a pocos metros de mi cabeza y hasta el sonido lejano de las olas que rompen en la playa. Apenas abro los ojos veo intermitentemente la arena y a dos hombres que se acercan nadando y llegan hasta mí, me toman y me llevan hasta una pequeña barca de pescadores, me dan varias palmadas hasta que reacciono. Me dan de beber agua de coco. Conducen la barca hacia la orilla, me ayudan a bajar de ella y luego me sientan un rato en la arena.

— ¿Qué le ha pasado a usted, hombre? ¿De dónde viene?— pregunta uno de ellos.

En cuanto me hace la pregunta mi mente arroja una red hacia el pasado, se disuelve en el recuerdo de varios sucesos. Veo primero a un hombre, a un prisionero, que es conducido ante un pelotón de fusilamiento, y luego a otro asfixiado por unas manos asesinas en la cama de un hospital. Estas dos escenas dolorosas llegan hasta su punto más cruel cuando me asaltan las imágenes de una mujer

alta, bella, que se lanza desde un balcón. Ahora comienzo a recomponer los peores sucesos de mi infancia: sí, esos eran mis hermanos de sangre, asesinados los primeros cuando el sanguinario José Tomás Boves entró a Cumaná para tomar por las armas la ciudad. Mi hermana, ante la posibilidad de ser violada y luego asesinada, prefirió lanzarse desde el balcón de su casa, y ahora mismo no sé de dónde vengo y cómo he llegado aquí, a estas playas donde ahora oigo la voz de un hombre preguntándome qué me ha sucedido.

—Es una historia muy larga de contar— le respondo.

—Podemos llevarlo hasta Cachacacare, señor...

—Sucre... Antonio José de Sucre. Ustedes me han salvado, les debo la vida.

—Estábamos pescando aquí Francisco y yo, cuando de pronto le vimos, dijo el otro, llamado Santiago.

—Les agradezco mucho... —dijo tosiendo— Es buena idea ir hasta allá. Seguro ahí encuentro donde repomermee. Gracias.

Cachacacare: ese nombre me recordaba cosas. Una vez llegamos al pueblo, les agradecí a Santiago Calderón y a Francisco Javier Gómez, y así se llamaban, todo lo que habían hecho por mí. Nunca olvidaré esos nombres. Al fin y al cabo, es por hombres como éstos, sencillos y humildes, por quienes uno pelea, por quienes se libra toda esta guerra, para que ellos puedan vivir en una nación libre del yugo español, para que puedan compartir su pan y su vida sin el peso de la esclavitud y la humillación. Les expliqué quién era, y cuando les dije que venía del exilio en Haití, no me lo creyeron, lo vi en sus ojos. Después se alejaron susurrando por una calle del pueblo. No, no pueden adivinar que cerca de estas playas de Güiria y Cumaná yo vine al mundo en el año de 1795, y que mi familia viene de una larga tradición militar. Comenzando por mi padre, Vicente de Sucre Urbaneja, que fue Coronel de Infantería de Fernando VII. En cambio mi madre, María Manuela de Alcalá, muere muy pronto, cuando yo apenas tenía siete años. Mi padre vuelve a casarse con Narcisa Márquez Alcalá cuando yo cumplí nueve años. Mi papá Vicente me mandó al cuartel desde los trece años, y en Caracas estuve estudiando en la Academia de Ingeniería Militar. Ahí me puso bajo la orientación de mi padrino Antonio Patricio Alcalá, un hombre muy recto y muy inteligente, que no solo sabía decir su misa en la Catedral de Caracas, donde era arcediano. También estuve a la disposición de José Mires, un militar español

que me enseñó las primeras cosas para llegar a ser militar, para hacerme un hombre de guerra.

Pero yo en realidad no soy un hombre de guerra para la guerra, yo soy un hombre de guerra para la paz. No sabe nadie la desazón que voy experimentando poco a poco, mientras el militar que hay en mí se va formando, presiento tantas cosas nefastas para mi país. Ya he oído que Don Francisco de Miranda está organizándose para libertar a Venezuela, pero ya ha fracasado en los dos primeros intentos. Ya estamos en 1810, y debo irme de nuevo a Cumaná, ya soy Cadete de la misma Compañía de Húsares que regentó mi padre Vicente. Otro Vicente, Vicente de Emparan, ha sido reconocido en Caracas como Gobernador y Capitán General de la Provincia de Venezuela, y apenas hace unos meses terminaba de tomar posesión, cuando unos líderes criollos quisieron destituirlo sin suerte. Lo mismo ocurrió cuando un grupo de notables criollos hacen una petición al gobernador para crear una Junta independiente de la de Sevilla, y son encarcelados. Pero finalmente el Cabildo triunfa y una Junta Suprema ha asumido el poder. Al fin estamos dando pasos decisivos para lograr la Independencia.

Yo he sido nombrado en la Junta de Cumaná Subteniente del cuerpo de milicias del ejército de Oriente, y luego mi responsabilidad ha sido mayor cuando me encargaron



del cuerpo de ingenieros militares en la isla de Margarita. Mi padre me ha dado fuerzas desde Cumaná, donde es Presidente del Ejecutivo. Ahora ya estoy listo para enfrentar las responsabilidades que sean necesarias, porque ya el 5 de julio ha sido declarada la Independencia de Venezuela en este año de 1811, y ha sido izada por primera vez con orgullo nuestra bandera, que el general Francisco de Miranda ha diseñado con tanto esmero.

La mente se cansa a ratos de tanto rememorar todo aquello. Me parece mentira que desde tan joven tuviera yo que pensar como un adulto. Casi ni tuve infancia; todo fue estudio, lógica, tácticas, diplomacia. Casi ni me di cuenta cuando ya estaba participando en la Campaña del Centro, comandando a los artilleros, asistiendo a Juntas de guerra en medio de los nuevos peligros que acechaban a la República: apenas el jefe español Domingo de Monteverde avanza hacia Caracas, cuando el Congreso de la República recién ha sido disuelto. Encima de esto llegan las noticias del terremoto que asoló a Caracas, Barquisimeto, Mérida, San Felipe y La Guaira. Simón Bolívar ha dicho bien: “Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.” Nunca había hablado alguien antes así, con una verba tan convincente, con tanta fuerza. Ha caído la Primera República, pero no hay que desmayar. Monteverde es el Jefe por ahora, pero la campaña libertadora continuará, cueste lo que cueste.

Ahora, incorporado a la Campaña de Oriente, estoy a las órdenes del general Santiago Mariño. Ya hemos tenido noticias de que Francisco de Miranda fue hecho preso en La Guaira y que Bolívar ha debido exiliarse en Curazao y luego en Colombia. Debo honrar mi nombramiento de Teniente Coronel y entrenar estas tropas que irán desde el Oriente hacia el Occidente, para que Simón Bolívar y Santiago Mariño, estos dos hombres a quienes tanto admiro, se encuentren. Bolívar viene desde Cartagena cumpliendo la Campaña Admirable, y Mariño desde Trinidad ha llegado a Maturín. Y es observando el ejemplo de estos dos jóvenes valientes, Bolívar y Mariño, de donde llegué a la conclusión de que se debe aprovechar lo mejor de la juventud para luchar por un ideal, sea éste cual fuere.

No quiero pensar más en aquel monstruo de Boves, que marcó mi vida con la sombra del infortunio, que nubló mi felicidad familiar después de que mi madre se vino a esta dimensión tan temprano, porque yo sé que mi madre estuvo presente en mi habitación allá en Caracas, soplándome caricias al oído para que fuese un hombre noble. Sin esos susurros de mi madre en la noche desde el otro mundo yo no hubiese sacado fuerzas para enfrentarme a la vida, y ahora puedo decirlo con toda propiedad, porque he comprobado que existe este mundo inverosímil, fantástico, desde donde puedo recordar y sopesar con mayor claridad todo lo ocurrido.

Pero no puedo negar mi confusión. A ratos me parece estar vivo de verdad, en mi caparazón de carne y huesos, y confundo ese estado con éste que podría llamarse fantasmal. Y ahora me preparo a enfrentar la presencia sombría de aquel ser, si es que se le puede llamar así: José Tomás Boves, responsable de la muerte de mi familia. Este hombre sanguinario ha seguido ganando terreno, mientras ya estaba recuperándome del triste fracaso de la Batalla de Maturín, la cual estuvo comandada por el general José Francisco Bermúdez, uno de los mejores de Oriente.

Esta fue mi primera derrota militar y mi triunfo moral. Debo exilarme un tiempo en las Antillas y en Colombia, pues un nuevo caudillo realista aparece en las costas de Margarita: Pablo Morillo. Es por ello que debo marchar a unirme al ejército oriental del general Santiago Mariño. Todavía oigo con claridad las palabras de Mariño cuando nos encontramos en Cumaná:

—Bienvenido, Comandante Sucre. Su llegada es una alegría y una promesa muy grande para nuestro ejército y para nuestra causa. Lo extrañábamos mucho por aquí, y celebramos que haya salido bien de su viaje desde Trinidad.

—Estoy a sus completas órdenes, General. Tengo

entendido que el general Bolívar organiza desde Haití una nueva expedición para libertar nuestra Patria, con la ayuda del presidente haitiano, Petión.

—Así parece, Sucre. Nuestro ejército de Oriente es ahora mismo el más consistente de Venezuela, y espero que usted acepte ser el Jefe del Estado Mayor de mi ejército.

Recuerdo que hice una ligera reverencia para responderle:

—Será un honor para mí, general Mariño. He oído hablar de Páez en los llanos. Dicen que es muy aguerrido.

—Sí, así parece —contestó Mariño— Ahora hay jefes por todos lados. No entendí en ese momento el recelo del general Mariño contra Páez, pero igual me puse a trabajar para organizar un batallón, el Batallón Colombia, para reforzar la Campaña de Oriente. Luego formé aquel cuerpo de Infantería del Bajo Orinoco. Pero la guerra, o mejor, esta lucha no se ganará solo con las armas. Habrá que negociar y disolver por todos los medios las discrepancias que pueda haber en el alto mando, entre nuestros generales. Sobre todo, habrá que ser leal a Bolívar, pues él es el General en Jefe, y sus decisiones están fuera de toda duda.

Los actos de recelo de Mariño hacia al general Bolívar han comenzado a producirse. Él no quiere acatar por completo las órdenes de nuestro Libertador. Ha organizado un Congreso en Cariaco donde claramente quiere erigirse él en Jefe Supremo del Ejército. Yo no voy a participar en este Congreso, y ya veré como puedo convencerlo de acatar las órdenes de Bolívar.

Recuerdo bien aquel día. Estábamos en una calle de Cumanacoa. Eran las cuatro de la tarde. El general Mariño iba acompañado de un grupo de soldados y civiles. Yo me dirijo hacia él junto a tres de mis soldados. Nos saludamos con los rigores del caso y luego nosotros, Mariño y yo, nos alejamos del grupo a pie. Él comienza a hablar. Me dice que ha convocado una Junta de Guerra para ocupar Cariaco y dirigir las operaciones de la Costa. Yo le expreso que me parece apresurado tomar esa decisión sin las órdenes expresas de Bolívar. Me habla de su buena fe y de obediencia al gobierno, pero que él tomará las decisiones en Oriente. Fue la primera vez que contradije a un superior mío cuando le contesté:

—Con todo respeto, General. No me parece una buena posición.

Él me tomó del hombro para transmitirme confianza,

para calmarme y decirme que todo iba a salir bien. Pero yo desaprobé desde un primer momento esa decisión. Noté que Mariño se traía algo entre manos, no me transmitía confianza. Tiempo después constaté mis dudas: Mariño y los insubordinados de Cariaco tenían un aliado en el Sur: el general Manuel Piar, quien también venía dando muestras de desacato al Libertador. Bolívar entonces me sorprende nombrándome Comandante General del Bajo Orinoco, cuestión que me compromete aún más. Mariño opina que el general Bolívar está muy debilitado y que quiere gobernar desde el exterior, y pondera la capacidad de Piar, quien no cesa de ganar batallas en el Sur. Tenía Mariño la idea de ir a reunirse con Piar en el Orinoco.

## Capítulo 2 Las primeras victorias

**L**o que no sabe Mariño es que Bolívar ha llegado de Haití y desembarcado en Barcelona, y está tratando de conciliar las fuerzas dispersas de Oriente. Ha llegado a un acuerdo con el general Bermúdez, y me ha escrito a mí para trazar un plan con el fin de ir a Guayana a reunirse con Rafael Urdaneta. Yo le he ayudado desde Cumaná para tomar Angostura, sin que Piar ni Mariño lo sospechen.

ésta mi primera victoria estratégica, de la que me sentí orgulloso ante el general Bolívar, pues Bolívar logró tomar Angostura. Lo primero que hizo fue pedir cuentas a Piar. Pero Piar lo desafió, lo ofendió frontalmente desconociendo toda autoridad. No entiendo cómo Piar pudo salirse de sus casillas hasta un extremo así. Entonces fue juzgado. Y fusilado. Para Bolívar este fue un golpe muy duro, pero así son las cosas de la guerra. Había que sentar precedentes. Si el Libertador permitía una cosa así, entonces cualquier otro General podía hacer lo mismo.

Yo estuve a las órdenes del general Piar, participé bajo su mando en tres batallas consecutivas donde apenas quinien-

tos hombres arrasamos a ocho mil españoles en combates a campo raso en Maturín y Cumaná. Yo me probé en los ejércitos de Piar y reconozco que pocos como él ha tenido tanto coraje y tanta valentía. El fusilamiento de Piar ha impresionado mi ánimo, su cadáver ensangrentado me produce pesadillas por las noches.

Pero Bolívar debe ir hacia delante. Ha organizado el Congreso de Angostura y ha fundado nuestro primer periódico: El Correo del Orinoco. Mi amistad con Bolívar ha sido sellada, pero debe haber otras formas de dialogar, de negociar, de convencer, para evitar nuevos derramamientos de sangre entre nosotros mismos, para que episodios como los de Piar no sigan ocurriendo. Ahora tenemos al general Mariño. Tiene que haber una manera de que Mariño se someta por vías pacíficas a las órdenes de Bolívar.

He hablado cordialmente con él. Hemos ido razonando con cautela para que no se cometa otro error. Él es un hombre muy orgulloso, muy vertical, muy obstinado. Pero la palabra de los hombres debe estar por encima de todo, y Mariño razona. Aún rememoro aquellas palabras de reconocimiento que me dirigió el general Bolívar: “Usted se ha portado con la delicadeza y el tino que yo esperaba. Celebro infinito que usted haya visto y tratado al general



Mariño del modo que lo ha hecho, sin desesperarlo y con la consideración que él se merece. La política es la que debe hacerlo todo”.

La memoria ha comenzado a fallarme. Me siento otra vez como suspendido entre dos mundos, como si estuviese participando otra vez de estos acontecimientos del pasado, pero no es así. Hablo en tiempo pasado, hablo en tiempo presente... no puedo utilizar bien los tiempos verbales. No hay duda de que estoy muerto, y ya he experimentado la memoria de la vida estando vivo, pero ejercitar la memoria desde la muerte es otra cosa. Trato de acordarme de cosas que no estén relacionadas con la guerra, de encontrar momentos que me ligen a la vida familiar, sentimental, a la vida normal, civil, pero no puedo hallarlos. Las fechas se confunden ahora en mi cabeza, porque ese recuerdo de la muerte de mis hermanos fue en realidad en 1814 —un año espantosamente inolvidable— pero he comenzado a recordarlo desde antes que ocurriera. ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puedo recordar una cosa antes de que suceda? Siendo Edecán del general Mariño para lograr su encuentro con Bolívar, justo en ese año estuve en la Batalla de la Puerta en la que fue hecho prisionero mi hermano Pedro, que fue luego fusilado en La Victoria; ese mismo año también es cuando la bestia de Boves entra en Cumaná y mueren mis hermanos Víctor y Magdalena (me he

imaginado de mil maneras la muerte buscada de mi hermana Magdalena, su salto último desde el balcón) y la verdad es que he envidiado a José Felix Ribas por ese triunfo que obtuvo en La Victoria ante Boves, aunque fuera este un triunfo parcial. Pese a continuar ganando terreno, Boves tuvo que morir en diciembre de ese mismo año. Nunca anhelé tanto ser yo el que quitara la vida a ese animal. Pero ya no hay remedio. Él está muerto y Bolívar destituido en el exilio, en Cartagena.

Ah, sí, ahora recuerdo: para colmo de males llegan refuerzos realistas desde España. Pablo Morillo desembarca en la isla de Margarita con un ejército completo. Justamente yo me encuentro allí con el general Bermúdez, y no me queda más remedio que huir de la isla rumbo a Cartagena y luego a Haití, acompañado de Bermúdez y de Carlos Soublette. No puedo contener la consternación y la pesadumbre al enterarme de la muerte del general José Félix Ribas, ajusticiado por los realistas. De repente las cosas parecen irse abajo... pero hay que seguir luchando para cortar las disensiones que dejó Mariño a causa del frustrado Congreso de Cariaco. El general Bolívar me ha sorprendido con estas palabras: “Si usted no cree que sea útil a la República su comisión, está usted autorizado para suspenderla y no dar curso a la referida orden.” Ha dejado a mi entero criterio el cumplir o no esta orden. Esta es la mayor muestra de confianza que puede darme Bolívar. Por

supuesto que voy a darle cumplimento. Pocas semanas más tarde la situación estaría completamente controlada.

Ahora estoy a las órdenes del general Bermúdez, Jefe del Estado Mayor del Ejército. No podemos flaquear ni un momento. Luego Bolívar me encomienda que me traslade al Orinoco para ocuparme de acopiar transportes y víveres para el ejército que va a marchar hacia Los Llanos. Pero no pude acompañar a este ejército, pues Bolívar me ha confiado la nueva misión de ir hacia las Antillas neutrales para adquirir armamento y municiones. Recuerdo que partí el 8 de marzo de 1820, y que regresé de Saint Thomas con cuatro mil fusiles, municiones y otros pertrechos, que serán decisivos para el triunfo de Carabobo. Aunque no todo tiene que darse con balas y municiones: es necesario redactar y preparar el Armisticio y el Tratado de Regularización de la Guerra. Los coroneles Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez me acompañarán en esta misión. Así pues, firmamos con comisionados patriotas y realistas este tratado que puso fin a la Guerra a Muerte, y que terminó con el emocionado abrazo que el general Morillo y el general Bolívar se dieron en Santa Ana ese mismo año de 1820. Ese día Bolívar y Morillo, grandes enemigos, bebieron aguardiente de un mismo vaso hasta ponerse eufóricos, y hasta bailaron parados en una mesa, y ya exhaustos se pusieron a comentar cosas como si fuesen

amigos de toda la vida. En el mismo cuarto hicieron tender hamacas y hablaron y hablaron hasta la madrugada. Nunca había visto tan animoso al Libertador.

La memoria comienza ahora a funcionar extrañamente y me lleva a un año antes, en que había ocurrido la Batalla de Boyacá.

No puedo olvidar el triunfo de Boyacá por parte de Bolívar, quien tomó la ciudad colombiana de Tunja e interfirió las comunicaciones de las divisiones realistas de José María Barreiro. Este se puso en marcha desde Boyacá para seguir de allí a Bogotá. Bolívar ordena la marcha de su ejército hacia Boyacá para impedir el desplazamiento de Barreiro. Entonces se enfrentan las dos fuerzas, y la caballería patriota recibe el ataque de los cazadores enemigos, pero nuestros hombres neutralizaron este ataque, haciéndolos huir al río. Y ahí fue cuando entró el grueso del batallón nuestro. Ahí entonces se produce el primer movimiento coordinado de conjuntos armados: el batallón Riffes y la compañía de voluntarios británicos desactivan los movimientos por la derecha; entonces los Bravos de Páez y Barcelona entran por el centro, mientras que los organizados en Nueva Granada se reunieron por la izquierda. Todo fue perfecto. Por todo el frente, el general José Antonio Anzoátegui asumió la fuerza principal del enemigo y

los puso fuera de combate, mientras que el general Francisco de Paula Santander remató con las operaciones por la izquierda, para reforzar la victoria en Boyacá. Esto me lo contó Bolívar. Fue una lástima que yo no pudiese estar allí, pero lo veo, lo imagino todo con nitidez. Fue ese triunfo de Boyacá el que me estimuló para mis campañas en el Sur.

Ni siquiera pude asistir a las sesiones del Congreso de Cúcuta para las que el pueblo de Cumaná me había elegido Diputado. La Batalla de Boyacá había sido en 1819 y ya en 1821 recibo del Libertador el mando del Ejército de Popayán, para someter a Pasto y Libertar a Quito. Ya Quito estaba aliviada de los españoles, por suerte.

Ahora tendría que probar mi primera derrota en el Ecuador. Aunque vencí en Yaguachi, fui derrotado en Huachi, meses después, en septiembre. Recibí golpes por todo el cuerpo, me dolían los músculos, sufrí con rabia los efectos de esta pequeña derrota militar.

Es como si ahora mismo hubiese recibido un golpe en la cabeza. Estoy aturdido. Miro hacia atrás y veo otra vez la selva de Berruecos. Quisiera de cualquier modo conseguir un caballo, pero estas manos y este cuerpo que atraviesa las cosas me lo impiden. Soy invisible o estoy muerto, qué más da,

este cuerpo no me sirve para nada sino solo para recordar, para moverme por entre las cosas como un halo.

Adelante está el mar. Solo en esta realidad fantástica de la muerte puedo estar entre el bosque y el océano en esta parte del Ecuador. Este golpe recibido en la cabeza en Huachi debió haberme dado más energías para negociar por vía diplomática la suerte de Guayaquil. Conversando, logré contener las fuerzas realistas por un tiempo.

Después hube de embarcarme en el buque Ana desde la bahía de Buenaventura. Las calmas y el poco conocimiento que tenía de estas costas el comandante de nuestra corbeta, nos detuvieron casi por 30 días en el mar del Sur, después de haber tocado en Tumaco, a dejar allí cinco enfermos, y en Río Verde, donde llegué con el objeto de hacer agua, recoger algunos víveres —que ya empezaban a escasear a bordo— y mandar a tierra diecisiete enfermos, cuyo número aumentaba cada día, tanto por lo ardiente del clima y larga duración del viaje, como por la estrechez e incomodidad con que veníamos en un barco tan poco capaz. Pero aún así logramos desembarcar en Guayaquil y la corbeta continuó su viaje hasta aquí con los pertrechos, vestuario y armamento.

Con política he de lograr lo que las armas no han alcanzado. Con el general José Joaquín Olmedo, Rafael Jimena y Francisco Roca suscribiría después este tratado con Guayaquil, estando bajo la protección de la República e incorporada la mayor parte de su fuerza a la división del sur de Colombia. A las órdenes del jefe de ella, la junta superior concede, en nombre de la provincia, al mencionado jefe, las facultades necesarias para estipular con el Gobierno de Quito cualquiera negociación que lleve por base la libertad del país, para celebrar la suspensión de las armas y hacer que la regularización de la guerra entre Colombia y España comprenda también a la provincia de Guayaquil.

El 29 de julio de 1821 celebramos el suceso más feliz para Colombia. Nadie, ni realistas como Borrero ni como Sarabia podían mancillar la felicidad que sentimos. He recibido el mando de las tropas, y el suelo de Guayaquil no será profanado por tiranos, ni voy a permitir que el pueblo esté amenazado. El Congreso General de la República acaba de constituirse, y el gobierno de la provincia decidirá que el pueblo de Guayaquil va a incorporarse a la sociedad colombiana. He recomendado a sus habitantes, en una proclama, la uniformidad de las opiniones, la unión más estrecha y la resolución más firme de morir o de ser libres. Esa libertad será garantizada por un gobierno paternal y benéfico, formado en la experiencia y en

las desgracias; sancionado por hombres capaces de medir la grandeza, el poder, la gloria de un Estado; y educado por un jefe, el más celoso defensor de los derechos del pueblo, el más firme apoyo del ciudadano, y el héroe que al fin ha creado, fundado y conservado la República.

Pero no solo en Guayaquil estamos celebrando la libertad. Bolívar acaba de triunfar en Carabobo, ha liberado Caracas y casi toda Venezuela. Los integrantes del Estado Mayor han acompañado a Bolívar a su regreso a Caracas. José Antonio Páez viene entre ellos. Los ecos de esta gran victoria de Carabobo se hacen oír en Colombia, donde el general Antonio Mariño instala el Congreso Constituyente de la Gran Colombia. No hay nada que pueda superar la alegría de ver constituido este gran país, esta gran nación gran colombina para todos. Con Bolívar como Presidente de la Gran Colombia y el Gran Santander como Vicepresidente ya podemos hacer las gestiones diplomáticas con México, Chile y Argentina. Ahora será cuestión de ir instruyendo y formando al pueblo, será cuestión de ir creando periódicos e imprentas para difundir las ideas nobles de los humanistas de América y Europa. Nuestro espíritu se ha formado principalmente en la mente clásica, en los autores griegos y latinos, y luego en los franceses e ingleses. Yo lamento no tener más tiempo para formarme mejor en la lectura de estos autores.



## Capítulo 3 Antepasados

**S**é que mis ancestros fueron franceses, que provengo de la rama Sucre (que significa azúcar) del mediodía de Francia. Ahí, en Flandes, se unieron con España promediando el siglo XV. Cortesanos, nobles, cuyos nombres como el de Andrés de Sucre se ven unidos cumpliendo funciones al lado del tristísimo Rey Felipe, el Hermoso. Luego, en el siglo XVII, en el reinado de Carlos II, llegó a América Carlos de Sucre, también de Flandes, Marqués, que actuó como gobernador de Cartagena de Indias.

Carlos de Sucre tuvo un hijo a quien dio su mismo nombre; éste fue militar muy destacado, y llegó a ocupar altos cargos como el de Gobernador y Capitán General de la Provincia de nueva Andalucía. La capital de esa provincia era la tierra firme Cumaná, y aquí echaron raíces los Sucre. De ahí provengo yo. Y ahora, no se porqué, me pongo a pensar en mis antepasados, en lo que me dijo mi padre que había averiguado. Cuando apenas contaba los seis años, una tarde me sentó en una de sus piernas y me dijo, hijo, ya es hora de que sepas de dónde venimos los Sucre. Me lo dijo todo con tanto orgullo

y estuvo su narración tan llena de detalles y descripciones, que yo me imaginaba a aquellos antepasados míos como a unos titanes que habían salido de la mitología, como a unos seres heroicos. Y viendo después la actitud recta de mi padre y su actuación como militar en varios sucesos, sentía por él una gran admiración y un gran amor, porque vi con estos ojos míos cómo y cuánto amaba a mi madre, a María Manuela, la dulce, a quién con solo recordar se me anegan los ojos de lágrimas, mi corazón se sobresalta de ternura y emoción. Lo único que querría en este momento no es recordar los triunfos militares y los logros humanos, sino estar muy cerca de mi madre. Y ahora que estoy muerto la buscaré aquí en esta tierra por la que vago como un fantasma, la buscaré detrás de las nubes, más allá de las montañas y en el fondo del mar si es preciso, en el fondo del mar de Cumaná y en las playas y en las arenas. Y tú Vicente, padre mío, me ayudarás a encontrarla, porque nosotros los muertos, también necesitamos el calor de los otros muertos queridos, de los otros fantasmas que nos aman para darnos el calor por las noches, el calor que nos hace dormir en sosiego. Hasta que no los encuentren, padre mío, madre mía, no voy a poder dormir tranquilo.

Ella murió cuando yo contaba solo siete años. Mi padre tuvo con ella nueve hijos, y después de ida ella, él se volvió a casar con otra llamada Narcisa Márquez y tuvo nueve hi-

jos más. De los seis varones y tres hembras que tuvo con mi madre, seis murieron durante estas guerras de la Independencia, pero ya no quiero, no puedo, me niego a recordar las espantosas circunstancias en que desaparecieron.

Toñito o Antoñito me decían amorosamente mis padres, mi padrino y mis demás parientes; y así también me decía Mariño cuando quería descalificarme, cuando no quería darle credibilidad a mis triunfos militares. ¿Toñito Sucre y que anda ganando batallas?, se preguntaba en tono de jerga entre la soldadesca.

Oigo, de pronto, un coro enorme de voces disgregadas y aplausos. Miro hacia los lados, adelante, atrás, y no veo nada. Pero al fijar la vista hacia arriba, descubro con asombro que en la bóveda celeste comienzan a dibujarse, como en un gran fresco, figuras humanas, paradas en un salón, aplaudiendo a otras personas que se encuentran en un alto podio.

Es un edificio extraño. Nunca vi en toda mi vida una arquitectura como esta, ni unos hombres vestidos así. Llevan trajes oscuros y similares entre sí, del mismo color la parte que cubre el tórax como la parte que cubre las piernas; llevan algo anudado al cuello, una cinta que puede ser negra o de otro color, con figuras o manchas caprichosas. Después de aplau-

dir se sientan todos al mismo tiempo. Se levanta un señor en el gran podio y comienza a decir unas palabras que ha titulado Semblanza del General Antonio José de Sucre. No escucho muy bien sus palabras, pero un poco más adelante acierto a oír que es con motivo del Bicentenario de mi nacimiento. ¡Dios mío! ¿Cómo puede ser esto? ¿Estoy viendo el tiempo futuro en una progresión? ¿Por qué todas estas cosas se esparcen por el cielo como una pintura? Pero no es pintura, son las figuras mismas fluctuando aquí y allá. Aquel señor continúa hablando sobre mi vida y mis batallas, que al fin son lo mismo, aportando datos, algunos ciertos, otros falsos, sobre mi persona. Después de concluir su discurso, otro hombre se para en el podio y anuncia algo:

—Señoras y señores, ahora el Presidente de la República les invita a la función de gala de la película Sucre, el periplo de un héroe, que va a ser exhibida dentro de una hora en el cine Altamira. Dicho esto, la escena se difumina para dar paso a algo que parece estar ocurriendo en la realidad. Primero salen palabras con los nombres de algunas personas, luego palabras como fotografía, música, producción ejecutiva, dirección y otras más preceden a una serie de acciones que simulan el tiempo en que he vivido, se ve algo muy similar al espacio donde se han movido los hombres y mujeres que he conocido durante

mi vida. Es una reconstrucción, una simulación de todo lo que hemos hecho, y un actor que me encarna aparece en la mayoría de las escenas. Es evidentemente teatro, pero es teatro que sale de una luz y se proyecta sobre una pantalla. Es, seguramente, uno de los inventos del hombre en los siglos venideros, pero mi lógica no puede dar con el secreto de este artefacto.

Si pudiese volar hasta el cielo e involucrarme en esa celebración que hace en mi nombre, lo haría no para refutar o agregar o agradecer todo lo que se hace en homenaje a mi paso por la tierra, sino para averiguar cómo funciona ese aparato que puede proyectar imágenes de gente viva. Es algo que se asemeja a la condición que exhibo ahora; esos seres proyectados son como fantasmas de otro tiempo que quedan atrapados en varias dimensiones a la vez.

Pero no puedo volar. Apenas si floto unos pocos centímetros a veces. Mis pies van ligeramente y no se cansan nunca, pero de ahí a volar hay demasiado trecho. Aunque lo he intentado varias veces, mientras he venido rememorando mi historia para mí mismo —para ver dónde he fallado o dónde he obrado bien— he batido los brazos a la manera de un pájaro, he tratado de colocarme en posiciones donde mi liviandad represente una ventaja cuando el viento sopla fuerte, e inclu-

so me he lanzado de alturas no muy considerables, sin más resultado que un porrazo y un chichón en la cabeza.

En la pantalla pueden verse voces y movimientos, paisajes, todo, pero lo más impresionante es que pueda salir música de allí. ¿Cómo han podido lograr que la música acompañe las acciones de estos actores? Es sin duda una cosa extraordinaria. La música adquirió esos tintes dramáticos o líricos, y el actor teatral que me representa se aleja por una pradera y luego aparece la palabra “Fin”, y luego “Una película de Sandro Rossini”. Así se llama este producto: “Película”. Las cosas que he visto en ella no me han desagradado, aunque muchas de ellas no hayan sido totalmente así o aun inciertas. Admiro todo ese intento de reconstrucción que realizan estos compatriotas para agradecernos en algo la lucha que hemos librado para que en los tiempos futuros nuestro país haya podido ser libre. Pero en el discurso de otro líder radical de este congreso he oído mencionar las palabras crisis, corrupción, desfalco, miseria. Creía yo que en la democracia del futuro estas nociones estarían casi desterradas. No quiero pensar que hemos librado toda esta lucha por la Independencia de América para terminar así. Yo sigo creyendo en el diálogo, en el ejercicio de la política positiva, para lograr los cambios que sean necesarios en pro del trabajo creador y de la justicia.

Poco a poco se han ido desvaneciendo estas imágenes del cielo. Debe haber sido Dios, con todo su poder, quien me envió estas imágenes para que yo pudiera ponderar aún más los tiempos que esperan a mi país. No lo sé. Cada día me sorprende más. Ahora mismo no sé qué rol cumplo con todo este ejercicio memorioso sobre mi vida. Tendré que encontrar a otro de mi misma condición para preguntarle adonde nos lleva todo esto, cuál es el significado de andar recorriendo de nuevo las tierras de América como si fuera un fantasma.

Con alto amor recuerdo otra vez a Guayaquil. Las recomendaciones que he hecho a este pueblo me han llenado de un enorme entusiasmo y me han estimulado a seguir. Mi tarea será ahora la de reorganizar el ejército para ir al Perú. De Guayaquil voy primero a Saraguro para ir después allá, a aumentar el ejército con los refuerzos recibidos de la Gran Colombia, nuestra gran nación para el porvenir. Para ello estoy yo hecho, para las lides militares, no para ocupar cargos públicos como este de la Intendencia de Quito, que tanto me aburre, estar allí haciendo cuentas de las rentas; tengo que salir de tanto papel, de tanto barullo y de tanta cosa que ni es para mi genio ni para mi cabeza. Yo no sé cómo saldré de este enredo de cosas en que ustedes me han metido; aseguro que me aburro de asuntos extraños a mi deseo en el modo de pasar la vida, y lo peor es que el trabajo agrava cada día mi

afección en el pecho. De modo que un día le dije al General Santander, que antes me conocía por un hombre sano, que ahora me tiene dado a la diabla y hecho una maraca vieja. Tengo ya hasta canas, pero muchas. En fin, cada día me con-venzo más que esto no es para mí, y no es por exageración ni por deseos de no servir ya, sino porque esta clase de servicio no es en el que me he criado.



## Capítulo 4 En el Ecuador y el Perú

**H**e tenido que andar detrás de los señores del Cabil-  
do de Otavalo para que me informen debidamente  
de la situación de las escuelas del cantón. Me dicen  
cosas que yo no he preguntado, como que hay escuelas pri-  
vadas pagadas por sus discípulos, cuando lo que yo quiero  
saber es cuántas escuelas hay, en dónde están, quiénes son  
los maestros, qué enseñan, qué es lo que ganan y ese tipo de  
cosas. Y le he dicho al general Santander que ya sé que hay  
gente por ahí con representaciones que dirigen a él o al Li-  
bertador para no dejarme ir de aquí, y no sé por qué, pues  
hasta ahora la decadencia del país me ha impedido hacer nin-  
gún bien al departamento; y es una de las razones porque es-  
toy aburrido de tal empleo. Le digo a Santander que, o le dará  
un carpetazo a tales representaciones si se las mandan, o en  
caso de dejarme será de comandante militar. Esta mañana le  
eché una peluca a uno de los que sé estaban metidos en la tal  
representación, porque aunque yo agradezca este acto de ca-  
riño de los habitantes, no puedo sacrificar por él mi salud que

cada día se atrasa. Yo no tengo interés en salir de Quito, antes amo el país; lo que yo quiero es no ser Intendente porque ni tengo genio para ello, ni tengo capacidad, ni ya salud bastante, ni medios para sostener la representación de tal destino. He implorado la amistad de Santander para que no me muevan con la Intendencia. Y no me atrevo a escribir al Libertador con tanta libertad, pero no dejaré de presentarle mis razones.

Por lo demás, han continuado ocurriendo cosas, unas buenas, otras malas. Por ejemplo, se fue el Obispo, y gracias a Dios que estamos libres de tan mal bicho. Dios quiera llevarlo a España, o al cielo si fuese mejor.

Se han hecho aquí las elecciones. Algunas intrigas ha habido, pero he dejado que en las elecciones hayan tenido la más absoluta libertad. En la Asamblea Electoral, como Presidente del Cabildo he propuesto a Santander como vicepresidente y al Libertador de Presidente, y así se lo he comunicado a Santander.

Aquí en Quito la escasez de agua es notable, y la que llega es de mala calidad; de las acequias de las calles se filtra el agua a la cañería porque está rota en muchas partes. El alumbrado de los cuarteles y de la plaza ha sido en todas partes por cuenta de los propios, pero los fondos de este ramo están tan decaídos que para nada alcanzan.

Pero hay cosas más importantes. La educación es una de ellas, que se halla lastimosamente atrasada en el departamento de Quito. El medio más seguro de promoverla y dar impulso a los talentos que notoriamente distinguen a sus habitantes, es el exacto cumplimiento de las leyes y benéficos decretos con que el soberano Congreso y el supremo Poder Ejecutivo han provisto en toda la república útiles establecimientos como colegios, escuelas, casas de educación para atender a la ilustración de la juventud, progresos y adelantamientos de la ciencia. Para ello se ha creado una junta esencialmente destinada a entender en todos los objetos que tengan relación con la instrucción pública en la provincia. El rector de la Universidad, el Gobernador del Obispado y el actual Ministro Decano de la Corte de Justicia y los rectores de los colegios se reunirán semanalmente para tratar y discutir este importante objeto de la educación.

Pese a todos mis esfuerzos, no cesan los reclamos en mi contra. Hasta al Libertador han llegado los reclamos. Creo haber podido cometer errores involuntarios; nunca he pensado lisonjearme de que mi administración careciese de faltas, pero puedo asegurar que esta ha sido recta y sana. Porque amigo de la Patria más que de mí mismo, me será complaciente ser conducido a la vía de la justicia, y observar que hay en el departamento ciudadanos vigilantes. Cuando una acu-

sación, bien sea del gobierno o de algún ciudadano, resulte del todo falsa, antes de excitar ningún resentimiento de mi parte, solo merecerá mi aplauso en cuanto lo contemple por un celo en bien del país, que es siempre mi primer objeto.

¿Será que ya no se acuerdan del triunfo de Pichincha? El ejército español que oprimía estas provincias fue completamente destruido en un combate encarnizado, que duró tres horas. Tuvimos la generosidad de conceder a los vencidos una capitulación, y nos fue entregada como prisionera la guarnición de Pasto y todas las tropas españolas que existen en el territorio de la República. Esta batalla estuvo marcada con la sangre de quinientos cadáveres enemigos y con trescientos de nuestros ilustres soldados. La recuerdo como si la estuviese viendo ahorita mismo.

El 17 de mayo llegué a Chillo, a varias leguas de Quito, que ya estaba ocupada por Aymerich. Nos separaba la escarpada colina de Puengasi y tuve que atravesarla con mis hombres y llegar al llano de Turubamba después de burlar los puestos de Aymerich, quien ya estaba informado de mis movimientos. Ahí dimos batalla a los realistas y salimos victoriosos hasta llegar al pueblo de Chillogallo. Estuvimos quietos en los terrenos del norte, entre Pasto y Quito, hasta que al fin llegamos a las ocho de la mañana del día 24 a las alturas del Pichincha. El batallón

Paya se adelantó y se encontró con la división realista. En pleno combate, las espadas y los disparos de fusil, las banderas y los caballos se veían proyectados en un solo tumulto de heridas y sangre, y nuestros bravíos hombres se vieron reforzados por el batallón Trujillo, comandado por el coronel Andrés Santa Cruz, y ahí llegó Yaguachi y el resto de la infantería. Córdoba y Mires, grandes comandantes, entraron en combate con el batallón Magdalena, que se vio obligado a regresar por lo difícil del terreno. Los realistas quisieron aprovechar esta retirada, pero las bayonetas del batallón Paya les salieron adelante y los contuvieron. Los realistas quisieron rodearme por la izquierda, pero mis batallones eran más aguerridos y los derrotaron. Los españoles lucían como hormigas disgregadas sobre el terreno, se desperdigaron y no pudieron cohesionarse más. El comandante Córdoba había relevado admirablemente al batallón Paya, lo que consumó una victoria fulminante. Sobre el campo de batalla quedaron cien mil prisioneros de tropa, ciento sesenta jefes oficiales, catorce piezas de artillería, mil setecientos fusiles, fornituras, cornetas, cajas de guerra, banderas y cuantos elementos poseía el ejército español. Creo que lo más honesto, después de haberlos acorralado, fue pedirles la capitulación, que fue aceptada por Aymerich al día siguiente. Me entregaron la fortaleza llamada del Panecillo y los almacenes militares existentes, y todo el territorio español situado al norte y al sur de esta ciudad.

Yo a veces dudo de si estos que elevan reclamos al Libertador contra mi persona habrán perdido la memoria. No lo sé. Pero yo tampoco quiero acordarme ahora de nada. Ya estoy algo cansado de la guerra y de tanta Intendencia. Quiero acordarme más de las mujeres, de los amores, de las conversas sobre mujeres con el general Bolívar.

Un día nos encontrábamos en uno de los salones oficiales de la Intendencia, cerca de un balcón desde donde se veía claramente la plaza de Quito, y soplabla una brisa benéfica. Con el triunfo de Pichincha estaba él muy contento, y sus hermanos ecuatorianos habían venido a recibirlo bien, como se lo merecía. Yo no sé cuánto hay de enigmático en la presencia de Bolívar, en este hombre pequeño y aparentemente cansado, pero que saca fuerzas de una especie de fábrica de ideales que lleva por dentro. Su sola presencia infunde confianza, respeto; sus ojos brillan con una inteligencia que asusta, analiza, sopesa con una ecuanimidad y una claridad de pensamiento que deja mirando para el techo a sus interlocutores.

Por cierto, a mí también me había dejado mirando para el techo, en el instante en que me nombró General de División.

Pero ya casi voy perdiendo el hilo de aquella ocasión en la Intendencia.

Ese día, como lo venía diciendo, se encontraba Bolívar conmigo mirando desde el balcón de la Intendencia hacia la plaza y sin mirarme me dijo:

—Quién iba a decirlo, Sucre, que usted y yo íbamos a encontrar el amor aquí en Quito. Esta Manuela Saénz es una gran mujer. Me he enamorado locamente de ella. Es de muy buena cepa, valiente, hermosa. Y ahora usted también enredado con la Marquesa de Solanda, Mariana Carcelén. Lo felicito, General. Este asunto del amor y de la guerra es el más difícil de conciliar.

Cuando el general Bolívar me dijo eso, quedé un poco lelo. Que me hablara así tan libremente de su intimidad con las mujeres. Pero entonces volvió a entrar en el asunto de la guerra:

—Ahora —dijo Bolívar— tendrá que hacer todo lo posible para lograr un encuentro mío con el general San Martín. Mientras tanto, usted tendrá que ir en misión diplomática al Perú. La situación en Perú es muy difícil, Sucre, y yo tendré que ir allá después. Los españoles en Perú se vienen para acá si yo no voy a contenerlos allá. Vaya usted primero, que yo esperaré sus informes.

Tenía razón Bolívar. Este asunto del amor y de la guerra era el más difícil de conciliar. De un solo fogonazo recordé la noche en que le dirigía a Mariana una carta desde Bogotá, y mi mano escribió unas palabras que conservo frescas en mi memoria:

“Te escribo para decirte que te pienso cada vez con más ternura, para asegurarte que desespero por ir junto a ti; para pedirte que por recompensa de mis delirios, de mi adoración por ti, me quieras mucho, me pienses mucho. Como marcharé volando y demoraré poco en Bogotá, estaré contigo en muy breve. Este es todo mi deseo”.

A Quito y a Mariana desearía yo luego volver. Ya estaba sellada la emancipación del Ecuador. El pueblo me había dado a mí el título de Libertador, cosa que hizo sonreír a Bolívar. Ya estaba incorporado este país al sueño de la Gran Colombia, que Bolívar piensa llevar a cabo con el general colombiano Santander.

Pero esta victoria en Ecuador era solo una pausa para dirigirme al Perú. Las conversaciones que Bolívar había tenido con San Martín en Guayaquil habían sido infructuosas. En el Perú hay anarquía. San Martín organiza una expedición, la expedición de Santa Cruz, que es para Bolívar “el tercer acto de la catástrofe del Perú”. Allí murieron muchos peruanos.



Entonces Bolívar pide mi ayuda. También recuerdo con claridad los términos en que el Libertador me solicita: “Yo ruego a usted, mi querido General, que me ayude con sus auxilios intelectuales”.

Las palabras de Bolívar me comprometen aún más. Se me han entregado entonces los poderes para comandar al ejército colombiano e ir al Perú, donde lo primero que hago es encontrarme con los hipócritas de Canterac y Torre Tagle, quienes desean imponer otra vez la monarquía bajo el disfraz de la paz. Era preciso que me reuniera con Bolívar en Lima para iniciar la Campaña del Sur. Por suerte, ya Venezuela era un país libre. José Antonio Páez había obtenido triunfos en Los Llanos, en Yaguar, Mucuritas y las Queseras del Medio. Con Páez, Bolívar realizó la Campaña del Centro. Ya se había instalado en Angostura el Primer Congreso y la República de Colombia se consolida con Venezuela, Nueva Granada y Quito. El indetenible Bolívar atraviesa Los Andes, vence a las tropas realistas y libera a casi todo el territorio venezolano.

Pero mientras por un lado vimos cómo las fuerzas patriotas salen airoosas, por el otro nos dimos cuenta cómo triunfa la ingratitud, que es, para mí, el principal de los defectos humanos. El Libertador, con una generosidad sin ejemplo en toda la guerra, permitió capitular a la ciudad de Pasto, con

el fin de evitar derramamientos de sangre, pero este pueblo ingrato se sublevó de nuevo. Entonces el general Bolívar me ha dado orden de marchar contra él, y tuve que ponerme de nuevo a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la Guardia colombiana para recorrer de nuevo los espantosos terrenos de Pasto, escarpados, llenos de precipicios y torrentes, donde siempre se cruzan abismos que me causan vértigo y náusea; todo para enfrentar de nuevo a los pastusos. Los redujimos en un dos por tres. Nos costó más atravesar aquellos zanjones abismales que ganarle la batalla a los rebeldes. Ellos adoraban al rey Fernando VII, a quien creían elegido de Dios para llevarlos a la gloria eterna. Esa sola autoridad era la que querían reconocer. Y ese delirio de gloria fue aumentado por los chismosos en el poder de turno y le dieron bríos al pueblo para querer sublevarse de nuevo. El pueblo estaba como envenenado por las imágenes del patrón de España, Santiago Apóstol, y por las procesiones a que eran empujados por el Obispo; una vez salieron todos a la calle, clérigos, pueblo, todos como enceguecidos por el fanatismo religioso y monárquico. Y yo no tuve que ver con curas ni con nada de eso. Hasta las iglesias estaban convertidas en fortalezas guerrilleras. Y tuvimos que obrar contra ellos y someterlos. Esta toma de Pasto ha sido la cosa más desagradable que viví en toda la guerra.

Y heme aquí de nuevo, frente a una misión militar que las gentes del Perú me han demandado: que las tropas colombianas auxilién a este pueblo, comandando yo el ejército unido. Yo me he negado a esto repetidas veces, por considerar que hay hombres peruanos más capaces que yo para emprender dicha tarea.

Pero en el Perú todo comienza a nublarse con la sola presencia del Jefe del Ejecutivo, quien responde al nombre de Riva Agüero. Este hombre estaba enguerrillado contra el ejército realista, que le había ganado en el sitio de Moquegua. Luego se fue a Lima y acabó peleándose con el Congreso. Entonces convoca una Junta de Guerra y me nombra a mí Jefe Supremo de las tropas. Pero yo desconfío de su personalidad, hay algo en él que no me gusta, que no me acaba de convencer. La situación es difícil: ya el copioso ejército realista de Canterac se acerca, y Riva Agüero me insta para que le haga frente. Este hombre no tiene consenso en el Congreso de Lima, un Congreso titubeante que no encuentra qué hacer. Y es en esta situación de duda que el ejército realista de Canterac entra en Lima y la saquea. Mis tropas no se encontraban nada bien, muy pobres, depauperadas, sin un céntimo, aunque muy valientes.

Y de pronto llega la buena nueva: el general Santa Cruz viene a ayudarnos con cinco mil colombianos, dispuesto a

unirse a mí para enfrentar a Canterac. Aunque esta noticia resulta cierta solamente en un sentido: Santa Cruz viene, pero no a unirse a mi ejército de Canterac, quien tiene comandando a uno de sus batallones al español Valdés, militar muy aguerrido. Pero Santa Cruz no tiene un plan claro de batalla, y empieza a guabinear hasta batirse en retirada. Sí, eso fue lo que hizo, quitarle la seguridad a su tropa e irse en fuga, y esto en la guerra es una vergüenza, aparte de que ya se habían perdido las posibilidades reales de ganarle la pelea a los realistas con un ejército bien conformado.

Con esta derrota, el Congreso termina de darle la espalda a Riva Agüero, y nombra en su lugar a Torre Tagle. A mí me nombra Jefe Supremo del Ejército, cargo que acepto a regañadientes, sobre todo consciente de la grave situación que vive el Perú. No sé qué ocurre en mi espíritu cuando se acerca un nuevo reto de estrategia militar: es como si mi alma renaciera de las cenizas, como si las verdades se probaran en el campo de batalla. Esto y la diplomacia. Pero para los cargos de presidir congresos y fijar leyes no me encuentro cómodo, aunque a veces haya tenido que hacerlo por obligación.

Canterac viene derecho a tomar Lima, según me fue informado, entonces yo me muevo hacia El Callao. Pero Canterac se regresa hacia Jauja. Aprovecho este retroceso para

embarcar mis tropas desde el Callao hacia Chala, en una nave. Sin embargo, le he dicho a uno de los jefes de mi ejército, al general Manuel Valdés que se dirija a Jauja para que Canterac piense que voy a darle la batalla allá. Mientras tanto, yo me dirigía desde Chala hasta Arequipa, pueblo que liberé para seguir hasta Moquegua, en donde me encontré con el derrotado general Santa Cruz, quien no se atrevía a mirarme a la cara mientras conversaba conmigo.

Lima y el Callao estaban en manos de los realistas, así que me dirigí primero al Callao, a donde también llegó el Libertador en el bergantín Chimborazo. Allí lo estaba esperando Torre Tagle para recibirlo, Bolívar entró a Lima triunfante. Los peruanos le estaban esperando para aclamarle. Cuando yo llegué a Lima después, le informé al Libertador de todos mis movimientos anteriores y me felicitó, pero me encomendó luego algo que no me gustó: que para vencer a Riva Agüero condujera las tropas peruanas contra los mismos peruanos. Riva Agüero estaba en la ciudad de Trujillo, donde se había hecho proclamar Jefe del Gobierno.

Yo me negué al principio, pero Bolívar insistió en que yo debía conducir las tropas en Trujillo. Él siguió insistiendo y yo no sabía cómo decirle que no, pero el pueblo terminó dándome la razón: los mismos peruanos se dieron cuenta de que

Riva Agüero recibía ofertas de los realistas y lo apresaron y lo pusieron a las órdenes de nuestro ejército, con la ayuda del Capitán Ramón Castilla y del coronel Gutiérrez de la Fuente. Este triunfo del pueblo nos hizo reflexionar a Bolívar y a mí, pero sobre todo al Libertador, que se pasaba las noches dando vueltas en torno a las fogatas, y cuando se metía en un chinchorro a descansar no descansaba, daba vueltas y más vueltas. Yo no había visto a un hombre pensar en algo con tanta obstinación.

Con razón: lo que pensaba Bolívar era en preparar la campaña decisiva para liberar al Perú con los hombres de ese país que vendrían de todas partes para ayudarnos: Gamarra, Carrión, Sánchez, Unanue. También llegaron hombres de allende el mar y de las selvas, de todos los lugares de América, y a Bolívar se le iba inflamando el pecho de alegría en cuanto los iba viendo ahí reunidos. A mí me nombró Jefe del Ejército colombiano, y me volvió a dejar viendo para el techo, o mejor dicho para las nubes, porque cuando me lo dijo el cielo estaba bien despejado y yo no sabía qué decirle. Yo no tenía entonces sino apenas veintinueve años y me sentía como un hombre de cuarenta, con tantas responsabilidades encima, que no veía el día de sosegarme y de irme a Quito a descansar en brazos de mi Mariana y de andar unos días tranquilo con ella; pero esto era solo un sueño, porque mientras no termi-

náramos de libertar al Perú no podíamos estar tranquilos en ninguna parte, aun cuando fuera acompañados de los tibios brazos y los hermosos ojos y los suaves labios de las dulces mujeres. Tanto añoraba yo apretar a Mariana en mis brazos y luego desnudarla y hacerle el amor que ese solo pensamiento de nosotros desnudos en la cama me excitaba y me sosegaba a la vez. También soñaba con visitar Cumaná con Mariana algún día, que ella viera donde yo había nacido y donde había vivido y nadado y jugado, y siempre me acordaba de un niño que había visto un día jugando entre las rocas en el mar, lo veía cómo lanzaba el anzuelo desde la roca y le brillaban los ojos y el pelo amarillo se le revolvía y la sonrisa le iluminaba la cara de pura felicidad, y cuando vi a ese niño a los ojos lo identifiqué conmigo, era yo, que me había metido dentro de aquella alma que revoloteaba de contento con solo ver el horizonte del mar y las gaviotas volar y a los peces morder el anzuelo. Y esa imagen que yo llamo la del niño —mi mismo— se complementó cuando se acercó esa vez por allí una niña muy bella a saludar al niño —mi mismo— y le dio un beso en la mejilla para felicitarlo porque había pescado unos peces muy grandes. Cuando se alejaron, yo los seguí con la mirada un trecho y luego los seguí hacia donde iban sin que ellos se dieran cuenta. Acamparon debajo de un árbol cerca de la playa y ahí prendieron una fogata y asaron los pescados. Mientras los peces estaban listos el niño y la niña se daban

chapuzones en el agua y reían y reían. Nunca podré olvidar aquella tarde.

Yo creo que la gente que anda buscando siempre definir la felicidad no la va a encontrar nunca, pues ella no se deja definir porque es huidiza. Cuando somos felices, no nos damos cuenta. La dicha no avisa cuando viene. Yo he sido feliz varias veces en mi vida adulta, y nunca me he dado cuenta, es decir, cuando lo recuerdo ya no es necesario que siga siéndolo porque algún día, inesperadamente, voy a serlo otra vez, y así seguiré recordando indefinidamente imágenes de los grandes momentos y es imposible que se agoten. Fíjense ahora: estoy muerto y continúo recordando.

Hasta la muerte tiene memoria.

Hasta la muerte puede ser feliz.

Y la memoria ahora intensifica la realidad de la muerte, pues ahora estoy instalado otra vez frente a las amenazas que acechan al Perú. Hasta Chile y Argentina le temen al Virrey del Perú. Que es dueño de un imperio y de un ejército de más de veinte mil hombres, y parece dispuesto a invadir a la menor señal y puede poner en peligro el proyecto de la Gran Colombia, nuestro sueño. El general argentino José de



San Martín ya se ha posesionado de Lima, a donde llegó con cuatro mil soldados, y algo extraño, algo negativo, fue creciendo en el ánimo de San Martín. Comenzó a tratar mal a sus colaboradores, estimulaba la discordia con intrigas, guiado por un orgullo monárquico que cada día se parece más a la petulancia. Yo admiro su inteligencia de estrategia y su coraje, pero no puedo compartir esas ínfulas de superioridad. Todo lo contrario, afirmo yo, del general Bolívar.

Es por eso que Bolívar desea llevar la guerra al interior del virreinato, quiere combatir a los realistas desde adentro. A San Martín ni siquiera le gustaba la idea de incorporar Guayaquil a Colombia. Y por ello tuvo diferencias con el Libertador, pues él insistió en sus ideas monárquicas, cosa que disgustó a Bolívar, quien siempre ha defendido las ideas republicanas. Mientras estas asperezas ocurrían, esperábamos los refuerzos de Colombia. A Chile también pedimos refuerzos, y al Gobierno del Río de la Plata, porque no podíamos arriesgarnos a perder esta batalla. Sin embargo, San Martín no consideró necesaria esta ayuda, pero el tiempo le dio la razón a Bolívar, pues fue San Martín quien después le pidió auxilios a Bolívar y éste no vaciló en concedérselos. En pago de esto, San Martín se mostró disgustado (o más bien herido en su orgullo), y al llegar a Lima reunió al Congreso y renunció al mando. Luego se fue a Buenos Aires y de ahí a Europa, donde se quedó el resto de sus días, sin volverse a entretener jamás con las co-

sas de América. De todos modos, se marchó lleno de gloria, casi como un monarca. La Argentina le adora y le idolatra. Yo también le respetaré siempre, le admiraré aun cuando no convenga con sus ideas.

A todo esto se agregó la cantidad de hipocresías de Santander, que me insistía en que me retirara de la vida militar, con ese lenguaje almibarado propio de los falsos amigos. Pero nuestra voluntad no debe resquebrajarse por las palabras; al contrario, las palabras tienen que servir para alentarnos, y he aquí que estamos preparados para la gran Batalla en Ayacucho.

El ejército realista posee casi diez mil hombres, en cambio los míos no llegan a seis mil, pero mis hombres tienen una moral militar muy férrea; yo les he ido alentando personalmente.

Pero ahora ha sucedido algo que me pone en contradicción con el Libertador, y es una cosa que me niego a creer: el general Bolívar me ha encomendado ahora una labor de retaguardia, de organizar las comunicaciones, los aprovisionamientos y hospitales, a fin de preparar el Ejército Unido para la campaña decisiva. Yo de inmediato me he dispuesto a hacer mi trabajo, pero comienzo a advertir reacciones extrañas entre los oficiales y hasta en los soldados: ellos rumorean, piensan, creen que este papel no me conviene a mí, a un

General de mi rango militar, eso oí decir a unos oficiales que se reunían por la noche a charlar; los oí por pura casualidad. Pero todo eso se convirtió en un rumor general que fue hasta los oídos de los Jefes.

Yo he continuado haciendo mi trabajo. He despachado todo lo que había atrás del Ejército hasta el Cerro, y más allá han marchado oficiales que harán andar cuanto queda. Han ido para el cuartel Libertador las fuerzas y los artilleros militares, que he dado cuenta a través de la Secretaria General. Después que he llenado tal comisión y que he cumplido con el general Bolívar, le he escrito al mismo General pidiéndole me permita pensar un momento en mí mismo. He necesitado de mucho valor y de mucha decisión para tomar la pluma y escribirle a mi General estas palabras: que he sido separado de la cabeza del ejército para ejecutar una comisión que en cualquiera parte se confía cuando más a un ayudante general, y enviado a retaguardia al tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil. Entonces le escribí. Con las palabras que siguen:

“Pienso, señor, que al usar este lenguaje, no se me acusará de orgulloso. Habiendo rehusado de todo mi

corazón el primer rango del Perú, que obtuve una vez por la representación nacional, parece que poseo un derecho a exigir de mis compatriotas que me crean con solo el deseo de un poco de estimación pública; pero ese desprendimiento de los destinos, ni me aleja de los miramientos que debo a mi actual empleo, ni me autoriza para prostituirle su decoro.

Es cierto que ha consentido en la aceptación del nombre de General en Jefe del Ejército Unido con un ejercicio vago e informal; pero ni he dejado de conocerlo, ni de saber la crítica de los jefes a mi insulsa representación: la continué, sin embargo, por complacerlo a usted y por servir al Ejército y al Perú, sin llevarme nunca de la presunción del título. Pero sucede, de algunas distracciones, que de un mal se va para otro, y yo he visto con dolor que sufriendo pequeños golpes y tal vez varios no tan pequeños se me ha dado el más fuerte que jamás preví: de reducirme, ante el Ejército Unido, al papel de conducir enfermos y atrasados.

No sé si al conferírseme semejante comisión se ha tratado de abatirme, pero lo dudo infinito, y mi conducta me persuade que no he merecido, pero me consuela que he servido a Usted y al Ejército con un celo especial

y que en la campaña he tenido una absoluta consagración a todos los trabajos. Sea lo que sea, mi General, esta comisión ha servido de burlas y sátiras a los que no son mis amigos, y de sorpresa a los que me estiman. Yo he sufrido el tormento de que algún jefe me dijera que haberla aceptado era una indebida autorización para que pudiesen ser tratados los demás casi como criados (dispense usted que use la misma palabra); si esto se ha dicho a mi frente, es fácil juzgar lo que se hable a mi espalda, e inferir qué respetabilidad y qué concepto he de merecer a mis compañeros. De todo esto deducirá usted que mi situación es un verdadero conflicto: estoy separado del Ejército por la distancia del honor al vilipendio, y mi corazón está unido a usted, al Ejército y a la gloria de Colombia en la libertad de este país. He meditado doce días mi posición y el partido que me deje, y después de un choque constante entre mis deseos y mis deberes, estos me aconsejan de no presentarme en donde mis compañeros me han visto salir con desaire. Si usted me permitiera, yo abrazara la resolución que me dicta mi conciencia militar y mi justificación; pero aún seré sumiso y elegiré a usted mismo de consultor en este delicado asunto. Usted sabe, mi General, que nadie ha sido más empeñado que yo en esta campaña, y que aun cuando el año pasado

quise por razones poderosas irme de este país, luego tomé una muy positiva determinación de quedarme hasta el fin de la guerra, corroborándola sinceramente en los conflictos de febrero y marzo. He llenado con entera contracción mis obligaciones hasta que nuestro Ejército, tomando en todos sentidos una superioridad absolutamente decidida sobre el enemigo, nos presagia o asegura una conclusión feliz y pronta, hasta que el suceso más inesperado y bochornoso me ahuyenta del Ejército. Mis sentidos todos han estado tan ligados a la suerte de usted a su gloria. Contemple usted por tanto cuán amarga es mi resolución, que la encuentro tan precisa como dura. Creo, señor, que usted no consentirá mi humillación ante todo el ejército: usted no querrá que un soldado honrado se conforme con la vergüenza y el desprecio. Condenado por consecuencia a la más cruel despedida, permaneceré unos días de Huancayo a Tarma —con las ocupaciones más posiblemente útiles a las tropas—, mientras usted tiene la bondad de mandarme a sus órdenes, que en mi estado desagradable sabrá usted cuáles convengan. Me atreveré a indicar como las más oportunas aquellas que me ahorren nuevos e injustos vejámenes, porque, como otras veces he dicho a usted, yo puedo y quiero ser, de simple particular en Colombia, un buen ciudadano, ya

que la suerte no me ha protegido lo bastante para ser un buen militar. Desde mucho tiempo me he penetrado de que yo soy para la carrera pública: lo sé, lo confieso sinceramente, y es cuanto hay que exigírseme.

Dígnese usted, mi General, aceptar los votos constantes de mi corazón por su prosperidad y su dicha: siempre desearé vehementemente que en todas partes la sombra de usted sean la fortuna y la victoria. No sé cómo acabar esta carta: entre la desesperación y el dolor, apenas me permiten pedir a usted que me conserve sus restos de estimación, y que cualquiera que fuere mi condición, quiera usted contarme su fiel amigo, humilde y obediente servidor”.

Estas fueron, sintetizadas, las palabras que le escribí en aquella ocasión al Libertador, y el pulso me temblaba y el corazón me tiritaba cuando terminé de redactarlas. La tinta se derramó del tintero y manchó el escritorio. La puse a un lado y la miré; pensé repetidas veces enviársela o no enviársela, pensé destruirla y pensé también que era lo correcto exponerle mis razones. No sabía qué hacer, pero ya estaba escrita. Es extraño el destino de las cartas: sirven para poner todo en ellas en todos los estilos y mareas rigurosas de la vida. En esta guerra ellas son las que comunican todo: lo bueno y lo

malo, lo concreto y lo subjetivo, los sentimientos y los rigores de lo vivido. Ha tenido que volverse uno, sin desearlo, un escritor, un respetuoso de las palabras. Y ahora que tenía esta carta delante de mí, dirigida al más admirable de los hombres, debatiéndome entre el dolor y el orgullo decidí dársela a Escalona, el mensajero, para llevarla a su destino, sin saber adónde me iba a conducir todo esto. Se apoderó de mí una fuerte jaqueca. Entonces tomé un vaso de agua y me fui a la hamaca a descansar. Estaba yo con el Ejército en Jauja, y corría aún el mes de agosto de 1824.

En los primeros días de septiembre llegó Escalona otra vez con la respuesta de Bolívar. Lo que voy a referir ahora pienso que va a ser un ejemplo de cómo dos almas se encuentran templadas al calor de los acontecimientos, y de cómo eso que llaman el destino a veces no se comporta como tal, pues suele ser cambiante, se metamorfosea como el mismo espíritu, como los fantasmas que lo anidan. Así que no puede haber un testimonio más veraz que la propia respuesta de Bolívar, que en honor a la verdad debo dictar literalmente, con el auxilio de esta memoria mía que es lo único que me salva de todas las agresiones del tiempo y me sirve para contar a los jóvenes que me escuchan ahora, todo el periplo de mi existir. Esta fue la respuesta de Bolívar desde Guamanga:



“Contesto la carta que ha traído Escalona, con una expresión de Rousseau cuando el amante de Julio se quejaba de los ultrajes que le hacía por el dinero que esta le mandaba: “Esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento”. Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio, cuando ha pensado que yo he podido ofenderlo. Estoy lleno de dolor por el dolor de usted; pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido. La comisión que he dado a usted la querría yo llenar; y pensando que usted lo haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la conferí a usted más bien como una prueba de deferencia que de humillación. Usted sabe que yo no sé mentir, y también sabe usted que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento. Así, debe usted creerme.

Antes de ayer (sin saber nada, nada de tal sentimiento) dije al general Santa Cruz que nos quedaríamos aquí para dirigir esa misma retaguardia, cuya conducción deshonra a usted, y que usted iría delante con el Ejército hasta las inmediaciones del Cuzco o de Arequipa, según la dirección de los enemigos; y en todo esto no veía ni veo yo más que el servicio, porque la gloria, el honor, el talento, la delicadeza, todo se reúne en el solo punto del triunfo de Colombia, de su Ejército y

de la libertad de América. Yo no tenía tan mala opinión de usted que pudiese persuadirme de que se ofendiese de reconocer la jurisdicción del Ejército y de hacer lo que era útil.

Si usted quiere saber si la presencia de usted por retaguardia era útil, eche usted la vista sobre nuestro tesoro, sobre nuestro parque, nuestras provisiones, nuestros hospitales y la columna del Zulia; todo desbaratado y perdido en un país enemigo, en incapacidad de existir y de moverse.

¿Y cuál es la vanguardia que yo he traído? El coronel Carreño la ha conducido. El general Santa Cruz me ha precedido de seis días. Los enemigos no nos podían esperar ni nos esperarán en un mes. El Ejército necesitaba y necesita de todo lo que usted ha ido a buscar y de mucho más. Si salvar el Ejército de Colombia es deshonoroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas.

Concluyo, mi querido General, por decir a usted que el dolor de usted debe convertirse en arrepentimiento, por el mal que usted mismo se ha hecho en haberse dado por ofendido de mí, con sus sentimientos.

Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes, son indignas de usted: la gloria está en ser grande y en ser grande y en ser útil. Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí, tampoco lo era de usted.

Diré a usted, por último, que estoy tan cierto de la elección que usted mismo hará entre venirse a su destino o irse a Colombia, que no vacilo en dejar a usted la libertad de elegir. Si usted se va no corresponde usted a la idea que yo tengo formada de su corazón.

Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del Ejército, yo me iré atrás y usted marchará adelante, para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí.

Esta es mi respuesta.

Soy de corazón.

Bolívar”.

Pongo estas cartas ante la memoria del tiempo para que todo sea visto sin falsificaciones. Entre Bolívar y yo median unas cuan-

tas cartas, muchísimas diría yo, donde se mezclan todo tipo de cosas: la guerra, la lealtad, los sentimientos, el afecto, las estrategias militares, las certezas menos que las vacilaciones, y en todo hemos mantenido la discreción y el respeto.

Y esta vez Bolívar me dio una lección, pues tenía razón: la gloria está en ser útil. Y si el me puso en la libertad de elegir, es porque a él no le importaría ir en la retaguardia, pero entonces yo iré en la retaguardia para serle más útil al Ejército de Colombia, que para nosotros ahora significa: Todo.

Fui discreto. Cumplí con mi deber y se lo comuniqué a mi Ejército, al Ejército peruano, que mi decisión era seguir en la retaguardia con la frente en alto, y ello arrancó lágrimas de emoción y levantó la moral de los ejércitos. Por lo que a mí respecta, no daré más lugar a chismes por esta circunstancia. Yo fui el equivocado, y el errar es humano. La Batalla de Ayacucho comprobó después que aquel episodio había sido menor y sin ninguna importancia.

Y es por ello que mi recuerdo ahora no desea sino apresar aquellos instantes de la batalla, de aquel triunfo que consolidó la Independencia de América. Me parece que ahorita mismo la estuviese viendo, y así voy a referirla de seguidas, porque si he expuesto ante la memoria del tiempo episodio tan

desagradable con Bolívar como el de la marcha a la retaguardia, entonces el recuerdo debe servir también para reseñar lo noble, y he aquí que mi pecho se inflama de atraer ahora algunas de las acciones de esta batalla, que ha sido descrita con maestría por distintas plumas, entre las cuales debo citar la del benemérito general Manuel Antonio López, que lo hizo describiendo los mínimos detalles. Yo no lo haré tan minuciosamente, pues a pesar de la gloria alcanzada, ya mi espíritu está algo cansado para referirme tanto a través de cartas a la misma circunstancia, pero ahora es menester que lo haga.

## Capítulo 5 Ayacucho

**P**or fin ha llegado el día: es 9 de diciembre de este año de 1824.

Por fin vamos a enfrentarnos al Virrey José de la Serna, al general Canterac y a Valdés. Aquí estoy, frente a mis soldados, con ustedes que me acompañaron en Quito y son los vencedores de Pichincha y los libertadores de Colombia, ahora ustedes mismos darán la libertad al Perú asegurando para siempre la independencia de América. A la legión peruana, que si fue desgraciada en Toragua y Moquegua, salió con gloria y probó al enemigo su valor y su disciplina. A mis compatriotas los llaneros, de ustedes estoy viendo ahora las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, las Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín. Desde Junín ya saben ustedes que allí no hay jinetes, que no hay hombres para ustedes. Caigan sobre ellos, sobre esas columnas y desháganlas como centellas del cielo. ¡Vivan los llaneros invencibles! El batallón Bogotá tiene que ir a la cabeza de Colombia, toda la América los contempla. Esas son las bayonetas de los irresistibles cazadores de vanguardia de la epopeya clásica de Bogotá. Esa es la bandera de Bombo-

ná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolverla, asombrado de vuestro heroísmo. La tiranía de ese campo español que nos espera no tiene derecho a estar más alta que vosotros, que estarán muy pronto ocupando su puesto al grito de ¡Viva Bogotá!

Y los caraqueños, que asombraron al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro, hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez y vuestro nombre los manda a todos a ser héroes. Es el de la Patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América.

Y el batallón Rifle que acudió a Boyacá y quedó libre la Nueva Granada; que fue a Carabobo y Venezuela quedó liberada también; este batallón fue como un escudo de diamante de todo el ejército libertador, y ahora estáis en Ayacucho para ayudarme a gritar dentro de poco ¡Viva el Perú libre! y al peruano batallón Voltígeros, que aborrece al despotismo y la esclavitud: ahora ha llegado el día de vuestra noble venganza, cinco años de ira estallarán hoy contra ellos en vuestros fusiles.

Al ilustre batallón Pichincha le digo que esta tarde podrá llamarse Ayacucho, porque Quito le debe la libertad y vuestro General su gloria. Y el nombre de los bravos del Vargas significa disciplina y heroísmo. No tuve la dicha de admirarlos en

Bomboná, pero aquí está el Perú y la América entera dispuestos a aplaudirlos en el mayor de los triunfos.

Al gran Simón Bolívar, que me ha prestado hoy su rayo invencible, y la santa libertad, me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros, es imposible que nos dejemos arrancar un laurel. El número de los hombres realistas nada importa; somos infinitamente más que ellos porque cada uno de vosotros representa aquí a Dios omnipotente con su justicia y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquellos hemos traído peruanos y colombianos a sepultarlos juntos para siempre. Este campo es su sepulcro y sobre él nos abrazaremos hoy mismo anunciándolo al Universo. ¡Viva el Perú libre! ¡Viva toda la América redimida!

Soldados: de los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur... Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia.

La división Córdoba, de cuatro batallones, estaba a mi derecha, y la división La Mar a mi izquierda, mientras que los regimientos de caballería de la división Miller estaban al centro. En la reserva, la división Lara esperaba con tres batallones.



El 8 de diciembre llegó el Virrey José de la Serna y tomó posesión del cerro Condorcunca, en todo el frente de mi línea. Él tiene seis divisiones con más batallones que yo y como catorce piezas de artillería. Quienes comandan sus divisiones son Valdés, Monet, Villalobos y Ferraz. Son todos hombres diestros y están muy bien armados.

Es un ejército enorme, como para amedrentar a cualquiera. A la mañana del día siguiente el general Jerónimo Valdés se adelantó con intenciones de sobrepasar el ala izquierda de mi ejército. Con el único cañón que teníamos hicimos fuego para distraer. Se produjeron los primeros tiros de ambos lados, y al principio simulé que mi intención era retirarme, pero yo no pensaba en nada de eso. Las tropas de la Serna avanzaron primero; este, era evidente, había ordenado a su mariscal Valdés atacarme por la derecha, mientras Villalobos lo hacía por la izquierda.

Nuestra artillería esperaba la voz de ataque.

Valdés avanza y ataca rápidamente, y descende causando bajas entre los nuestros, mientras que otro militar de ellos, Rubín de Celis, ataca la división de Córdoba, pero cuando Córdoba les hace frente, estos quedan completamente asombrados por las fuerzas de mis hombres. Empiezan a doblegarlos rápido, caen

muerdos, arrastrados por los caballos, heridos por los sables y los disparos. No contento con esto, le ordeno a Córdoba que enfrente a la izquierda realista, mientras yo me quedo comandando la derecha con los Húsares y los Granaderos.

Pero Córdoba sobrepasa todo lo que yo había pensado y se lanza contra la división del realista Monet y continúa dándole pelea a Villalobos. Y aquí entro yo en acción para ayudarlo a destrozor los batallones de Monet, quien trata de escurrirse por el centro del campo, que es justamente cuando envío dos escuadrones, con Miller dirigiéndolos, para que los acaben de una sola vez. Yo por mi parte espero con mis batallones Vargas y Vencedor para ir a la ayuda de La Mar, quien estaba en problemas enfrentando al mariscal Valdés.

A mí me gustaría que todo esto ahora mismo lo estuvieran pasando en una pantalla como la que vi en aquel mundo futurista donde quedé atrapado poco después de mi muerte, en otra dimensión.

Me gustaría que vieran cómo avanza esta memorable batalla. Por ejemplo, cuando los tres escuadrones de la Serna vienen hacia nosotros y nuestra caballería los contiene con sables y cuchillos, donde el mismísimo Virrey del Perú cae herido de muerte, y cómo Córdoba se convierte en la estrella

de esta batalla, sometiendo a más batallones e incluso apoderándose de la artillería enemiga. Para coronar su acción, Córdoba se luce clavando la bandera de Colombia en una colina.

La caballería de la Serna ya no puede más. Nuestras caballerías los acometen y quedan desorganizados en el campo de batalla; mis reservas salen al terreno y se juntan a las unidades de Córdoba, con lo cual los realistas no pueden ya más, y piden una capitulación.

Todo esto ocurrió en tres horas. Mis seis mil hombres han destruido en Ayacucho a los nueve mil soldados realistas que oprimían esta república, los últimos restos del poder español en América. Calculo nuestra pérdida en ochocientos o mil hombres, pero la mayor parte heridos y entre ellos treinta jefes y oficiales. Espero que algunos más generales enemigos caigan en nuestro poder, pues están cortados por todas partes y perseguidos constantemente. Me he tomado la libertad de conceder varios premios después de la victoria, a los generales, jefes y oficiales que más han brillado en la célebre jornada que ha afirmado la independencia del Perú y la paz de América.

Don José Canterac, teniente general de los Reales Ejércitos, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes, y debiendo conciliar a un tiempo el honor de los restos de estas fuerzas,

con la disminución de los males del Perú, ha creído conveniente proponer y ajustar conmigo las condiciones que contiene la capitulación. El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del ejército unido libertador con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares, los caballos de tropa y las guarniciones. Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole la debida consideración y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que corresponda mensualmente a su empleo. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de independencia, y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América que esté ocupado por las armas españolas. Cualquiera habitante del Perú bien sea europeo o americano podrá trasladarse a otro país, llevando consigo a su familia y propiedades. Si elige vivir en el país, será considerado como los demás peruanos. Se respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallen fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la independencia de América.

Se enviarán jefes de los ejércitos español y unido libertador a las provincias para que los unos reciban, y los entreguen los archivos, almacenes y las tropas de las guarniciones. Los buques tendrán que salir del mar Pacífico seis meses des-

pués que se hayan provisto de víveres, pero no podrán tocar ningún puerto de América ocupado por los españoles, con el fin de evitar nuevas hostilidades.

Los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día quedarán en libertad, y se asistirán por cuenta del Perú hasta que estén completamente restablecidos. Podrán conservar el uso de su uniforme y espada y podrán tener consigo a los asistentes correspondientes a su clase, pero sujetos a las leyes del país. Si desean irse con sus familias, se les permitirá ir a cualquier parte.

Todo esto se hizo de buena fe, todo dentro del marco de las dignidades. A mis soldados peruanos les he dicho que son los escogidos de la Patria, y que las más remotas generaciones del Perú recordarán sus nombres con gratitud y orgullo. A los colombianos les digo que del Orinoco al Desaguadero han marchado en triunfo y que dos naciones les deben la existencia.

De mis oficiales he ascendido a Lara a General de División; a Carvajal Silva y Sandes, Generales de Brigada. Por supuesto a Córdoba, General de División, pues él prácticamente decidió la batalla.

## Capítulo 6 Libertad del Perú

**T**odo esto para asegurar la paz, para completar la libertad del Perú. En medio de tantas batallas mi espíritu ha sufrido mucho, y mi cabeza ha padecido demasiado. Encima de todo, tengo que recibir y contestar cartas desagradables de Santander donde pone en duda repetidamente de que yo sea su amigo, como si la amistad personal suya fuese para mí algo tanpreciado. La verdad es que aparte de felicitarlo por la victoria de algunos de sus hombres en Ayacucho, no me queda mucho que agradecerle a Santander. Ya he cumplido mi comisión y satisfecho mis compromisos, y mi mayor anhelo es retirarme: ni mis deseos ni mi situación convienen en que yo continúe al mando de ningún ejército. He pedido al Libertador que se me releve, pero sé que va a contestar que estando desprendido él del ejército de Colombia, me entienda con Santander y luego Santander me dirá que me entienda con Bolívar. De tal modo he pedido que se me releve y no debo servir más sin hacer un sacrificio de tal clase que nadie puede exigirme.

Dentro de seis días marcho para el Cuzco y en un mes nuestro ejército habrá tomado posesión de todo el territorio de esta República. Ya no hay enemigos en Perú. De toda esta batalla no queda sino una porción de tiras deshechas, pero que tiene el mérito de ser la bandera que trajo Pizarro al Cuzco hace trescientos años: el pendón de Pizarro, que creo será un trofeo apreciable para el Libertador, y se lo voy a enviar en cuanto consiga a un oficial de confianza.

Yo me encuentro bastante cansado, aunque he tenido que aceptar los homenajes que me han ofrecido la iglesia, las municipalidades y los honores militares que me agobian. El Libertador incluso ha mandado a levantar monumentos que recuerden a las futuras generaciones los servicios de los vencedores de Ayacucho; pero en el corazón de estos vencedores está consagrado el monumento que ellos han formado al hijo de la gloria, al guerrero generoso que nos dio una Patria, y la victoria. Sobre todos estos corazones, y en cada uno existe la estatua de Bolívar, y de allí la dejaremos a los hijos de nuestros hijos para que su memoria tenga la duración del sol.

Hasta el Libertador se ha molestado en escribir un Resumen sucinto sobre mi vida que yo podría retribuir con mi propia sangre, pero que no se me exija nunca que entre en

cosas de la carrera pública, porque la abomino como puedo aborrecer a los españoles.

Mi alma se debate en la paz que deseo para mí mismo y llevar una vida privada. Anhele ir a Caracas, deseo vivir allá, pero lo examinaré mucho.

La paz es dura, la paz del Perú está llena de oro, de piedras preciosas que se pueden ver en el Templo del Sol, el templo de los antiguos incas que fue luego convertido en iglesia cristiana. Los conquistadores saquearon este templo, por supuesto, pero lo que dejaron basta para hacerse una idea de cuál era su riqueza. La nave central del Templo del Sol tiene muros de cantería adornados por fuera con frisos de oro, y sus paredes, el suelo y las puertas estaban forradas de planchas doradas. Por el lado occidental del templo está dibujado un sol circundado de rayos brillantes de esmeraldas y turquesas. Adentro estaban las momias de los incas sentadas al pie del altar en sillas de oro, rodeados de vajillas de plata con incrustaciones de piedras preciosas. Varios santuarios estaban construidos en honor de los astros del cielo, la luna, el arco iris, los truenos, las estrellas: todo de plata maciza. Aquí en este templo me recibieron los peruanos. Se cree que las Vírgenes del Sol vivían en palacios muy cerca del Templo del Sol. Ahí preparaban el vino y el pan para las fiestas e hilaban la lana de las



vicuñas y la tejían. La fiesta del sol la celebraban en el solsticio de verano, en junio, que es cuando el sol dura más tiempo sobre la tierra. Esa fiesta se llamaba Inti Raymi.

Toda esta riqueza me hace delirar. Quisiera estar aquí siempre, imaginando y viviendo entre los antiguos peruanos, los incas. Imaginándome el orden y la armonía en que vivía este pueblo antes de la llegada de los conquistadores. Para los incas, era la roca de los halcones. El dios Viracocha le dijo a su halcón: hártate, mientras le daba la carne.

Manco Cápac no tuvo padre conocido, y por eso le dijeron Hijo del Sol, y su madre fue Mama Uaco, mujer que fue gran fingidora, hechicera, hablaba con los demonios del infierno y celebraba ceremonias, y hacía hablar a las piedras, palos, cerros y lagunas, y hasta los demonios le respondían. Con ello engañaba a los indios, uno llamado el Cuzco fue uno de ellos, y lo traía engañado y sujeto. Como los indios vieron que hablar con los cerros y las piedras era una cosa milagrosa fue obedecida y nombrada Reina del Cuzco. Se echaba con los hombres que ella quería y con este engaño anduvo muchos años, según cuentan los dichos.

Así como el de Mama Uaco y Manco Cápac hay muchos mitos y leyendas que se entrecruzan con las historias verda-

deras del pueblo y llegan a formar parte de su espíritu. En el Ollantay, ese bello libro, están contenidos los grandes cantos. En la Plegaria del Amanecer, que he leído en alguno de estos tomos que hay por aquí, pueden encontrarse las más hermosas palabras, como aquellas que dicen: “La palabra de Dios es oída por todo lo creado, por la piedra y las yerbas, por las bestias y los árboles; solo el hombre huye de la voz, de todos los mandatos de Dios”. ¿Qué pueblo que no sea sabio es capaz de escribir algo así?

A veces me parece que el tiempo no me respeta. Conmigo no tiene miramientos. Apenas voy recuperándome moral y militarmente, cuando me acecha la nostalgia o la tristeza. Mi padre terminaba de morir en aquel año de 1824. Don Vicente Sucre se me ha ido y he comenzado a tener esos sueños fantásticos donde planeo como un pájaro sobre Cumaná, sobre las playas, las arenas, las palmeras y los cocotales, para después ir hacia las calles. Nunca tuve sueños ni sentimientos más agradables que los recuerdos de la tierra de mi nacimiento. Yo no decidiré que objeto me ha estimulado más en mis trabajos militares, si el patriotismo, la gloria o el anhelo de buscar la paz con la esperanza de que ella me restituya donde mis amigos de la infancia. Puedo asegurar que Cumaná nunca se separó de mi corazón. Y ahora vuelo otra vez hacia la playa y me detengo frente a mi padre para que él me cargue

en sus brazos. Él me carga y luego me lanza a los brazos de mi madre, y así están jugando como a la pelota conmigo, como si yo fuera un juguete feliz; yo soy feliz, en efecto, inmensamente feliz cuando en el aire siento una gran liviandad, como si estuviese en el paraíso, y mi madre está tan feliz, tan loca de alegría, que me deja caer en la arena y cuando ve mi cara sucia se ríe aún más. Ella y mi padre van a verme retozar con la espumita de las olas, a mí me parece que esa espumita es tan linda y tan suave que pudiera comerla, y al llevármela a la boca arrugo la cara y mis padres ríen los dos a carcajadas y luego me alzan y me besan. Yo no puedo concebir un momento más feliz que este en toda mi vida.

Ahora mismo, aquí en el Perú, pienso en aquellos momentos y mi alma se alivia de tanto laborar para la guerra. El Libertador ha querido que yo me permanezca en el Alto Perú por más tiempo, y lo he hecho por complacer al general Bolívar, pero no porque esté en mis intereses o deseos. De un lado temo que se me dé el mando de pueblos, que yo aborrezco; de otro lado está fuera de mis miras alejarme mucho de Quito, donde pienso vivir si el gobierno me lo permite.

El Libertador puso en mis manos una guirnalda de oro que le presentó la ciudad del Cuzco el día que llegó ahí y que recibió a nombre del ejército. A nombre de ese mismo ejército

la he mandado al congreso de Colombia: ella está guarnecida de brillantes y perlas, pero su valor físico es poco, mas su valor moral si es bien estimable. La ciudad de Cochabamba me presentó una guirnalda de oro cuando estuve allí, y el colegio, una pluma de oro. Ambas cosas las he mandado a la municipalidad de Cumaná. Aquí en el que tantas cosas me ha brindado, y hasta le ha regalado un millón de pesos a nuestro ejército, y que unido al del Bajo Perú ha alcanzado para dar alguna cosa de gratificación a nuestros jefes, oficiales y tropa, igualmente que a los hijos del Perú. Mi parte del Alto Perú la he cedido para las viudas e hijos de los soldados colombianos muertos en Ayacucho; pues en el Alto Perú me han dado bastante para vivir. Pero en medio de los favores que la fortuna ha querido dispensarme en la guerra al sur de Colombia y en la del Perú, jamás he tenido sentimientos más agradables que los recuerdos de la tierra de mi nacimiento. Con la pluma de Cochabamba y otra del Potosí escriban mis paisanos las páginas brillantes que caben a Cumaná en la historia de la revolución, y los sacrificios heroicos de este pueblo generoso en la guerra de la independencia.

Pero la ambición de los hombres no tiene límites. Los argentinos codician mucho esta región y también los peruanos. Así que estas fronteras peruanas hay que resguardarlas bien. Ya el pueblo de Arequipa se ha pronunciado por su in-

dependencia de España. Y es aquí donde entra de las figuras nefastas para el Perú, el general español Pedro Antonio de Olañeta. Desde un principio le he escrito a este General para procurar ganarlo al partido de la República, pero éste se negó. Él no quería servir completamente al Rey, aunque se mostraba incondicional de Fernando Séptimo. Al mismo tiempo se insubordinó varias veces contra el Virrey de la Serna, lo cual redundó en favor del Ejército Libertador al distraer las fuerzas del Virrey. Tampoco quería quedar al mando de Bolívar, y así, actuaba como la mayoría de estos generales españoles guiados por el orgullo y la autocracia. Incluso llegó a desconocer la capitulación de Ayacucho y decía una cosa hoy y otra mañana; se decía hoy patriota y al otro día era un vasallo de su Rey, y ya no sabían qué creerle. Incluso llegó al colmo Olañeta de escribirle a Bolívar diciéndole que daba la espalda al Virrey para “unificar sus sentimientos” con los de Bolívar y “dar un día de regocijo a la América y a la humanidad”, pretendiendo acaso que Bolívar, como Libertador de Colombia y dictador del Perú, compartiera su mando con él. A mí también me escribió después en muy buenos términos, incitándome a la conciliación y declarándose a favor de la independencia de los americanos, y me impresionaron en esa ocasión tanto los términos de su carta, que hice público su contenido.

Pero sorpresivamente recibo la mala noticia de que el coronel Valdez ha cruzado el río Desaguadero por orden de Olañeta, para ir contra Puno. Entonces me veo obligado a partir del Cuzco y a mi paso por la población de Quiquijana me entero, por varios oficios, que ordena a varias de sus autoridades y a departamentos del Perú a que se nieguen a la capitulación y a los oficiales que faltasen a sus juramentos. Entonces he debido dar órdenes al general Gamarra en el Cuzco para que cumpla las órdenes necesarias a fin de no tolerar que ningún enemigo abuse de la indulgencia con que los hemos tratado, ni se burle de los magistrados ni de las leyes de la República. Olañeta le ha dicho a Bolívar que no se someterá sino por la fuerza, y que nos incomodará mientras pueda. Me disgusta tener que molestar a las tropas, a quienes yo había ofrecido tres meses de reposo para vestir las, asearlas y darles lo que necesiten, porque no tienen ya qué ponerse. Todos están desnudos.

A todo aquel español que no se presente el 10 de febrero en Quilca tendrá que costear por sí mismo su pasaje para Europa, y que ya cesa el gobierno de abonar la media paga. Todo español soltero que haya pedido quedarse en el Perú, debe irse por los departamentos de Lima, Huánuco y demás del norte; solo a los casados y con familia se les permitirá quedarse en los departamentos del Cuzco, Puno y Arequipa. A español que trate de turbar el orden público o de alterar las

obligaciones que le imponen las leyes del país, lo hará usted fusilar —le ordené al general Gamarra— después de comprobado su crimen.

Por si fuera poco, Olañeta acaba de mandar a comprar cuatro mil fusiles a Río de Janeiro, por lo cual habrá que bloquear los puertos con las goletas de guerra.

Lo urgente ahora es dirigirse a Puno. En este pueblo sucedió uno de los episodios más pintorescos, cruzando el río Uncachari, que estaba muy anegado y salido de su cauce. No encontramos balsas con qué atravesarlo, y entonces buscamos un vado por dónde entrarle con la caballería. El río seguía creciendo, y entonces se me anunció que era imposible atravesarlo. La mayoría temía ahogarse. Los indios, asaltados por las supersticiones, se abrazaban a mis piernas y me rogaban que no cruzara, pero no podíamos perder más tiempo. Así que cruzamos el río a “la venezolana”, o mejor “a la llanera” como lo hacían los lanceros del llano comandados por Páez.

Los jinetes se quitaron la ropa, luego sacaron las monturas de los caballos que colocaron en su cabeza y se lanzaron al agua a abrazar los potros, los animales siempre lograban salir a flote, y con todas sus fuerzas se dirigían hacia la otra orilla. Solo se veían las cabezas de los caballos y las de los

hombres, que llegaban airosos al otro lado. Ya al caer la noche se había formado una flota de balsas. Yo me embarqué en una balsa con mis edecanes por el gran río Desaguadero. Este río se ha convertido en una especie de símbolo, de límite para la libertad plena de estos pueblos. A los generales he dado órdenes para que detengan las acciones de Olañeta. Por cierto, al llegar a Bolivia conocí a un sobrino del este vil general Olañeta, Don Casimiro Olañeta, que resultó estar contra él y a favor de nuestra causa, y se aprestó a recibirme en La Paz.

Lo que más me inquieta es la lentitud de las tropas, todo se desenvuelve sin rapidez, y todo porque Olañeta se empeña en confundir a Bolívar con cartas llenas de palabras vacías. Confiado de sus falsas promesas, dejé descubierto al río Desaguadero por órdenes del Libertador, pese a tener a mi mando una fuerza activa de doce mil hombres.

Vi proclamas de Olañeta por todas partes, en Oruro: y así descuidé las fronteras. Para colmo, un coronel llamado Valdez vino a Puno con un carácter hostil, cometiendo la más pérfida acción que jamás nadie esperó: desde Cochabamba hizo invadir nuestros pueblos y mandó a saquearlos.

En cambio Don Casimiro Olañeta se avergüenza de la actitud de su tío, y ya le anuncié en una carta que he tenido que contes-



tarle en términos fuertes, y no podemos temerle ni aguantar más demoras en nuestra campaña. Mientras más rápido cruce-mos el Desaguadero más pronto será nuestra victoria.

Mil veces he pedido a Bolívar instrucciones de lo que voy a hacer en Alto Perú y no me ha dado una respuesta clara. A veces no veo muy bien hacia dónde se dirige todo esto, pues lo ideal es convocar una Asamblea de estas provincias y que se exija a Olañeta que deje al pueblo en libertad de constituirse.

Me parece mentira mi destino: haber nacido y haber muerto para narrar estos hechos. Yo, si acaso, soy un fantasma que apenas recuerda. Mi memoria se enturbia y mi corazón sufre. Entonces tengo que seguir reseñando las cosas: apenas atravesamos el Desaguadero en balsa, llegamos a La Paz, donde fuimos recibidos con alegría por la gente de esa ciudad.

Al general Lara lo dejé en Arequipa con tres mil hombres, para que combatiese cualquier expedición del ejército de Olañeta. Igual cosa hice con el general Córdoba, brillante soldado en Ayacucho, con tres mil quinientos soldados.

Organicé mi ejército con cuatrocientos infantes y más de ochocientos caballos en un principio, luego más de doscientos infantes se me incorporaron en Lagunillas. De Cachabamba y

Santa Cruz me llegaron más refuerzos. Olañeta solo contaba con mil infantes y yo temía que se metiera en las montañas, tenía que apresarlo antes de que llegara el mes de abril. Ya el treinta de marzo, si mal no recuerdo, llegué a Potosí y a principios de abril ya había ordenado a los batallones y a los Húsares de Junín que continuasen la marcha.

Pero las cosas del destino son superiores a veces a las de la voluntad humana. Quizá no quería Dios ni la historia que yo me encontrara con el traidor de Olañeta. El tres de abril me llegó la noticia de su muerte, acaecida cuando sus tropas se enfrentaron a las del coronel Medinaceli, que se había insurreccionado tomando partido por la Patria. De este modo, y repentinamente, terminó la guerra en el Alto Perú, después de esto solo quedaron dando batallas unos cuantos enguerrillados en el sur, quienes quedaron sometidos a nuestro ejército.

Aparentemente, esto me facilitaba las cosas, pues ahora ya me sentía más desahogado para convocar la Asamblea el 19 de abril. Y yo quería que esta fecha coincidiera con la de 1810 para celebrar una fiesta, pero Bolívar no me dio autorización para ello, pues me dijo en una carta que estas provincias dependían del Congreso de Buenos Aires y de su virreinato vigente por Real Cédula desde el siglo pasado. De todos modos, tendré que confiar en la buena voluntad de los partidos, a ver

si logran independizar el territorio del Alto Perú, que hemos decidido se llame en adelante Bolivia en honor del Libertador, para ver si confiando en la buena fe de los partidos, pueda independizarse de los países vecinos que quieren echarle mano, como son Perú y Argentina. Lo único que me interesa es la plena soberanía de este pueblo.

## Capítulo 7 Fundación y consolidación de Bolivia

**E**l general Bolívar está empeñado en que yo tome el mando supremo del país, pero yo no deseo eso, ya se lo dije. Yo no voy a militarizar al Alto Perú. Lo más sensato que puede hacerse es convocar a una Asamblea Nacional para que ella decida los destinos de este nuevo país. En abril me entrevisté con el general argentino Arenales, quien de manera muy noble nos dejó en libertad para decidir los destinos de Bolivia. Así que triunfó la idea de la Asamblea, que terminó por instalarse en Chuquisaca en julio de ese año de 1825; finalmente, el Acta de Independencia de Bolivia se firmó el 6 de agosto de ese año. Quisimos que coincidiera con el día de la celebración de la Batalla de Junín. Estuvieron presentes cuarenta y ocho diputados. El Libertador hizo gala aquí de su genio, al redactar en poco tiempo una Constitución formada por cuatro poderes: uno legislativo con tres cámaras de representantes, senadores y censores; uno judicial y autónomo; otro electoral para garantizar unas elecciones

limpias, y otro ejecutivo y vitalicio presidido por mí. Los diputados se empeñaron en dar mi apellido a la capital, cosa que me enorgullecía pero me ponía en nuevos aprietos, pues uno hace todo esto no para mirarse en el espejo de Narciso, sino para que los países marchen con la fuerza humana de su gente. El general Bolívar, para colmo, me ha hecho casi ruborizar al escribir un Resumen sucinto de mi vida, en el cual ha descrito brevemente casi toda mi trayectoria de guerra. Ha exagerado Bolívar al decir que la posteridad me representará “con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Cápac, y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada”. La verdad que no me creo merecedor de tales metáforas o alegorías. Siempre hay por ahí algún malintencionado envidioso que tiende a ridiculizar tales exageraciones.

Pero en el fondo yo sé por qué lo hace. Aparte de estas últimas frases grandilocuentes, percibo en su escrito un sentimiento profundo de amor paternal. Él habla como si fuese mi padre, siento ahí el afecto del padre hacia el hijo, del padre orgulloso de la actitud del hijo que probablemente le hubiese gustado tener.

Recuerdo que en una ocasión Bolívar se molestó con el general ecuatoriano José Joaquín Olmedo porque éste exageró

sobre su persona en su famoso Canto a Junín. Se molestó de una manera muy decorosa, es cierto, pero le insinuó a Olmedo en una carta que aquello de estar comparándolo con los dioses del Olimpo griego era demasiado, y hasta lo mandó a leer de nuevo a Homero. A mí me dio vergüenza ajena cuando me enteré de aquello, pues el general Olmedo es todo un caballero y estoy seguro de que no lo hizo por adular a Bolívar, sino para enaltecer a la poesía de la Independencia. Pero Bolívar en esos días estaba acompañado en el Perú por Don Simón Rodríguez, su maestro de la infancia y doctor en cosas literarias, y una de las lenguas más viperinas que han pasado por América en todos los tiempos. Se ve la mano de Don Simón en esas cartas de Bolívar a Olmedo, se ve su estilo irónico y sangriento. Yo respeto mucho al doctor del Libertador y creo en sus capacidades creadoras e inventivas, pero hay que admitir que ya está medio loco. El Libertador me lo envió para que me ayudara a construir la educación en Bolivia y él creyó que se podía tomar conmigo las mismas licencias que tiene con el Libertador para hacer bromas de todo tipo; de bromista pasa de pronto a huracán y de mal humor, escribe cosas y las describe, tiene un estilo dispuesto en la página en forma escalonada o utiliza corchetes y paréntesis y ha inventado ahora métodos educativos que no se pueden aplicar en la práctica. Me ha costado mucho entenderme con él, pues quiere mi absoluta atención para sus ideas, muchas de las cuales están llenas de divagaciones metafísicas.

Por otro lado, está el humor negro y ácido de Don Simón, quien con sus chistes puede ridiculizar al mismo Dios de los Cielos. A toda hora anda echando punticas a todo el mundo, y hasta del Libertador dice cosas que no siempre se entienden. De mí ha dicho una cantidad de bromas pesadas, y me compara con Bolívar para rebajarme. Como yo lo miro por encima del hombro por esta causa, fue difícil tratar sobre sus proyectos educativos para Bolivia, razón por la cual su carácter se ha vuelto más agrio. Sin embargo, le di plenos poderes en sus cuestiones, y así fue que propiciamos la fundación de la Universidad de La Paz y comenzamos a crear escuelas. Tiene su lado bueno, esa imaginación extraña de Don Simón, pero hay que mantenerlo a raya. Yo sé que no le caigo muy bien, pero mejor así. Es mejor que lo odien a uno un poco, pero que lo respeten. Yo prefiero el odio que esa cosa amorfa que llaman la envidia, la cual solo puede engendrarse en la mente de los mediocres.

A pesar de que el Congreso me había nombrado Presidente Constitucional de Bolivia y de que tenía que crear una representatividad de ese país en el exterior (envié emisarios bolivianos al Congreso de Panamá en mayo de 1826) ya mi vida parecía encauzarse hacia el sosiego. Las guerras militares ya estaban dadas y ahora la tarea mayor era organizar estos países con buenos proyectos sociales y educativos.

Joven como soy, me siento a veces como un viejo, cansado. En alguna parte habré de encontrar cierto sosiego, pero no para retirarme como un patriarca lleno de laureles, sino para dar rienda suelta a mis pasiones. El general Miranda y el general Bolívar son famosos por sus amores, por ser los dueños de innumerables corazones en todos los países por donde han pasado. Sus triunfos amorosos son tan celebrados como sus triunfos militares o políticos. Yo particularmente los envidio. Aunque también soy arrojado con las mujeres y una vez les pongo el ojo no ceso hasta tenerlas conmigo, sufro de cierto miedo escénico; no me gusta compartir con la opinión pública, y menos con el público de galería, mis conquistas privadas. No hay cosa más deliciosa que disfrutar de la privacidad, de saber que un amor no es vigilado por nada ni por nadie, menos por el poder, esa cosa omnipresente que intenta meterse en los resquicios de tu ser. El olor de las alcobas, el perfume animal de los cuerpos de los amantes; la entrega sexual suave o desesperada, los infinitos matices de esa entrega y las horas y circunstancias secretas que puedes preparar para que las mujeres sean tuyas constituyen todo un arte. Es como el arte de la guerra; hay que disponer de una estrategia para que el objeto de tu deseo caiga en las dulces redes. Hay que poseer todo un arsenal matemático para armar el ataque, y luego que uno está saboreando la victoria, aquello no puede compararse a nada: no es la triste victoria



de ver al enemigo muerto y los campos de batalla asolados, sino la victoria misma de la vida frente a la muerte, el efímero rayo del deseo que esplende en la explosión última del orgasmo mutuo, pareciera que nuestro semen se vuelve polvo de estrellas, como si estuviésemos engendrando una célula superior en medio del cosmos, es una sensación superior que comprende una especie de pequeña muerte y al mismo tiempo produce un nacimiento.

A pesar de mi cansancio, no es para reposar que quiero yo mi libertad; a pesar de mi tristeza, no es para dormir que busco la paz, sino para gastar los cartuchos de mi hombría en los arrebatos del deseo y para ver cómo cuido de las hijas mías que han nacido por allí, como producto de estos arrebatos. Con Mariana Carcelén, mi esposa legítima, ha sido imposible formar una familia y tener hijos; ha tenido que ser el azar el responsable de estos hijos que tantos remordimientos de conciencia me han traído, pero me consuelo al pensar que a sus madres les he dicho, y ellas lo han comprendido así, que el destino de estos países dependía en gran parte de mis responsabilidades, y que mi destino estaba escrito, conjurado en alguna parte.

Yo sé que estamos viviendo un tiempo romántico. Yo sé que hasta esta tarea revolucionaria de la Independencia responde a un sentimiento romántico por excelencia. Eso ya lo sé. Y que

esta guerra lleva en sí un ingrediente de autodestrucción, que aun en medio de las mejores victorias aflora, no sé, como si desconociéramos el rumbo cierto de nuestra vida, pese a habernos trazado un norte político. Porque la existencia es un misterio en sí misma, y para olvidarme de ese misterio —por momentos horrendo— nos asimos de las ciencias exactas, de la física, de las matemáticas, para poder ofrecer una visión concreta de cuanto hacemos, pues apenas uno comienza a abstraer y a pensar de dónde venimos y hacia dónde vamos ello solo es suficiente para lanzarnos al límite mismo de la inconsciencia. Sobre el origen de esta tierra americana no es cosa que sepamos del todo, y apenas comenzaron a poblarla las gentes nacidas aquí y con todo lo que eso les costó para mantenerla, no se la iban a entregar al primero que pusiera los pies en ella. Y la organización de Bolivia era un ejemplo de ello; no fue poco lo que costó centralizar la renta, ordenar la Hacienda Nacional y decretar la contribución directa de los ciudadanos. También tuvimos que separar la administración de justicia de los cargos políticos y de los cargos civiles, crear los tribunales de primera, segunda y tercera instancia y hacer que los jueces se ajustaran a una ley de responsabilidad y otra de procedimiento. Abrimos caminos y carreteras y lo primero que hicimos en este sentido fue abrir una carretera desde el Puerto La Mar hasta el Potosí. A este puerto tuvimos que llevar agua dulce, pues carecía de ella.

Simón Rodríguez me ayudó a crear en cada capital de

departamento un Colegio de Ciencias y Artes, mientras que otros me ayudaron a fundar una Academia Militar para formar oficiales de moral e instrucción. Fue necesario igualmente tener un sistema postal para conseguir comunicaciones con Lima y Buenos Aires. Aunque soy bastante respetuoso de la Iglesia Católica —y así se lo hice saber al Papa León XII— tuve que declarar la exclaustación voluntaria de las monjas y de los frailes y sujetar el clero a la potestad de la voluntad civil. En los Conventos de San Agustín y Santo Domingo me pareció más útil poner a funcionar hogares de niños huérfanos. Lo primero que hay son los niños, a ellos hay que protegerlos y contribuir con su salud, por eso fue urgente mejorar los hospitales tanto en Santo Domingo como en Cochabamba. Muchas casas pobres fue mejor convertirlas en hogares de trabajo, sobre todo de cultivo de añil, que a la larga fue dando sus frutos, hasta convertirse en una industria. Y hasta el cultivo de la coca dio buenos resultados en Bolivia; ayudó a sacar a flote a numerosas familias, pero eso sí, reduciendo los impuestos a su consumo.

Pero lo que más me ha parecido importante de todo esto, tanto en Bolivia como en cualquier otro país, es la libertad. Que la gente sea libre de elegir sus cultos y sus religiones. No se le puede pedir a la gente que crea a juro solo en los catecismos de la Iglesia Católica, porque la religión no se puede

oficializar en el espíritu de la gente. El espíritu es libre, pues si no, no sería espíritu, sería otra cosa. Si soy mahometano o budista o testigo de Jehová, o protestante o lo que sea, eso tiene que provenir de una elección natural del alma. Y lo mismo digo de la libertad de expresión; la prensa, los periódicos, tienen que ser libres y decir con sano juicio sus opiniones sobre cualquier tema que aqueje o que sea positivo para las sociedades. No se puede tener al intelecto preso esperando que esté acorde con todo lo que pienso yo o piensa el gobierno. Eso es egoísmo, miopía mental, pero eso no es libertad de pensamiento. Las ideas siempre van a renovarse con los tiempos y con las épocas. No podemos permanecer atados siempre a los mismos parámetros morales o ideológicos. Por eso no creo en reyes ni en monarquías ni tiranías. Lo mío es la democracia, lo mío es el gobierno del pueblo. Por eso declaré y decreté amnistía general en Bolivia. Es la única forma de ir entrando al proceso de la civilización; los gobernantes no pueden convertirse en gatos y perros peleándose por un cargo, por una posición. El hecho de estar en el lugar del poder haciendo que se cumplan las leyes no significa que ello nos va a dar derecho para matar y abusar, para continuar toda la vida persiguiendo a la gente para humillarla; las guerras no son fines en sí mismas, son solos instrumentos para sacarnos de la opresión y de las tiranías foráneas. Lo que queremos es vivir civilizadamente, respetando el derecho ajeno, que

es la paz. Solo así las familias podrán vivir armónicamente e ir dejando en su progenie una semilla de dignidad. Solo así, también, será posible convivir con otras familias para que la comunidad se ayude, se apoye, trabaje no solo para amasar dinero y riquezas materiales, que tampoco son un fin en sí mismas, son solo instrumentos de canje que nos facilitan los bienes de consumo. Pero las mentes medianas piensan que amasando sumas van a ser respetadas porque sí, y eso es lo que más se contrapone a un ideal de convivencia justa. Solo siendo generoso es capaz el ser humano de desarrollar la gran riqueza que trae oculta, y que a veces ni él mismo sabe que posee. Y es por ello que he hecho tanta insistencia en la educación y en la lectura.

Otra cosa que fue urgente en Bolivia fue su poblamiento. Hubo que facilitar la inmigración, invitar a gentes de otras tierras a que viniesen y se instalaran allí, con todas las garantías que les ofrece la recién fundada República, y más si vienen en plan educativo, si son maestros o van a contribuir con la instrucción pública. Serán considerados ciudadanos y el gobierno les protegerá. Solo así, creo, iremos entrando poco a poco en el progreso. Y ese progreso se conquistará solo si se hace democrático. Y nunca retroceder hacia las monarquías o a un imperio, y menos aquí en América, que es un continente joven y que no tiene por qué estar imitando a Europa en todo.

Justamente en este año de 1926 ocurrió algo preocupante con relación al Libertador.

Muchos hombres de posición económica y social importante comenzaron a empollar una idea que poco a poco fue creciendo, y se la hicieron conocer a Bolívar: la de fundar un imperio y coronarlo a él como Rey, como si fuese un Dios, imitando quizá a Napoleón, que en sus delirios de grandeza se hizo coronar, pues se sabía (y se creía, y esto es lo más grave) dueño del mundo. El Libertador se negó y luego me refirió el asunto por escrito. Yo le respondí: “Entro a responder su artículo reservado. Me parece que los de Caracas que han propuesto a Ud. el proyecto Napoleónico, lo hacen de mala fe, y por tentarlo; lo considero así tanto más por las personas comprendidas en él. Nunca debía pensarse que Ud. diera otra contestación que la que ha dado, porque es la que aconseja la prudencia y el amor patrio. Si usted tuviera hijos, acaso yo propondría otras ideas a la tranquilidad pública, pero no teniéndolos usted, creo que el proyecto envuelve en sí la destrucción del país. Enhorabuena que mientras Ud. viviera, se mantuviera el orden; pero a su muerte de usted, cada uno de los proyectistas se creería con derecho a sucederle, y cada uno tomaría un pedazo de terreno para despotizarlo. Yo opino como su hermana de Ud., que debe ser Libertador o muerto; como Libertador va usted con la gloria a la eternidad de los siglos. Yo no soy muy demócrata, por el convencimiento

del estado de nuestro país; pero considero en usted al hombre que yo quiero más sobre la tierra, y considero mi país, y los que quieren subyugarlo a la sombra de un genio respetable, para pensar como pienso. La idea de usted de mandarles su proyecto de Constitución para Bolivia es excelente: ella concilia en lo más posible todas esas ideas. Si esos señores tienen buena fe y un sentimiento noble de amor patrio pueden preparar los ánimos para aceptarle en el año treinta y uno. La concentración del gobierno y a la vez mantener la libertad y la independencia de la nación, debe ser la mira de todo colombiano que trabaje por el bien de su Patria. Pienso que usted, manteniéndose siempre sobre todas las ideas vulgares, se conserve intacto, como que en todos los acontecimientos debe ser el arca de la alianza del pueblo de Colombia, y del pueblo de América, así como la nave que lo salve de un naufragio en algunas tempestades políticas. Me he permitido dar a usted mi opinión tan franca y sincera como lo hubiera hecho con mi padre...

El estado interior de desorden en que usted me describe a Colombia, me ha causado el dolor que usted puede imaginarse; creo, sin embargo, que como este desorden es solo en ideas y pretensiones, puede sofocarse, por la aparición de usted allí, o por sus medidas. Es muy singular que los furiosos demócratas hayan venido a parar en la peregrina idea de un

imperio para remediar los males. Saliendo de un delirio turbulento vienen al otro extremo, que igualmente debe descontentar al pueblo. No pienso ni que el Ejército mismo convenga en el pensamiento porque a pesar de los vejámenes que ha sufrido el Cuerpo Legislativo, y aun, según se dice, del Gobierno, creo que prefiera a sus conveniencias la paz y la dicha de Colombia, sería usted; no teniendo usted hijos que aseguraran por la sucesión esta paz, ella no duraría sino mientras usted viviera; y a su muerte, una revolución más espantosa y sangrienta sería el resultado de tal invención. Si el Rey fuese un príncipe europeo, deberíamos llorar el desenlace de nuestra revolución; y no sé quién en Colombia, hijo del país, reúna el voto público para esta dignidad. En cuanto a usted, opino con usted y con su fama, que usted debe morir antes que perder su título de Libertador; el más grande y el más glorioso...

La federación en los términos que usted ha pensado sería un gran remedio; pero dudo mucho que se consiga en la generalidad en que se ha meditado. La del Perú con Bolivia podrá conseguirse; y aunque estos señores han mostrado bastante repugnancia, por cuanto la primera impresión que tuvieron era de que se les quería someter al Perú, yo trabajaré cuanto pueda, puesto que usted cree que así se asegurarán más las instituciones, la libertad, y la paz de ambos países. Respecto de la federación de los tres Estados, también se conseguiría,



pero no sé si tan estrechamente: veré lo que se hace, porque en eso se necesitará mucha prudencia y una viveza que dudo mucho tener, particularmente cuando yo no estoy acostumbrado a manejar esta clase de negocios.

En cuanto a que se nombre a mí Presidente Vitalicio, ya he declarado que renuncio a esta idea, y que aceptaré el poder solo por dos años, hasta 1828, fecha en que debería reunirse un Congreso Constitucional. Mi nombre tampoco debe aparecer en futuras listas de candidatos a la Presidencia. Sin embargo, a Bolívar siguen persiguiéndolo grandes ideas, como aquella de la Confederación de Colombia, Perú y Bolivia, y vuelve a aparecer mi nombre ligado a estas ideas de unión, y de verdad merezco que me estén asediando par tan altos puestos, pues finalmente en Perú y Bolivia me han nombrado Vicepresidente de esta magna idea, pero ello tampoco es de mi agrado, por lo cual me he dirigido a Bolivia con estas palabras: “Agradezco tanto como no podré expresar, la elección que usted hace de mí para Vicepresidente; si usted me permite, le diré pensara en ella. Tengo tantas más gratitud a usted, cuanto queda formado de mí una idea algo equivocada. Usted cree que yo puedo mandar un gran pueblo, y lo niego con toda franqueza y sin usar de gazmoñería; mi capacidad está limitada a poco, y si hago algo, y si tengo acierto en algo, es porque pienso para todo en complacer las ideas generosas de

usted por los pueblos, y por ayudarlo en alguna cosa en sus trabajos y para corresponder siquiera con mis servicios a las distinciones con que usted tan frecuentemente me favorece”.

Así tuve que contestarle a ese gran hombre, en un tiempo difícil, en que su dignidad quería ofrecerse empañada por los demagogos de turno, unos a través de la calumnia, otros a través de la envidia, la ingratitud o el odio. Es increíble cuánto odio pudo engendrar este gran hombre, asaltado en todo momento por las invitaciones a la anarquía. Con todo lo que había costado sentar las bases de la moral, para construir la ciencia de la ética y para ponerla en práctica, ahora todo ese camino andado con esfuerzos y sangre de los auténticos patriotas, iba a servir de camino abonado para los políticos y los diplomáticos profesionales, que solo aspiraban a cargos de honor en el exterior. Todavía hay urgentes cosas que resolver en Chuquisaca: organizar el batallón Potosí para que vaya a Oruro, y el Regimiento de Granaderos de Bolivia también. Y resolver cuestiones sobre propiedades. Comenzando el año de 1826, la guerra de Buenos Aires con el Brasil está abiertamente declarada. Algunos argentinos temen del mal éxito (o ninguna ventaja) de esta guerra, porque dicen que el gobierno no se ha prevenido para ella. Lo cierto es que el ejército del Uruguay sufre grandes deserciones, y que de los contingentes de las provincias, dicen,

que no llega ni la mitad, también por las deserciones. Tomando en cuenta este estado de cosas, debí consultar a Bolívar varias cuestiones de índole personal, más como padre y amigo que como jefe. Si no trata Bolívar de tomar parte de esta guerra del Brasil o en las cosas de Buenos Aires, y que yo participe en estas acciones, que yo deba estar libre y expedito para ir con algún ejército contra los del Brasil, mi interés sería por supuesto quedar soltero. Pero si no, tendría que consultarle sobre mis compromisos con una señorita en Quito, la señorita Carcelén, pues creo que esa niña es bien agradable y creo sería una buena mujer. Yo debo cumplir ese compromiso o disolverlo, y para esto quiero los consejos y la opinión personal de Bolívar, como a un hijo suyo. Dependiendo de este consejo cumpliré o no con el compromiso que me liga a la señorita Carcelén en Quito. Mientras tanto, continúo trabajando aquí en Chuquisaca; de modo que he decretado que los principios del gobierno están opuestos a toda especie de desigualdades entre los ciudadanos por su nacimiento, es mejor que la ciudad de Chuquisaca esté dividida en cuatro parroquias, por barrios, y que los habitantes de estos barrios, sean blancos, indios o de cualquiera clase indistintamente, sean feligreses de la parroquia a que pertenece el barrio, y los prefectos de los departamentos cuidarán de que en todos los pueblos se haga esta misma división de parroquias, sin ninguna distinción de clases.

Las comunicaciones son una catástrofe, las cartas tardan demasiado en llegar a destino, con casi tres meses desde que son enviadas desde Lima, y ello ha estado complicando mucho las cosas. Sin embargo, las gestiones aquí van por buen camino: las elecciones se están haciendo normalmente y el proyecto del Congreso Constituyente de Bolivia va por buen camino y se instalará el 25 de mayo. En lo relativo a unir esta República con la del Perú, me parece que no admitirán aquí ese proyecto. Empezando porque la inmensa deuda civil y militar del Perú espanta a los bolivianos, y luego porque la distancia de Lima es mucha y porque el estado moral de la población peruana es muy deprimente después de la revolución. El Congreso del Perú es otra cosa. Luego que se instale el de Bolivia, espero que Bolívar me permita retirarme de aquí, pues todo parece marchar normalmente y la gente está en camino. Yo me iré al Potosí y permitiré que los ministros elijan al jefe del Estado. Si el Libertador conviene en que me retire, me voy volando. Cuando pienso esto, recuerdo lo de las proposiciones de Rey, de monarca absoluto, que se le han hecho a Bolívar, y que no son otra cosa que tentaciones al genio, pues cuando se está tan cerca de la gloria como el general Bolívar, hay un margen escaso para las divagaciones de la locura. Yo no me dejaré nunca tentar por tales ofrecimientos, y en este sentido me permití recomendar a Bolívar, como ya narré antes, que las rechazase.

Por el momento, he considerado deber esencial estimular el aumento de la población aquí en Bolivia, invitando a hombres de todos los pueblos y acciones, a compartir la libertad civil y disfrutar de los derechos de ciudadanos en los términos que dicte la Constitución, con propiedad y seguridad. Los extranjeros que vinieren con fines de instrucción y enseñanza públicas serán más considerados para obtener la carta de ciudadanía. Una vez instalado el Congreso Constituyente de Bolivia, reconocí haber gobernado un pueblo dócil y de una moderación ejemplar. Esta República entra de última en la representación de los estados de la América, disfrutando de la tranquilidad y el orden; el pueblo confía a los legisladores, ya sofocados los partidos y las pasiones que agitó la revolución. La administración de justicia, la colección oficial de leyes, los decretos y órdenes del gobierno están todos sometidos a la aprobación popular, o a su reforma. El comercio y la industria han sido favorecidos con la rebaja de derechos; la minería, fuente de riqueza de esta República, ha recibido toda la protección, así como la agricultura, el comercio y la industria. Al pueblo exhorté en ese Congreso para que me desembarazase de continuar al mando de la República, para que la elección del nuevo gobierno sea toda boliviana y nacional. Yo me ausentaré de aquí, y, en el seno de mi Patria, haré votos por su prosperidad, y para que la sabiduría descienda sobre sus legisladores y presida los destinos de la nación.

Pese a mi voluntad, tuve que convenir con el Libertador de quedarme un tiempo más en Bolivia, pues él aún no se desocupaba en Colombia. Este país vive un estado de desorden y, según Bolívar, hasta que las cosas allá no se calmen no puedo yo moverme de aquí, y solo él sabe cuánto me perjudica esto. Pero mi deber y mi tarea por la causa de estos países es superior a mi voluntad personal, e incluso a mi salud. Así que debo seguir reuniéndome con clérigos, congresantes, militares y gobernadores. Según parece, no tengo un momento de descanso. Sin embargo, siempre veo signos de aprecio en la gente del pueblo hacia mi persona, y me he asombrado al comprobar que las monedas recién acuñadas de plata llevan impresas un busto mío, y en las de oro el busto del Libertador. Ese hecho puede ser tomado como un gesto de que yo he intervenido en tales decisiones y puede abrir campo para que en otros países piensen que yo estoy detrás de todo esto, y que incluso puedo intervenir en la redacción de las leyes. Prefiero, pues, decirle al Congreso Constituyente que más bien opte por colocar el busto del Libertador en ambas, tanto en las de oro como en las de plata. Pero todas estas no son sino minucias de la paz que se respira aquí ahora, una paz que yo quisiera compartir con mis hermanos del sur, como son mis hermanos de la nación Argentina.

Nuestra América necesita la paz y yo soy de opinión de buscarla a toda diligencia. Así se lo he dicho al general Alvear en Buenos Aires, pues veo que él va a tomar el mando del Ejército Oriental, y me prometo que esta medida produzca efecto de una importancia suma a la causa de los argentinos en su contienda con el Brasil. Yo hubiera deseado, sin embargo, que esta guerra hubiera tenido un término por negociaciones, pero no habiendo otro partido veo que los argentinos deben hacer operaciones, y con una fuerte masa. Por esto es que celebro el aumento y organización de las fuerzas nacionales argentinas en los términos en que el general argentino Alvear me ha explicado, celebrando por supuesto que en ese país tengan tantos recuerdos disponibles para sostener su contienda. Pero los argentinos creen que aquí ignoramos sus luchas en contra de los brasileños, cuando la realidad es que no hay de dónde tomar partido. Ellos suelen utilizar en sus papeles diplomáticos un lenguaje insolente y petulante. Nosotros apenas terminamos un proceso de Independencia de estos pueblos del Perú, Colombia y Bolivia con mucho esfuerzo, y ya no podremos inmiscuirnos sin condiciones en los proyectos de otros países, aun cuando ya se da por entendido que nuestras tropas no dejarían de presentarse con gusto si sus gobiernos tomaran parte en esta contienda con el Brasil. Yo creo que es tiempo de que aprendamos a pensar por nosotros mismos. No me

parece tan descabellada la idea de convocar una asamblea de diputados de las cuatro provincias del Alto Perú con el objetivo de crear una nueva República. Yo sé que por ahí las malas lenguas andan diciendo que yo soy separatista y que desafío la autoridad de Bolívar, pero esos chismes me tienen sin cuidado, porque yo sí que le hablo bien claro a mi general Bolívar, yo no me voy por las ramas de la retórica cuando deseo expresarle mis sentimientos. Pero la verdad, ya estoy cansado de la guerra, me encuentro cansado de luchar en estos tres mundos: vivir, recordar y morir. He amado también, por supuesto, pero de este amor apasionado hacia las mujeres no lo he comunicado a casi nadie, porque no lo considero algo heroico ni público, el amor es algo azaroso y divino, no algo que pueda interpolarse con los informes de guerra ni con los triunfos en las batallas.

Aun ahora que estoy muerto, la memoria no me falla en el momento de atraer los dulces y sutiles instantes vividos con las mujeres, y si es verdad que no poseo el desenfado ni la retórica de Bolívar ni de Francisco de Miranda, más adelante me divertiré contando algunos detalles que me acompañaron en mi vida galante, cuando aún podía salir por las noches a hacer algunas incursiones con las mujeres, acompañado de ciertos amigos, principalmente del general Daniel Florencio O' Leary.



Mas, ahora es imperioso que continúe recordando para la posteridad cómo han ocurrido los hechos, aunque debo admitir que los hechos nunca son los hechos como se narran en las cartas ni como a veces quieren recomponerlos los historiadores. En una palabra: los hechos nunca son tan reales como parecen; siempre tienen un revés o varios reveses: uno a momentos está haciendo algo sin querer o ejecutando una cosa fuera de su verdadera voluntad. A veces obramos como si fuésemos marionetas de una fuerza superior, pero no de una fuerza superior que está muy arriba por encima de nosotros, a esa energía que llamamos Dios, no es solo eso, a veces el destino parece estar escrito por otros hombres que nos precedieron y que dejaron allí un cúmulo de aciertos y desaciertos para que los probáramos. Eso no sé cómo explicarlo, pero el asunto se complica cuando hace su aparición la naturaleza femenina, cuando las mujeres entran en la vida de los hombres para transformarla, y cuando los hombres también ven alterado casi todo su recorrido por esta vida apenas aparece una mujer en el terreno de su existencia. Esto es lo que he aprendido: es superior lo que sentimos a lo que pensamos. Y esto no es ni siquiera un pensamiento: es una sensación que atraviesa mis poros como un líquido indeleble.

Pues bien, guiado por estas sensaciones, estoy dispuesto a proseguir mi relato, aunque sigo sin ver bien a mis interlocutores.

Ya casi no puedo escribir, debido al dolor de mi brazo. Apenas puedo monologar o dialogar con un auditorio que apenas veo.

Solo deseaba descansar en aquella aciaga tarde de mil ochocientos treinta. Esa es la verdad.

Ahora apoyo mi cuerpo translúcido en una silla, y no descanso; en una cama, y está incómodo. Solo la posición en una hamaca, donde no se está completamente sentado ni acostado, y le permite a uno los vaivenes en el espacio, se adecua a las oscilaciones de mi sensibilidad.

Ahora soy ese fantasma que se balancea en una hamaca, haciendo memoria y averiguando cosas en los tres mundos.

Y ahora he de hacer memoria sobre el mundo de la experiencia con las mujeres, el mundo de la pasión femenina que me ha aliviado el espíritu de las heridas de la guerra, y me hace olvidar por momentos las tribulaciones de esta existencia llena de vaivenes.

## Capítulo 8 Aventuras amorosas

**H**a querido el destino que mi alma se remonte, en las alas de Eros, hacia las tribulaciones divinas en Quito, Guayaquil o Chuquisaca. Todo comenzó con mi amistad con Daniel Florencio O’Leary. En cuanto lo conocí fue construyéndose poco a poco una relación sincera; pero ese poco a poco fue en verdad algo muy rápido, una complicidad para las cuestiones festivas de la vida. En cuanto nos poníamos a conversar surgía una necesidad recíproca de comunicarnos aventuras infantiles y adolescentes con las que nos deleitábamos. Pero fue al llegar al tema de las mujeres cuando nuestros sentidos comenzaron a despertar: O’Leary tiene un verdadero don para las mujeres, algo que a ellas les encanta, y yo no sabría precisar qué: desenvoltura, arrojo, elegancia. Y un detalle que gusta a todas: las hace reír, les sabe hacer pasar el rato con cuentos y anécdotas graciosos. Eso es lo que aman más las mujeres después de la pasión: la risa, el humor que contagia la alegría del espíritu humano, que es la cosa más preciada. Si la miramos bien, la existencia mortal es algo triste, llena de enfermedades, males, tristezas y decepciones; cuando no de trabajo, de afán, de desgaste. La

vida, vista en frío, es solo un mal rato; pero a ese mal rato, podemos hacerlo motivo de celebración y de las cosas de todos los días una fiesta, porque el solo hecho de existir es como un milagro. Ese no saber de dónde venimos ni hacia dónde vamos, eso de nacer y llevar a la muerte consigo como una piel o una sombra que nos arropa es algo en verdad extraño. ¿Por qué nuestros cuerpos siendo tan similares se diferencian tanto unos de otros? Y eso de tener algo animado, con voz, vista, oídos, es obvio, ya lo damos por hecho así como así, pero en verdad es algo bien inquietante. También da qué pensar ese asunto del tiempo, esa predeterminación de nacer en un preciso lapso de esa cosa amorfa que transcurre y que nos produce canas, enfermedades y nos va debilitando hasta humillarnos, llamado tiempo, al que hemos tenido que dividir en épocas y en eras y a todo eso denominarlo historia, para que todos esos acontecimientos no puedan borrarse de la memoria de los hombres futuros, y esos hombres aprendan de lo bueno y lo malo, de los errores y los aciertos. Ese sería el significado de la historia. Pero ello es solamente aquí, eso no incluye al significado cósmico de este planeta, que no le corresponde solo al género humano, donde este convive con elementos, animales y plantas en un sentido no siempre armonioso. Todo esto flotando en una esfera en medio del espacio, una esfera animada por eso que llamamos vida, ¿será eterno? Lo dudo. Venimos de las estrellas y hacia ellas vamos,

ineludiblemente. Y el hombre se las arreglará para dejar escrita la memoria terrestre en alguna parte del universo, de eso sí estoy seguro.

Yo lo sabía: apenas comienzo a especular sobre esos pequeños detalles, me pierdo. Yo solo quería hablar sobre mi amistad con el general O'Leary, y de algunas escapadas que dimos por Quito y Guayaquil. Una noche salimos a pasear por las calles de Guayaquil, por un bulevar cerca del mar donde la brisa era fresca y había mesitas llenas de gente y de muchachas. Daniel Florencio me animó a acercarme con él a una donde era notoria la belleza de las mujeres allí sentadas, que se reían con malicia, mientras se abanicaban.

—¿Nos permiten acompañarlas?— preguntó O'Leary, mientras se hacía lugar en la mesa, sin esperar la aprobación de ellas. Se puso a hablar O'Leary de cosas banales primero, y luego fue al grano directamente, invitándolas a dos de ellas a culminar por ahí fuera del grupo. Por supuesto, yo le apoyaba, aunque mi timidez era visible. Yo ya me había fijado en una de ellas, de bello cuerpo y grandes ojos. Su mirada me correspondía, y lo que menos deseaba era que ella me identificara con el general Sucre, deseaba que se fijara en mí como hombre. Me le fui acercando y rocé eventualmente sus

brazos; ella me dio la confianza suficiente como para entrar en un contacto más cercano. Entonces nos desprendimos del grupo y nos fuimos hacia un farallón de escasa altura que había cerca del bulevar, allí le dije cosas tiernas y ella se sonrojó, pero su rubor era atrevido, me hablaba con un erotismo del que no había estado cerca desde hacía mucho tiempo. Entonces le besé la mano y ella se acercó aún más, y entonces la besé, la besé en los labios y ella abrió la boca y me ofreció su lengua que sabía a fruta. Quedamos como mareados por un rato ella y yo.

—Creo que debemos regresar con el grupo— dijo ella.

—Tenemos que vernos otra vez— afirmé yo.

—Vivo cerca de aquí, en ese barrio —recalcó ella señalando hacia un conjunto de hermosas casas coloniales— Si gusta, nos vemos aquí pasado mañana a la misma hora.

Nos acercamos de nuevo a la mesa donde el general O’Leary hacía de las suyas, hablando con un grupo de cuatro a la vez, pero teniendo asida por la mano a una de ellas, la más esbelta y hermosa. Al llegar nosotros, todos se levantaron.

—No queremos interrumpir, continúen— dije yo.

—Se nos hace tarde— dijo la que acompañaba a O’Leary. Ha sido un placer platicar con vosotros. Se despidieron, y nosotros besamos las manos de todas.

—¿Cómo te fue en el paseíto?— me preguntó Daniel Florencio, con picardía.

—A mí muy bien, es una mujer divina, creo que voy a verla de nuevo. ¡Pero por Dios, ni siquiera sé cómo se llama!— respondí.

—Eso no importa. Ya se dieron cita. Guayaquil a veces nos sorprende con sus mujeres. Para mí son más bellas las de aquí que las de Quito— afirmó. La verdad, me impresionaba mucho con este tipo de juicios de especialista. Después agregó:

—Mira, Antonio José, esa a quien le pusiste el ojo es nada menos que Pepita Gainza, una de las mujeres más hermosas de Guayaquil, y creo que te ha reconocido...

—Eso era precisamente lo que no quería...

—Aquí todo el mundo te conoce ya, eso no lo puedes evitar.

—A veces se cansa uno de ser militar.

—El ayuntamiento prepara un baile en grande para ti. A lo mejor viene Pepita Gainza al baile— dijo O’Leary.

Yo acudí a la cita con ella dos días después, y ella no apareció. Cosa que, lejos de disgustarme, me excitó. En esos días salí con O’Leary y otros oficiales a esparcirnos un poco por ahí, aprovechando que el clima político estaba un poco calmado. Tuve algún descanso.

Después se anunció el asunto del baile en mi honor, cuestión que me fastidiaba. Las mejores familias de Guayaquil fueron invitadas; éstas tenían apellidos como Elizalde, Lavayen, Roldán, Tola, Icaza... Oí de labios de un oficial que auscultaba la fiesta con ojos de fauno y se preguntaba por la hermosura de Pepita Gainza y Rocafuerte, bromeando sobre si era posible que hubiesen olvidado invitar a esta familia española. Me había mentido otra vez Pepita, al decirme que vivía en aquel barrio pobre cerca del bulevar. Vivía en una mansión, casi una fortaleza. Ella escondía, como yo, su verdadero estatus, y eso me gustaba.



—Habrá que hacer un milagro para que venga a la fiesta Pepita Gainza— terminó de decir aquel oficial. — Pero aquí no tenemos al santo.

—Pues sí que lo hay: yo soy ese santo— me dije para mí mismo. Y entonces elegí a mis edecanes más elegantes para que me acompañasen a la mansión de la familia Gainza.

Al llegar allá, salió la madre de la niña disculpándose, diciendo que su marido se hallaba quebrantado de salud y que ellas debían acompañarlo, pero que si su hija quería ir un rato ella no iba a oponerse, y cosas por el estilo. Lo cierto es que la dejó venir con nosotros más por deber social, aunque en el fondo se vio muy honrada de que mi persona se hubiese trasladado allí.

Pepita Gainza tenía solo dieciséis años. Muy viva y arrojada, encanta con sus ojos moros y con su voz que no pronuncia las eses. No viste con los colores patrióticos ni luce emblemas de nosotros, ni tiene por qué hacerlo, digo. Pero tiene un busto perfecto, unos senos preciosos y un pie pequeño. Es coqueta, maliciosa, sabe mover su abanico y tiende celajes con la mirada. Ya no resisto más y la invito a bailar. A medida que

se agita y sus manos están en las mías, siento que mi hombría se acrecienta. Estamos en medio de una contradanza y el baile debe desarrollarse con el mejor equilibrio; en cada una de esas inclinaciones yo logro vislumbrar las delicias de sus senos, y a medida que puedo tomarla de la mano lo hago con más firmeza, para que ella sienta todo mi ardor, y al compás de la danza continuamos hasta que una de mis medallas queda prendida de su blusa, cerca de su escote. Ella se ruboriza por el percance, y yo me le adelanto:

—Eso quiere decir, Pepita, que mis glorias te pertenecen...

A lo que ella me responde:

—Encantada, General, me haré digna de merecerlas.

Fue esa una noche afortunada. La acompañé a su casa, y en el trayecto nos besamos.

En los días subsiguientes nos amamos apasionadamente. Disfruté de su cuerpo andaluz, de sus ojos y de sus caricias ardientes. Fue una de las mujeres que más satisfacción me dio en la cama de todas las que recuerdo. Además, yo fui quien la desfloró, y el haber roto aquel himen es uno de los recuerdos eróticos que mejor me acompañan. Y no solo por aquellos

días hicimos el amor. Ella siempre se las arreglaba para precisarme y ya tenía todo preparado para que nos amáramos en lechos salvajes, en graneros, en las arenas de la playa por las noches. Todo aquello fue delicioso.

Pero después de este amor con Pepita, fueron muchos los corazones que esta bella mujer cautivó. Entre los que me fue dado saber, estaban los del general Bartolomé Salom, y los del general inglés Illingworth —con quien terminó por casarse Pepita—, con Daniel Florencio, y este irlandés, que es como un Don Juan, no cesaba de ponerse a los pies de los encantos de Pepita. Recuerdo sus palabras en aquella carta: “Oh, no sé cómo no me embriagué brindando por los bellos ojos de Pepita. Me hubiera envenenado de placer por ello”.

Lo cierto es que un sinnúmero de historias falsas se tejieron en torno a este amor mío con la belleza de Guayaquil, pero el incidente que más me dolió fue uno precisamente inventado por O’Leary, pues de seguidas de la frase del envenenamiento, me escribe: “Un amigo de usted me ha informado que usted le había dicho que yo confesé a usted que ella me quería y que por ese motivo olvidó todo pensamiento que antes podía haber tenido de casarse con ella. Estoy persuadido de que usted no puede haber dicho tal cosa, porque una mentira no puede tener origen en Sucre.” Y yo no vacilé en responderle

así: “¿Qué diré a usted para mis queridas amigas? Le daré a usted facultades hasta para ofrecer mi corazón si usted gusta, porque sé que usted lo pondrá en buenas manos o lo cambiará por otro tan sensible como el mío y tan consecuente como yo deseo. Esta comisión para usted es excelente porque podrá usted usar de ella como convenga a sus pretensiones y a mis intenciones, pues estando mezclado usted serán más generosas que amorosas, y no estándolo, serán lo contrario. A las amigas les hará usted una visita a mi nombre”.

Otros han dicho que yo flaqueé en no casarme con Pepita debido a que la consideraba socialmente inferior a Mariana Carcelén, Marquesa de Solanda. Esto no es cierto; Pepita Gainza y Rocafuerte es hija de Gabino Gainza, Capitán General de Guatemala y Brigadier de los Reales Ejércitos; su madre, María Manuela de Rocafuerte, proviene de una de las familias más acomodadas del Guayas.

Pero la verdad es que el incidente con O’Leary motivó mi distancia miento de ella. No puedo decir si con ella habría sido más feliz que con Mariana Carcelén, con la que no pude disfrutar como hubiese querido. El carácter de la Marquesa de Solanda era menos voluptuoso y más inflexible. A mí me gustó siempre más la ciudad del río Guayas, su cercanía del mar que me retrotraía a los recuerdos de mi infancia en Cu-

maná. El Guayas me recuerda por alguna razón al Manzanares, y no sé... el carácter de las gentes es distinto en el mar que en las montañas. Sé que el proyecto político andino era el más importante en el momento de completar la gesta de la independencia americana, pero en lo que se refiere a calidad anímica yo me quedo con aquellas geografías que beben directamente de los mares.

Aún mis amores con Mariana Carcelén no terminan de cuajar, esa es la verdad. Y ni siquiera he tenido una respuesta concreta por parte de Bolívar para orientarme en este asunto, para dejar zanjado mi compromiso con esta dama.

Mi espíritu busca nuevamente aquí en Guayaquil la cercanía de una mujer, pero solo logra toparse con el recuerdo de Tomasa Bravo, una mujer del pueblo, fuerte, brava como su apellido y de un erotismo muy especial, que me habría hecho muy feliz si me hubiese dado un hijo varón. Salió preñada, y yo me hacía ilusiones con ese muchacho, al que pensaba nombrar Simón en honor a mi padre espiritual Simón Bolívar, quien tampoco vio coronados sus deseos de tener un hijo varón. Yo sé que él de alguna manera proyectó en mí esos deseos, viéndome como a un hijo. Pero tampoco yo tuve suerte, y de Tomasa Bravo nació una niña, a quien di el nombre de Simona. Nació en 1822 en Guayaquil, y yo no tuve sino con-

tactos eventuales con su madre después de su nacimiento. Apenas había cumplido la niña cuatro años, cuando recibí la infausta noticia de la muerte de su madre, la noble Tomasa. Después, no sabiendo en manos de quien había quedado la niña, escribí a un amigo mío, el coronel Aguirre, para que llevara a Simona a Quito y la pusiera en una casa en que la criaran y educaran con mucha delicadeza y decencia, le enseñaran cuanto se pueda a una niña y la hicieran tratar bien. Angelita Elizalde, hermana del padrino de Simoncita, tenía noticias sobre el paradero de la niña, y Angelita, amiga mía fue siempre una dama distinguida y responsable, que seguro hizo cuidar de ella.

Tomasa Bravo no fue ninguna mojjigata ni una sufrida. Era una mujer alegre, muy conocida en Guayaquil, incluso hasta coqueta. A menudo hacía chistes y era muy escandalosa cuando yo le estaba haciendo el amor, daba gritos placenteros y esto me ponía muy nervioso. A mí me puso el ojo y no le costó mucho conquistarme con su carácter jovial y su sentido del humor. Pocas veces estuve con ella. Y quién iba a decirlo: fue ella la única que pudo darme una hija hembra.

Una vez Tomasa se cayó, se hizo una herida en la pierna y no cuidó bien de que aquella herida sanara. Entonces la herida infectó y le produjo la muerte.

Yo me hice responsable siempre de todos los gastos que pudiese ocasionar la niña, pero la verdad es que nunca más supe de ella. El solo pensar en la pequeña me atormentaba. Unos decían que se había vuelto loca, otros que se había metido a monja y estaba en un convento; los demás que se había ido a otro país con un soldado. Yo nunca supe la verdad.

Y vuelven a mí las imágenes de Chuquisaca, como si me encontrara en medio de un gran teatro. Me acuerdo, por ejemplo, del homenaje que me fue ofrecido en esta ciudad por parte de las mujeres bolivianas, tan dadas a la política y tan metidas en la contienda. Aquello fue en el Cabildo de Chuquisaca, donde se había erigido sobre una plataforma un templo de imitación jónica con seis columnas y cúpula. En el fondo de todo se veía un retrato mío en marco de plata, al que hacían cortejo seis niñas vestidas de blanco con bandas rojas. Ahí me presentaron palmas, guirnaldas de laurel y olivos y un corazón trabajado en brisado, y otros emblemas de gloria, triunfo y paz. Todo ello me conducía hacia la catedral, a oír un tedeum. Pero lo más impresionante fue que, al volver a Palacio se desprendió, del arco que decoraba la puerta, una nube. Del interior de aquella forma algodonosa surgió una niñita, que desde los aires me saludaba, y yo no sabía cómo podía sostenerse allí. Después comenzaron a sonar las campanas, y yo me sentía como representando una obra de teatro. Y por

todo esto me sentí mal, pues lo que comenzó por ser un sincero homenaje terminó convirtiéndose en una farsa ridícula. Y yo no tuve más salida que aceptarla, pues se trataba de un homenaje oficial. Pero lo más pintoresco fue la imaginación popular y, sobre todo, las innumerables mujeres que adornaban toda aquella fiesta. Para donde yo miraba, ahí estaba una belleza que me sonreía. Me provocaba a ratos bajarme del caballo,irme con alguna de ellas y perderme como en una aventura caballeresca.

Pero el incidente más curioso de cuantos me ocurrieron en Bolivia está el de aquella monja de Santa Mónica, llamada Sor Martina. La conocí por una graciosa casualidad. Había una acalorada discusión sobre la exclaustración de los frailes que voluntariamente lo quisieran, y el proyecto se ganó. Pero a petición del Gobierno se pasó a una comisión para que lo redactase en términos favorables a la autoridad eclesiástica. Se hizo así; se presentó la nueva redacción. Un diputado pidió sencillamente que se le explicara si la palabra “regulares” comprendía a uno y otro sexo. Se entró en una breve discusión y se decidió por bastante mayoría que sí. El Ministro dijo que en tal caso la ley redactada era muy distinta, y en consecuencia volvió a la Comisión. El resultado más gracioso es que las monjas están contentísimas de esto. La más agradecida de ellas fue esta Monja llamada Sor Martina, quien se ha dirigido



a mí en términos de un agradecimiento que no creo merecer. Un día fue a verme en persona, y yo la recibí abierta y atentamente. Era una mujer joven, y de no haber estado vestida con atuendo de monja, de veras hubiese revelado su gracia y su belleza. Se le notaba sensualidad en la boca y de los ojos le salían como llamaradas apasionadas, que quedaban a ratos atenuadas por su misticismo. Esta mujer llegó a idealizarme de una manera patológica. De una extrema tristeza esa monja pasó, al conocerme, a una súbita alegría. Me enviaba misivas amorosas, me confundía con el propio Cristo. En una de estas misivas me escribió: “Después de mi agradecimiento, paso a suplicarle si será posible que, estando mi corazón lleno de júbilo y con la dulzura en el pecho, llegue a tener el acíbar en los labios, para una exigente despedida, ¿sin verme? Y si así es el caso, llenaré con lágrimas los pavimentos de mis coros”. Dicha sea la verdad, no había leído yo una expresión tan hermosa como ésta, que me recuerda a los grandes instantes místicos de Sor Juana Inés de la Cruz.

Pero es que en Bolivia se desató por esos años de 1826 y 1827 una verdadera fiebre matrimonial. Era una epidemia que estaba causando estragos en las fuerzas auxiliares de Colombia. Aunque por un lado tal epidemia auspiciaba el incremento de la población en Bolivia, por otro lado favorecía la ausencia de oficiales en práctica dentro de las fuerzas arma-

das. Por tal razón debí dar una licencia tras otra a coroneles, edecanes y hasta a escuadrones completos. Pareciera que las mujeres bolivianas se han puesto de acuerdo para atrapar a todos los militares, y no dejar ni a uno solo soltero. Se fue generando una especie de reacción en cadena, una especie de enfermedad erótica que por otra parte yo justifico, pues yo mismo siento los embates de Cupido sobre mi virilidad, y solo con el calor de una mujer puede estar uno acompañado; compartir con ella las noches frías es el recurso más amable con el que podamos contar los hombres en las horas de la soledad.

Pero lo cierto es que tuve que solicitar al mismo Bolívar que me enviase oficiales subalternos para los Cuerpos, que ya estaban quedándose solos, y había ya muy pocos sargentos y aspirantes que ascender. Llegó un momento que en Bolivia quedaban solamente doce oficiales colombianos, que ya se estaban casando, y están como de baja. Por otro lado, hay tantos oficiales sin destino preciso, que hube de concederles licencias para ligar a las familias de aquí con las de los colombianos. En esos días hasta mi Secretario, Geraldino, se ha casado, así como mi edecán, Molina. Yo me sentía molesto por estas actitudes en masa y lo reclamé en privado a cada uno de ellos, pero las bolivianas no cesaban de organizar bailes, banquetes y recepciones diplomáticas, con tal de atrapar a los hombres y de comprometerles. Nunca vi una estrategia amorosa tan bien armada.

Hay un episodio que por muchos motivos resulta ilustrativo de esta epidemia amorosa, que alcanzó incluso a los conventos. En el ya nombrado convento de Santa Mónica donde estaba Sor Martina, se encontraba otra monja, llamada Isabel. Era hija de uno de los más famosos políticos de Los Andes, que, en un momento de venirse a menos económicamente, apeló a los recursos de un comerciante, de un hombre muy rico. Como no tenía qué dejarle en garantía, le prometió la mano de su hija Isabel. Ella, al saber el acuerdo, reaccionó disgustada, y se negó en todo momento a casarse con el viejo ricachón, muy pobre en capacidades intelectuales y espirituales. Entonces el padre reaccionó ante la negativa de su hija recluyéndola en aquel convento, en el Monasterio de Santa Mónica. Pasó el tiempo.

Un día fui invitado a este convento a asistir a una ceremonia religiosa. Fui acompañado de un gran séquito de oficiales colombianos y de civiles. Entre los militares estaba el general Alvear, Ministro Plenipotenciario de las Provincias del Plata, que había trabajado con el general San Martín en la revolución argentina y cumplido misiones de Ministro en Inglaterra y Estados Unidos.

Pues bien, llegamos a la monumental iglesia, donde cantaba un impresionante coro. Entre las integrantes de ese coro estaba doña Isabel, la monja hija del comerciante ricachón.

Destacaba ahí por su bella voz. En cuanto el general Alvear oyó aquella magnífica voz, quedó como suspendido en medio de un encantamiento. Al instante perdió los estribos y saltó como loco hacia donde estaba la monja, y sin hacer caso de las otras personas, se acercó a Isabel y le dijo:

“¡Cantas como un ángel!”

Desde ese día se oyó al general Alvear comentar a más de uno acerca de la belleza de Isabel, pues parece que ella le retribuyó aquel cumplido. Alvear, en vez de ocuparse de la Comisión que tenía, sedujo a esta monja... Por la noche escaló el Convento, auxiliado por el hijo de Díaz Vélez, y se introdujo en el aposento de Isabel. Al amanecer lo supo la Superiora, echó la llave a la celda y dio aviso al Gobernador del Arzobispado. Este me dio a mí aviso y yo esperé, por prudencia, que cayera la noche para sacar a Alvear, ayudado por el Gobernador eclesiástico. Impedí así que se armara un alboroto mayor, pues el chisme ya corría por la ciudad, y no hubo títere en Chuquisaca que no estuviese enterado del hecho.

Y todo esto tuvo consecuencias aún más funestas en el temperamento de Isabel, quien, en medio de crispantes sollozos, se fue sumiendo en la melancolía y murió, literalmente, de amor. Ya no se oyeron más su dulce voz ni el tañido de su vihuela.

Y así fueron ocurriendo estas cosas del amor, algunas de las cuales rozaban los terrenos de la fábula. No faltó quien inventara ficciones en torno a mí, como que yo me daba cita en un caserío llamado Nucchu con una mujer misteriosa, que me aguardaba en un bosque. Decían las versiones de la imaginación popular que yo iba a visitarle por las tardes en aquel recóndito lugar, y que allí nos amábamos cerca del río Cachimayo en Bolivia. Pese a no ser esto cierto, es tan bello el invento que yo prefiero que crean que es verdad, pues esos mitos lo hacen vivir a uno en una especie de limbo inmortal, donde mora la poesía. No soy muy dado a divagaciones poéticas, pero estamos en un tiempo romántico, teñido por la subjetividad y vuelo del espíritu.

A mí no me faltaron mujeres que me tentaran; no era yo el único que iba a escapar de esta fiebre amorosa que se desató en Bolivia por estos tiempos. Conocí a una mujer de nombre Rosalía Cortés, con quien sostuve algunas relaciones frugales; de estas relaciones surgió mi primer hijo varón, un hijo natural, quien fue bautizado por su madre como José María. Nunca estuve completamente seguro de si este niño era mío, por lo cual no lo reconocí legalmente, aunque la madre insistía en que sí lo era. Pero yo nunca llegué a tener claro este asunto.

## Capítulo 9

# Hostilidades contra Bolívar. Alzamientos en Perú

**M**ientras estas cosas ocurren en Bolivia, en Venezuela la situación es muy diferente. Allí está mandando José Antonio Páez y lo está haciendo de modo atrabiliario. Páez llegó a alistar unas tropas por solicitud de Bogotá, por lo cual es llamado ante el Senado y destituido de su cargo. Pero en Caracas y Valencia hay manifestaciones que apoyan su gestión y se alza con el mando civil y militar de la nación, desconociendo el poder central de Bogotá. Se separa legalmente Venezuela de la Gran Colombia al reconocer la jefatura de Páez. La reacción fue entonces convocar un nuevo Congreso Constituyente para enero del año 1827.

El centralismo de Bogotá es una cosa seria, ya para este año de 1827 desde esta ciudad se restringen los poderes militares aquí en Bolivia, pese a que Bolívar ha reconocido plenamente a esta República, y desde el Perú y ha enviado el proyecto de constitución para ella. Santander ha llamado a Bolívar desde Bogotá para clarificar nuevas situaciones que comienzan a aparecer. Precisamente, se acaba de sublevar el

regimiento de caballería Granaderos de Colombia, y he tenido que enfrentar este alzamiento, donde por fortuna hemos salido airosos.

Para completar el cuadro, en el Perú, los nuevos gobernantes, generales Santa Cruz y Gamarra, han iniciado sus hostilidades con Bolivia y con el Libertador. Es increíble cómo estos desacuerdos empiezan a condicionar un clima negativo para todo. Las noticias que vienen en el correo no hacen sino constatar que esta pobre América va a ser presa de todos los desórdenes. El Libertador se marchará fuera probablemente, y Colombia, despedazada al momento, existirá pronto entre miserables secciones, que a su turno serán desmoronadas en muy pequeñas partes. Veo un aciago porvenir a mi desgraciada Patria, y para completar la tristeza de mis ideas, observo que el general Santander se ha dejado afectar por un sentimiento local, pernicioso a la República, y descubro que también el Libertador está tocado del mismo mal. Pero he tenido un placer positivo al saber que en medio de los disgustos que le dan a Bolívar los sucesos del Perú y las noticias de Colombia, le sean agradables las que le van de Bolivia, ¡Quisiera Dios darme un poquito del espíritu creador y conservador de esta tierra fueran satisfactorias! Ciertamente que sería de sumo bien para mí corresponder al concepto que Bolívar me favoreció al encargarme el gobierno de Bolivia, y a estos pue-

blos la inmensa confianza con que me entregan su dirección. Este país se mantiene en la más profunda tranquilidad, y a las investigaciones que secretamente he mandado hacer de la opinión pública en todos los departamentos, me responden que todo el país está contento y unido al gobierno; en cuanto a Buenos Aires no tengo cuidado, porque aunque el país continúe en desorden, aquí están tan persuadidos que no se arregla, que nada influirá cuanto suceda allí. Además, hay una enemistad radicada y se ha justificado más ahora.

En lo que se refiere a Venezuela, Bolívar cree que las cosas allí no están mal después de todo. El general Páez ha mandado a buscar a Bolívar con Ibarra y Urbaneja, y que no hará mientras Bolívar no llegue. Nuestra causa no se desacreditará con una asonada que no nos haría gran daño. Cualquier ventaja que luego sacare Venezuela de una alteración, no compensaría el mal que harían sus autores a la causa de América. En fin, con el viaje de Bolívar, yo quedaría tranquilo en cuanto a los negocios de Colombia.

¿Pero, el Perú? No veo que él lleve una buena marcha al ausentarse Bolívar: todo, todo, mientras más lo considero, me persuade que habrá trastornos y bullas. Muchos pensadores lo pronostican y yo lo creo. De Arequipa han escrito algunos que iban a poner sus cosas corrientes para venirse



a Bolivia a la menor novedad; y estos pobres sufren un engaño, porque Bolivia será arrastrada en el trastorno y los desórdenes, aunque un poco más tarde. Yo no sé qué pueda precaverla de un lado el Perú si se embrolla, y de otro Buenos Aires embrollada y con designios pérfidos contra este país, enviando agentes, etc., que envolverán a Bolivia en los males. La anarquía es un contagio.

En el Perú se descubren, por otra parte, abiertas pretensiones de separarse Arequipa del sistema central del Gobierno, y proclamarse en una Federación de Departamentos. A este sistema de federación no lo creo en ninguna cabeza organizada ni de los más exaltados por un espíritu local. Tal sistema en nuestros países equivale a la sanción de la anarquía, y sería peor la ley que entregar el Perú al despojo y a la rapacidad de los aspiradores. Se sabe hasta la evidencia que además, de los anarquistas que tienen por naturaleza todos los países, poseen además, el Alto y el Bajo Perú, unos enemigos jurados fronterizos del Sur, que agarrarán la menor ocasión para devastar estos pueblos, satisfacer su venganza y ponerlos al pillaje. Tal es la moral de dichos enemigos, y todos la conocen hasta la evidencia.

El Perú y Bolivia deben marchar en su sistema de gobierno como están hasta hoy, sin que se haga en nada la más leve alteración hasta esperar la conducta del Congreso Peruano, que

ha de reunirse a fines del año que viene. Así se lo he expresado en una carta al general Antonio de la Fuente. Le he dicho que el Perú empieza apenas a tener un sistema, y si se altera al mismo nacer, sucederá lo mismo a otro que se entable sin bases, y la consecuencia es que se envolvería en más espantosas desgracias que la República Argentina. Por lo contrario, debemos fijar un sistema sólido. Si todos los que tenemos interés en salir gloriosamente de la revolución no nos unimos a este objeto, obtendremos execraciones de los pueblos en lugar de las bendiciones de la posteridad. Si yo me redujera a pensar como colombiano, en solo mi país, me excusaría de inmensos disgustos y opinaría de otro modo; pero en mis procederes debo siempre tener presente que soy americano.

Siempre he sido de temperamento optimista. Pero hay que ser ciego para no advertir que los asuntos han comenzado a embrollarse todos al mismo tiempo. En Perú el comandante José Bustamante, jefe del Estado Mayor y neogranadino, se alzó e hizo expulsar a los generales Sandes y Jacinto Lara y a otros oficiales de Colombia, para terminar de una vez por todas con la Constitución que Bolívar había hecho. Esto me ha puesto de un humor de perro y ha terminado por recrudecer mis dolencias físicas, que no son pocas. Se nos ha dicho, incluso, que del Perú han salido tropas para insurreccionar a Bolivia, un país que va bien ahora. Esta noticia ha termi-

nado por alegrar al general Santander en Bogotá, donde dicen que estuvo celebrando la noticia públicamente. Ya no hay dudas de que este Santander está abiertamente en contra de Bolívar. Con su nobleza, Bolívar acababa de estar en Caracas tratando de apagar otras insurrecciones y hasta le entregó simbólicamente su espada a Páez en gesto de unión.

Precisamente a él a Páez, que no había hecho sino desmembrar al país con sus actitudes incoherentes.

Y es que los traidores no cesan: el general Gamarra espera en Puno los resultados de la acción para perjudicar a Bolivia. Y ahora también el coronel Pedro Blanco, boliviano, llegó con sus batallones hasta Nucho —la región donde se fábulas de mis amores con una misteriosa dama—. Blanco debía informar a Gamarra de sus acciones contra mí, y yo me pregunté por qué tanto odio de Gamarra y la respuesta es que no le mencioné en el parte de guerra de la Batalla de Ayacucho, pues hubo otros generales que tuvieron una acción muchísimo más destacada que la suya.

Al fin se me presentó Blanco y lo encaré: le dije traidor, y se quedó totalmente mudo y pálido. Le dije que su nombre sería una mancha. Yo no tenía hombres, y él venía acompañado de otros peruanos traidores, que me hicieron preso y me trataron de la manera más brutal, ni siquiera teniendo en

cuenta que yo andaba todavía recuperándome de unas heridas en el brazo. Pedro Blanco había sido ascendido por otro sátrapa, el general Gamarra, de Coronel a General.

El asunto de la herida en mi brazo es otra historia. Ello sucedió al sublevarse la primera compañía de Granaderos a caballo, movida por el dinero. Ella formaba la guarnición de la ciudad y al comenzar a moverse yo creí poder detenerla yéndome encima, pero me contuvieron a balazos y me hirieron en el brazo derecho. Se amotinaron y se apoderaron los facciosos de la tropa y empezaron a dar voces de revolución popular, proponiendo desconocer al Gobierno. Las gentes se opusieron a esto, pero ellos no hicieron caso hasta pusieron preso al ministro de Interior. A mi me llevaron a una casa cerca del cuartel, mientras se encargaban de comprar licor para emborrachar a los indios y darles dinero, haciéndoles creer que había llegado una revolución o algo parecido. Hasta que el general López vino con cien hombres desde Potosí y puso preparo a la situación. Los falsos revolucionarios hicieron resistencia, pero no pudieron con los hombres de López; entonces se dispersaron por las inmediaciones de Chuquisaca. Así las autoridades pudieron retornar a sus puestos, mientras llegaban de Oruro y Potosí más de trescientos hombres de tropa, los cuales vinieron a rescatarme, poniendo las leyes en resguardo, tomaron las armas y restablecieron el orden. El

coronel Blanco había venido en esa ocasión desde la frontera de Potosí hasta aquí, pero al enterarse de que todo estaba en calma, el muy ladino lo que hizo fue enviarme una carta hipócrita, donde expresaba su indignación contra los sublevados, escrita con una fineza extraña, artificial. Ya desde ahí se le veía que estaba en los caminos de la traición. Otra de las grandes sorpresas de todo este mal rato fue el doctor Olañeta: principal motor y consejero de esta caterva de malvados. Cuando yo dirigí mi último mensaje al Congreso de Bolivia, Olañeta, al concluir mi intervención, llegó al colmo de buscar auditorio en un salón del Congreso, y ahí empezó a hablar pestes de los colombianos, acusándome a mí y a Bolívar de herejes, diciendo que renegábamos de la gente devota y llamándonos perseguidores de clérigos. Buscaba, con esto, chantajear a la gente con la fe y ganar adeptos ciegos, apelando a la ignorancia y la humildad de las personas. Ahí mismo fue cuando, seguido de algunos beatos, levantó un acta y nombró comandante de esta ridícula revuelta al fulano coronel Pedro Blanco, quien desde entonces se creyó investido de poder revolucionario. Por suerte, la situación se controló y los batallones marcharon a sus lugares de origen.

De este desafortunado acontecimiento me quedó como espantoso recuerdo un brazo roto, un brazo derecho tan estropeado que requirió de tres meses para sanar. Llevé como

señal de ingratitud y memoria de hombres traidores aquel brazo partido, cuando hasta en la Guerra de la Independencia pude salir ileso de peores heridas.

Pero hay otros recuerdos que compensan este asunto del brazo, y fue cuando las bellas señoras de Chuquisaca me protegieron. La principal de estas señoras fue María Josefa Linares, también conocida como la Condesa de Lizarazu, y una amiga suya, Enriqueta Peña.

Al producirse el saqueo del Palacio de Gobierno por la turba de falsos revolucionarios, las fieles mujeres idearon sacarme de la población para evitar que me hicieran más daño, pues ya estaba herido del brazo. Pero no pudieron; así que me ocultaron en la casa de la familia Arana, una familia amiga. Me condujeron con cuidado por unos pasadizos de Palacio que daban a la Catedral, y desde aquí al Colegio Seminario. Pero por azar de chisme la esposa de Olañeta, María Santisteban, se enteró y se lo dijo a su marido. Entonces enviaron a unos indios borrachos a perseguirme, con la intención de que incluso pudieran matarme. Uno de estos cholos entró haciendo eses donde yo me encontraba, pero no podía ni con su alma; yo le amenacé con lo primero que tuve a la mano —un frasco de medicinas— y él huyó.

Estas señoras y amigos montaron una suerte de guardia familiar alrededor y hasta debajo de la cama donde dormía. Detrás de las cortinas de la habitación esperaban armados la aparición de algún nuevo intruso. Hasta un sacerdote estuvo, bajo órdenes, vigilándome en la cama. Y la condesa Lizarazu siempre venía a ver cómo seguía. En una ocasión en que yo yacía semidormido, ella se me acercó y acarició mi frente; estuvo tan cerca que sentí el aroma saliendo de su piel, de sus pechos y de sus cabellos. Ante este perfume turbador, yo me hice el dormido para seguir disfrutándolo, y en medio de la fiebre estuve a punto de pedirle me acompañara en la cama, pero recordé al cura escondido abajo. Al rato sentí a la condesa metiendo las manos bajo mis almohadas, revolviendo algo, y no podía deducir qué se proponía. Acarició mi frente de nuevo y se retiró, dejándome rodeado de aquel aroma y de aquella caricia, una mezcla de voluptuosidad con maternidad. Comprobé por el rabillo del ojo que ya se había ido y enseguida me dispuse a buscar bajo las almohadas, y descubrí un escapulario y un revólver. Pero el revólver tenía un detalle especial, un banderín perfumado que decía: “Le dejo dos reliquias cargadas de indulgencias. El detente es milagroso, y él le salvará.” Por suerte no llegó nadie a perturbar mi descanso en aquella habitación, y el momento de aquel delicado detalle no podrá nunca borrarse de mi recuerdo.

Decisivas en mi recuperación fueron aquellas damas chuquisaqueñas, y por supuesto la acción de mis amigos, entre ellos la del coronel Francisco López, prefecto de Potosí, quien al saber del atentado atacó a Chuquisaca con solo ochenta hombres y tomó la población.

Atrapó a casi todos los rebeldes, yo le ascendí a General inmediatamente. Olañeta huyó rápido a Potosí, y lo más seguro es que el nuevo general López lo busque hasta encontrarlo y fusilarlo. Pero a mí aún me dio lástima con Olañeta, y le escribí a un amigo allá para que le avisara. Gamarra, en cambio, sí se merece la muerte, pues ha hecho publicar en los periódicos que yo estoy en contra de los colombianos, haciéndome quedar como un usurpador del poder, cuando es lo contrario.

Ya estaba cansado. Le entregué el poder militar al ministro de Guerra, el general José María Pérez, mientras que en la Presidencia Interina quedó nombrado el general Urdininea. Lo único pendiente por hacer ahora era redactar mi discurso postrero, mi mensaje final al Congreso boliviano, haciéndole una relación pormenorizada de todo lo acontecido, y este ejercicio fatigoso era una de las pruebas mayores en el ejercicio de escribir. Mi brazo, mi pobre brazo despedazado, lleno de trozos de hueso que parecen ajenos, me impiden manipular bien la mano, pero en ningún momento pensar.



## Capítulo 10 La nueva guerra en Bolivia

Una de las cuestiones en que insistí se rechazara fue la absurda idea del Perú en usurpar y refundir Bolivia en aquella república. El asunto comenzó con la visita de una misión diplomática que llegó a esta capital en 1826, la cual, obteniendo una absoluta negativa, fue el origen de las diferencias con aquél Estado. Ya se había firmado un tratado de federación aprobado con algunas restricciones, y nunca recibió la ratificación del Ejecutivo, por considerarlo perjudicial a los intereses de la nación. Creyó el gobierno peruano que la negativa de la fusión era solo mía, y manteniendo esperanzas de realizarla, puso en ejercicio la seducción, la intriga, y últimamente se aventuró a probar la fuerza. El comportamiento noble, generoso y heroico de La Paz, al entrar allí las tropas agresoras, distinguieron siempre a la República: las firmes repulsas de los pacíficos cochabambinos, en medio de las bayonetas enemigas: la conducta del departamento de Oruro: el desdén y el odio que les han manifestado los potosinos: el triste silencio con que le han recibido los propietarios y personas respetables de Chuquisaca; y la solemne, enérgica y patriótica protesta de los diputados al Congreso constitucional que se

hallaban ya en esta ciudad, han convencido a los peruanos de que los hijos de Bolivia aman su independencia y que no caerán en los astutos ni secretos lazos que se les preparan. A pesar de que el coronel Blanco —que será recordado como uno de los máximos traidores de Bolivia— debilitó al ejército de un cuarto de sus fuerzas, el entusiasmo manifestado por nuestros soldados en esta ocasión suplió al número, y los campos de Oruro les ofrecieron el triunfo.

En lugar del combate se iniciaron negociaciones pacíficas en Paria con el General peruano: éste exigió condiciones ignominiosas, siempre rechazadas. No quedaba otro arbitrio sino librar a las armas la decisión; y cuando la república esperaba el resultado, vio con sorpresa destacar casi todo el ejército contra el jefe disidente situado en Chichas (distante más de cien leguas a retaguardia), con fatal y sospechosa medida: por una parte abandonó la mayor porción del territorio al enemigo; y el desaliento y la demoralización se introdujeron no solo en el ejército nacional, disminuido diariamente, sino también en los pueblos que, viéndose sin apoyo, desfallecían de su entusiasmo y se plegaban a las bayonetas de los invasores. Entretanto, nuevas negociaciones se estipulaban en Sorasora; y ellas habrían restablecido las cosas manejadas diestramente por el encargado de la administración de la repúbli-

ca; pero sin saber por qué, éste repulsó enteramente las condiciones, y por tercera vez ofreció a los bolivianos la victoria. Después de los lamentables acontecimientos de Chuquisaca donde resulté herido, y a causa de estar recuperándome bajo los cuidados de amigos y amigas, no pude estar presente directamente en otras circunstancias, las cuales hube de recoger a través de informes. Y estando todavía encargado de la administración de la república, hube de esclarecer los misterios de aquella campaña envuelta en traición y cobardía y en la que, a pesar de las desgracias, los restos del ejército se han conservado sin mancha. Los pueblos se han pronunciado constantemente por la independencia.

Hasta aquí llega lo que podríamos llamar la parte más esperanzadora del esfuerzo mío y de los bolivianos. Después de todo resultaba reconfortante observar cómo un pueblo había reaccionado a las facciones traidoras y ambiciosas. Apenas deja uno el mando a otras personas aparentemente capaces para conducir el timón, sin ambiciones individuales, oficiales avalados por una carrera militar y cívica limpia, apenas se saben con poder, empiezan a ejercerlo de la manera más codiciosa. Es como si no perdonas en el trabajo creador de los otros, como si el resultado de una obra fuese objeto de envidia y no de reconocimiento.

Esto fue precisamente lo sucedido al pueblo boliviano. En tanto yo, viendo cómo los caminos de la independencia en Bolivia estaban derechos y el pueblo pacífico y con ganas de trabajar, le confié el mando a un General que creí de confianza: el general Urdininea.

Las cosas que informaré a continuación son el inicio de una cadena de acontecimientos tristes que comenzaron a producirse a partir de mi decisión de traspasarle el mando a Urdininea, por saberle el más graduado de quienes estaban dentro de la república. Con algún crédito militar, era el llamado en las circunstancias: no tenía contra sí prevención de los propietarios y de la parte sana; había sido aclamado de los facciosos por su jefe, y a quien el gobierno peruano (por un documento que original existe en mi poder y que comprueba su moral y su política) había invitado a insurreccionarse contra la administración. Creí pues conciliar los partidos y las mismas pretensiones extrañas con esa elección. El Consejo de Ministros delegó en el presidente sus facultades, creando así un poder inconstitucional.

Por sanos y disculpables que hayan sido los deseos del consejo en su apurada situación, los actos de este poder inconstitucional son ilegales. Este General peruano, quien por primera vez vio en las armas grandes ventajas, apuró el uso

de la fuerza, cometió violencia e impuso a Bolivia condiciones más fuertes y ofensivas que las de un conquistador. El mencionado General obligó a la representación nacional abrir sus sesiones y a deliberar bajo sus bayonetas, de esas bayonetas que han hecho esta tártara irrupción del norte de Bolivia, del mismo modo que los bárbaros del norte de Europa la hicieron en aquellos tiempos salvajes, y lo mismo han manifestado que su profesión es la alevosía, y sus derechos los de la fuerza. El otro pretexto de la invasión, el de salvar mi persona, es tan ridículo que no merece mencionarse, y mucho menos cuando su comportamiento conmigo, después de tantas protestas de respeto y de consideración es digno de sus principios, de su educación y su carrera, y menos decente del que podía esperar de un cosaco. El bien lo sabía: nunca estaba mi persona más segura y respetada que entre los pueblos de Bolivia. Sé que mi presencia en Bolivia resultó azarosa al Perú, que deseaba con este pretexto mantener aquí sus tropas. Pero este no es el motivo por el cual yo debí ausentarme de la república. Si las bayonetas enemigas, continuando el uso del derecho bárbaro de la fuerza, nos obligan a traspasar vuestros deberes, apelo en nombre de la nación a los estados de América por la venganza, porque está en los intereses de todos destruir este derecho de intervención que se arrogó el Perú, y que envolvió a nuestro continente en nuevas guerras y calamidades espantosas. Apelé sobre todo al Libertador,

aclamado por la República padre y protector de Bolivia para que, defendiéndola de sus enemigos, la dejara en libertad de reformar sus instituciones, si lo creía necesario.

Del Perú se ha dicho que los bolivianos están descontentos de la constitución; y esta voz, repetida por los agentes de allí entre nosotros, y apoyada por un muy pequeño número de individuos, hizo que algunos tímidos se plegaran a las pretensiones de fuera por deshacerla. Yo no he observado tal descontento de la nación, pero si lo hay, tocaba a ella y a los extranjeros el declararlo. De mi parte confesé que no era partidario de la constitución boliviana: en el papel le da estabilidad al gobierno, mientras en la práctica le quita los medios de hacerse respetar.

Y esto es lo más peligroso: reconocer reformas hechas en medio de bayonetas enemigas, y mucho menos las de un ejército que, poniendo su pie sobre Bolivia, le ofrecía con palabras vagas respetar su independencia, mientras abusaba escandalosamente de la fuerza para imponerle condiciones ominosas, y no pudiendo obtener la dominación, ha cifrado su política en dividir a nuestros ciudadanos y a nuestros militares, en introducirnos los gérmenes de la anarquía, en formar partidos y en mantener la discordia. La buena fe de los bolivianos está acechada con la lisonjera idea de agregar a la

república los departamentos del Cuzco, Arequipa y Puno, halagándola con este engrandecimiento, por el mayor territorio y población y la mejora de sus puertos. Pero aquello no era verdad; solo era una de las pretensiones de la misión diplomática de 1826, un progreso puramente retórico.

Pese a ellos, pese a todos sus esfuerzos por enemistarnos, debo contentarme con la situación educativa de Bolivia: los colegios quedan establecidos y marchan bien en todas las capitales de los departamentos, donde también se abrieron escuelas de enseñanza mutua que adelantan rápidamente. Las escuelas primarias por el antiguo método se han multiplicado en las provincias y cantones. Para la enseñanza el gobierno dio un plan análogo a la ilustración del siglo. Los establecimientos de beneficencia se han aumentado. Las catedrales de la república se organizaron por tres decretos y las rentas de los monasterios. Se organizó la policía. La agricultura mejoró, luego de diez años de desolación, así como la minería. La explotación de metales excedió en un tercio sobre muchos años anteriores. El comercio recibió mejoras, y para protegerlo, el gobierno atendió con eficacia el tráfico por el puerto de Cobija cuyo establecimiento merece una atención especial del cuerpo legislativo, para que la república no sufra, en las internaciones de efectos de ultramar, las condiciones caprichosas de nuestros vecinos.

Se propuso a Cochabamba como capital de la República, y el gobierno mandó construir allí los edificios para el cuerpo legislativo. La hacienda pública, en cambio, si estaba en pañales, y el sistema de impuestos continuó siendo un desastre, pero a través de decretos se va a ir arreglando todo: las tropas, los almacenes, el ejército, las guarniciones. El ejército, que se formaba sobre las más sólidas bases de la moral y la disciplina, fue contaminado por un fatal ejemplo, pero poco a poco los espíritus de los militares disidentes están en vías de reconciliación con los fieles.

Mi promesa de permanecer en Bolivia fue hasta 1828, así que me dispuse a regresar a mi Patria. Renuncié y me consideré exonerado de la presidencia. La Constitución me hizo inviolable, de modo que rogué se me destituyera y se examinara escrupulosamente toda mi conducta. Declaro solemnemente que en mi administración yo he gobernado; el bien o el mal, yo lo he hecho; casualidad eleva a la magistratura, y luego, entregados a sus ministros, renuncian hasta a la obligación de pensar en los pueblos que dirigen. Los ministros solo han tenido aquí la organización de los ramos de su departamento, en los cuales han gozado de toda la amplitud necesaria.

Al despedirme, le pedí al Congreso boliviano no destruir la obra de mi creación, de conservar por entre todos los peligros



la independencia de Bolivia, y de preferir todas las desgracias y la muerte misma de sus hijos, antes de perder la soberanía de la república que proclamaron los pueblos y que obtuvieron en recompensa de sus generosos sacrificios en la revolución. Ahora debía regresar a la Patria después de seis años de ausencia sirviendo con gloria a los amigos de Colombia, y aunque por resultado de instigación extraña llevé roto mi brazo. Sé que Ayacucho en guerra de la independencia americana, destrozó las cadenas del Perú y dio ser a Bolivia. Al ser llamado por la Asamblea General para encargarme de Bolivia, se me declaró que la independencia y la organización del estado se apoyaban sobre mis trabajos, para alcanzar aquellos bienes en medio de los partidos que se agitaron quince años y de la desolación del país, no he hecho gemir a ningún boliviano, ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa, he levantado del suplicio una porción de infelices condenados por la ley, y he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Se me culpará acaso que esta misma condescendencia es el origen de mis heridas, pero estoy contento de ellas, si mis sucesores con igual lenidad acostumbran al pueblo boliviano a conducirse por las leyes, sin que sea necesario que el que el estrépito de las bayonetas esté perennemente amenazando la vida del hombre y acechando la libertad. En el retiro de mi vida veré mis cicatrices, y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden que para

formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes, a ser el tirano o el verdugo que llevara siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos.

Cuestiones como éstas dije ante el Congreso de Bolivia, aunque ya empezaban a armarse otros acontecimientos negativos.

Era apenas el principio del fin.

Como tenía que solucionar mi situación con la condesa Solanda, Mariana Carcelén, hube de casarme con ella a través de un poder, antes de salir a encontrarla en Quito. Salí de Chuquisaca el 2 de agosto, y el 25 llegué a Cobija con un viaje bien largo, porque traía mi herida abierta. No encontré allí más que una fragata mercante inglesa que venía a Arica, a el Callao y aquí, no podía, pues, sino sujetarme a estas demoras, celebré tocar en Arica por saber el embargo de las tropas, y me propuse ver el Callao si el gobierno peruano aceptaba mis buenos oficios para una reconciliación con el de Colombia. El gobierno de Lima aceptó muy vagamente. Se me habló en el Callao de una proclama del Libertador, que equivalía a una declaración de guerra, y de la contestación del general La Mar, pero no pude ver estas proclamas hasta el instante de hacernos a la vela. Yo resolví tocar en el Callao, exponiéndome mucho, para ofrecer trabajar en una reconciliación, por

la que Colombia saliese con más aire, si no existen medios activos para la guerra.

Y, en Bolivia, los negocios quedan mal. Urdininea, que debido a mi herida presidía el Consejo de Ministros, traicionó la causa de su país. Desmoralizó y disolvió casi todo el ejército, mientras Gamarra hizo que los ministros dimitieran de sus cargos y el Congreso se disolviera y se llenara de todo tipo de arribistas e imbéciles: Santa Cruz, Velasco, Toro. En Chuquisaca, después de salir yo, entraron tropas peruanas para “dirigir” las sesiones del Congreso. Estaban todos acobardados y sin saber qué hacer. Juzgaban que Santa Cruz los defendería. Gamarra les dijo que si yo hubiera renunciado a la amistad de Bolívar y a mis derechos de ciudadanos de Colombia, él mismo y los peruanos me sostendrían. ¡Miserable!

Las tropas peruanas avanzan a Bolivia por el doble motivo de atender a la guerra con Colombia, y porque Gamarra está convencido de que aquellos pueblos están pronunciados por la independencia, aun cuando él les ha hablado de la incorporación al Perú, y no quería violentarlos. Dijo públicamente en Potosí que si no hay guerra con Colombia, vine a quitar a La Mar de la Presidencia, pues no permitirá que un extranjero gobierne su país. Ya sabemos que el Perú anda muy mal: el crédito del gobierno está arrui-

nado, pues a la falta del pago en los intereses de la deuda, se añade la mala fe en los contratos.

Pero Gamarra tiene gran miedo de Bolívar y sus tropas. Reconociendo la superioridad de Bolívar no presentará batalla. Aunque tampoco se sabía dónde iba a parar todo, esperando que Gamarra se echara sobre La Mar y Bolivia reaccionara de su aturdimiento. Por otro lado, la situación al sur de Colombia es confusa, y Guayaquil se está bamboleando.

Al fin comenzaba a ver alguna mejoría en mi herida, por aquellos días. Se cerró justo el día en que llegué al Callao, sin embargo, mis dedos están tiesos, la mano muy débil y el brazo con muy poco ejercicio. Coincide también la aparición de mi cicatriz en los días de mi arribo a Quito, de donde he estado ausente sesenta y seis meses completos: todo me aconseja pertenecer a mi familia, y el mayor premio que puedo recibir por mis servicios es esto y la amistad y el afecto del Libertador de mi Patria, quien junto con mi familia es lo que más lisonjeará en el retiro de mi vida.

No cesan las malas noticias. Desde Caracas mis hermanos me escriben para decirme que han sido arruinados por los facciosos de las costas de Cumaná. Y he debido escribirle al Libertador para que les auxilie con el dinero que por la dispo-

sición del Gobierno entregué en las cajas de Guayaquil para ser abonado por mis hermanos en Venezuela. Pese a todo ya estoy aquí en Ecuador, disfrutando de la cercanía de mi familia, acostumbrándome a una vida que no he tenido desde hace quince años, lazos que cambian en cierto modo mis deberes y ocupaciones desconocidas para mí, y van a emplear mi tiempo. Mariana también ha cambiado algo. Su carácter es más austero, sigue siendo cariñosa, pero su espíritu se ha endurecido un poco.

Aquí en Quito veo por todas partes un disgusto general por la guerra con el Perú, y apenas me recupero de la mala nueva de mis hermanos, ya tengo la otra acerca del atentado contra Bolívar, cometido en Bogotá por la brigada de artillería en la noche del 25 de septiembre. Jamás pensé que hubiera un colombino que atentase contra la vida de Bolívar, es espantosa la situación en que nos hallamos, que ni el hombre a quien todo lo debemos tenga siquiera su persona a cubierto del desenfreno de los partidos, y de los rencores de los facciosos. Desde que fui herido en Bolivia, dije, en medio de mis dolores, que no me eran tan sensibles mis heridas como el escándalo y el funesto ejemplo de que las tropas pudieran tirar sobre sus Generales. Creía ya rotos desde entonces en la América los únicos restos que quedaban de la disciplina militar, pero nunca pensé que alcanzara hasta intentar sacrificar

a quien nos ha dado Patria y existencia, solo por satisfacer pasiones bajas y pretensiones más ruines.

Con estos dos atentados, el primero a mí y el segundo a Bolívar. Ya cualquiera podía darse cuenta por dónde venían las intenciones de los nuevos gobiernos, del estilo de civiles, y de la nueva generación de militares que se estaba formando para “defender” a la Patria. Hasta se ha dicho que le había escrito yo una carta al general Santander hablándole de política e instigación contra Bolívar. Ya no hallan qué inventar. Yo me conformo con los cuidados de mi mujer, en medio de este desencanto. Para colmo de desagradados, en Quito han empezado a cobrarle a la familia de mi mujer, especialmente a mi suegra, deudas e impuestos viejos, de modo muy grosero. Sin pretender excepciones, me han tratado aquí como a un extraño. Han amenazado a mi suegra con hacerla presa, por trescientos pesos. Se han pasado por alto mis servicios a la Patria, desde los quince años. Cediendo mis sueldos, como siempre lo hice, concurre más que nadie en el Sur a los gastos públicos, y que ni el más rico propietario, ni la persona más elevada en este país dan tanto como yo para el sostén del ejército. Al general Juan José Flores he debido escribirle para esto, para decirle que estando mi poca fortuna en Perú, se halla envuelta en trastornos y no me ha producido un solo real. De Bolivia he traído, por resultado de mis economías,

mil pesos. De ellos el primer gasto fue cubrir la contribución impuesta a mi mujer en mi ausencia, cuando yo estaba herido y corriendo mil riesgos de la vida, por sostener con los deberes de mi puesto el honor de Colombia, la reputación de sus armas y las glorias del Libertador. Ningún colombiano se ha hallado tan en caso de probar su patriotismo como yo lo he hecho y como lo he probado. Dispuesto estuve de ausentarme del país por tres años si era necesario, porque será éste el único modo de estar libre de chismes y de las asechanzas de algunos para indisponerme hasta con mis mejores amigos, entre los que se cuenta el general Flores, con quien no quería ningún disgusto. Pero así son las cosas. No sé si es el hábito de la arbitrariedad o el deseo de humillarse lo que ha inducido a estos señores a algunos pasos que yo no sé a quién cubrirán de vergüenza. Yo no tengo vergüenza de estar sujeto al pan que me da mi mujer, después de los destinos y sueldos que he obtenido, pruebas que no soy egoísta o amigo del dinero. Si en aquellos momentos hubiese tenido medios para irme fuera y sostenerme, me alejaría de un país en donde se tiene en tan solo los servicios más distinguidos, donde los magistrados creen que un simple informe destruye al hombre digno de respetos, y donde la delicadeza y los miramientos a las personas más beneméritas son desconocidos. A Bolívar le fueron con informes de que yo estoy aborrecido en el ejército, con otras patrañas y sandeces que solo me dan bochorno, por

cuanto son mezquindades y rastrerías harto despreciables. Tendré enemigos porque cuando mandaba el ejército los he refrenado en sus caprichos y desórdenes, y no les he consentido arbitrariedades en los pueblos; o no les he dado en Bolivia el dinero que ellos querían para jugar; o no les he tolerado la usurpación de los caudales de sus cuerpos, o en fin, porque les he puesto coto a los vicios y a la indisciplina. Me lisonjeo, en recompensa, de que la mayoría estima mi conducta; y en fin, repito: no quiero el mando del ejército ni quiero nada en relación con la vida pública. Con rubor hago esta declaración.

Por esos días comencé a sentir una presencia cercana a mí, algo impalpable pero muy fuerte que no me dejaba pegar los ojos por las noches y atribulada mis pasos por la casa. Yo siempre perseguí un ideal, pero fui hombre práctico, lógico, de pensamiento y acción que corrían casi paralelas. Mi oculto gusto por los románticos, de ellos he aprendido la delicadeza y el culto de la belleza; el estilo y el brillo de las palabras previenen de este movimiento, de ese estado de alma llamado el romanticismo, fuente de la cual hemos bebido todos para independizarnos política, social y económicamente, para poder luego soñar. El cuerpo mío y el espíritu estaban tan adoloridos por la falta de comprensión que comencé a sentir mi estructura ósea completamente liviana, y el alma deseaba irse por allí sola. Temí estar al borde de la locura, pero jamás



lo escribí en carta alguna ni lo dije personalmente a nadie, ni siquiera a mi mujer, quien con tanto apremio siempre venía a consolarme. Y entonces la amaba desenfrenadamente. Saltaba sobre su cuerpo para quitarle las ropas y hacerla mía, y este acto desesperado nos volcaba de continuo en el éxtasis de los cuerpos, y entonces el mío parecía abandonar aún más todo aquello que le rodeaba para alcanzar alguna cima, algún cielo. Y hasta pensé en la palpabilidad de Dios, no en su visibilidad, pues su ausencia presente acecha a todos los hombres en todas partes de la tierra. Y yo estuve cerca de palparlo. Hasta que una noche rara tuve una pesadilla, la cual a su vez era parte de otro sueño, y éste de otra pesadilla. Mi mujer Mariana siempre me despertaba del segundo sueño y el Libertador Bolívar me despertaba de la pesadilla, hasta que yo mismo me percaté de que podía salir por mí mismo de aquellos horribles viajes oníricos. Me dieron medicinas para apaciguarme, pero al menos una vez por semana los sufría, hasta que descubrí la causa de todo: habitaba en mí el fantasma que ahora les habla. Ya estaba viviendo conmigo y compartiendo el pan de mi mesa, mi mujer, mi dolor y los recuerdos de tantas luchas. Él a veces se extasiaba por mí, me hablaba con la lengua de la muerte, una muerte benigna, saludable, que no tenía nada de funesta. Era una especie de alivio conversar con aquellos recuerdos, hurgar en las gavetas de mi memoria buscando siempre algún retazo de felicidad.

Y lo encontraba, siempre lo hallaba aunque fuese minúsculo. De nuevo ese querido fantasma ha deseado que yo recupere la voz de mis cartas, que yo hable con ustedes, venezolanos, ecuatorianos, bolivianos, peruanos, colombianos, seres de esta América y de los países de la tierra que deseen oírme, para que mis palabras no se borren del todo y se reproduzcan en el futuro. Al cerciorarme de ello, al reconocer que este fantasma existía, pude estar tranquilo. Ya no sufría pesadillas; ya no me dolía tanto el cuerpo y me olvidé del brazo inútil. Mi ánimo había recuperado la paz, aunque siguió viviendo todo aquello que el destino había deparado para mí.

Por lo tanto es mi obligación continuar con este relato de las cosas amargas que continuaron sucediéndose, más para los otros y para la historia que para mí mismo. Hablo en diferentes tiempos, en presente, pasado, condicional, como si aún me asombrara, y todo lo hago para complacer al otro Sucre, al otro Antonio adolorido, a quien tenía ya el destino escrito. Ahora debo permitir que los dos estemos juntos en una sola voz, como antes, pues el cuerpo ya no tiene sentido; solo si ese cuerpo está bien atado a los retazos de cartas y recuerdos.

## Capítulo 11 La campaña contra el Perú

**E**l Libertador me ha honrado nombrándome Jefe del Ejército Colombiano para enfrentar la campaña contra el Perú. Quién iba a pensar que yo mismo iba a ir contra un país liberado con mis propias fuerzas. Debo partir pues hacia la campaña de Tarqui, cuando apenas tenía once meses viviendo con mi esposa. Por un lado fue muy triste para mí dejarla de nuevo, pero por otro me sentía aliviado de los chismes domésticos que se tejían en Quito. Volvía entonces a probar mis aptitudes militares por el bien de Colombia. En el mes de enero del año 1829 asistí a las sesiones del Congreso Admirable y luego me fui a Tarqui a dar la pelea. Ellos vienen bajo el mando del general La Mar autorizados por el Congreso del Perú a invadir Colombia; vienen decididos: creen quizá que no es difícil combatirme aquí en Colombia, pero yo los conozco muy bien. De este modo se dirigen hacia Ecuador con ocho mil hombres. Pasaron por Azuay y se detuvieron en Saraguro, mientras nosotros estábamos en Cuenca. Nos doblaban en cantidad, pero debíamos hacerles frente, y a los soldados les dije que el gobierno me había honrado con la primera magistratura de los departamentos meridionales y rehusé aceptarla

porque ningún peligro me estimulaba a salir de la vida privada. El ejército del Sur, mandado por un bizarro Capitán y por los más intrépidos de vuestros jefes, hacía inútiles mis servicios en aquel destino; pero entro a desempeñarlos cuando enemigos extranjeros, ingratos a vuestros beneficios y a la libertad que os deben, han hollado las fronteras de la República. Una paz honrosa o una victoria espléndida es necesaria a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. La paz la hemos ofrecido al enemigo; la victoria está en vuestras lanzas y bayonetas. Un triunfo más aumentará muy poco la celebridad de vuestras hazañas, el lustre de vuestro nombre; ¡pero es preciso obtenerlo para no mancillar el brillo de vuestras armas! Así les hablé a los tres mil ochocientos infantes que tenía frente a mí antes de la batalla en la llanura de Tarqui. El general Juan José Flores me había ayudado a formar estos hombres en tres meses de trabajo militar. Flores, venezolano de Carabobo, fue el Comandante en Jefe del Ejército. También me acompañaron el coronel Febres Cordero, O'Leary, el general Heres, Sandes, Luis Urdaneta, Brown, León, Guerra y el comandante Camacaro.

Tarqui es una zona alta con una quebrada al frente, con brechas y escarpadas a los lados y un bosque cercado; yendo por el centro de este bosque se llega a Girón, y allí en Girón está lo que se conoce como el Portete de Tarqui.

Primero, La Mar me tiende una trampa, fingiendo que quiere negociar conmigo a última hora, cuando ya se había negado a varias negociaciones pacíficas que yo le ofrecí; incluso me dijo en una de sus cartas que él tenía todas las posibilidades de la victoria, declinándose una y otra vez las alternativas de paz. Así que ahora quería distraer a mis hombres con falsos recados, a ver si yo me echaba atrás. Envié comisionados a deliberar de mentira, y fue entonces cuando yo ordené al general Flores que se olvidara de aquello y atacara rápido la plaza de Saraguro, donde estaba el ejército enemigo. Hubo una escaramuza y huyeron. La Mar se salvó por un pelo. Entonces fue cuando decidimos marchar hacia el Portete de Traqui atravesando el bosque.

El general Flores va por el lado izquierdo con el Batallón Caracas contra el general Plaza y sus hombres, superiores en número a los nuestros. Vienen tras nosotros y entonces los hombres de Plaza los reciben y enfrentan en combate, caen hombres de ambos ejércitos. El fuego de las bayonetas no cesa hasta que los nuestros y dos mil de ellos. Los nuestros quedaron embotellados entre el bosque y las quebradas, y tuvieron que batirse en retirada; ellos fueron dispersándose muy desordenadamente por el campo de batalla. El combate fue muy rápido; hubiesen podido pelear más, pero huyeron. Eran machismos, pero ya nosotros habíamos obtenido la victoria con el puro valor. Casi ni lo podía creer.

Les ofrecí una capitulación, pues, yo no quería humillar al Perú derramando más sangre. Gamarra y La Mar quedaron siempre muy por debajo de mis respetos militares, y solo por cansancio les pedí que no se cruzaran más en mi camino, pues, mi aversión a ellos nada tenía que ver con la guerra. En verdad, lo único que deseaba era pacificar las tierras colombianas, especialmente Pasto. Dejé a Flores arreglando las cosas pendientes y lo ascendí a General por su destacada actuación en Tarqui. Creo que se lo merecía con creces. Por suerte, los pastusos capitularon. Mientras tanto, quedaba acantonar las tropas y atender los asuntos de Guayaquil y sacar a los peruanos de aquí. El general Flores va por el lado izquierdo con el Batallón Caracas contra el general Plaza y, para que no vayan a Quito, era imprescindible esperar la llegada de Bolívar, para que tomara decisiones al respecto y me orientara en relación a mis asuntos personales, que se iban complicando cada vez.

Aun así, había que continuar.

Se firmaron los tratados de paz, pero los invasores se devolvieron al Perú a hacer la guerra a su propia nación. Qué vergüenza. Al llegar a Lima, el pueblo se sublevó contra ellos. A La Mar lo depusieron de la Presidencia. En cuanto a la campaña naval, su escuadra, constituida por la fragata Presidente y las corbetas Libertad, Arequipeña, Pichincha, Peruviana y otras

lanchas cañoneras, bloquearon las costas colombianas e intentaron rendir a Guayaquil. Bolívar llevaba divisiones auxiliares para impedir tal cosa, pero el general Obando lo detuvo en un sitio llamado Juanambú. Entonces entraron a la costa a cometer todo tipo de crímenes, como los del coronel Dávalos y del general Mires, en Samborondón. Ahí mismo en Samborondón la fragata del almirante Guisse, del ejército contrario, se hundió en llamas. Así terminaba esta absurda guerra con el Perú. Bolívar después entró a Guayaquil y luego vendría a Quito a reunirse conmigo. Mientras, La Mar se iba a morir a Centro América. Continuaron rencillas horribles en el ejército nuestro, nos informaron que algunos jefes colombianos seguían vengándose, pasando a cuchillo a los heridos en el hospital de Tarqui. Una verdadera pesadilla. No creí poder soportar ya más nada. Solo quería encontrar a Bolívar para que me permitiera volver a mi casa, y estar alejado de asuntos públicos.

Yo prefería ver crecer a mi hija Teresita que acaba de nacer aquel año. A ella le di ese nombre para honrar a la esposa de Bolívar, muerta tan joven, pues yo a Bolívar le debo todo, y quisiera que los nombres de su familia recayeran sobre toda mi progenie. El Libertador sigue amenazado por nuevos complotos de Gamarra, de quien no debe fiarse. De Bogotá repiten que si Bolívar se va al Perú se pierde Colombia, y yo lo creo también, y aunque he sido opuesto a la guerra opino que, de

ir, más valía hacerlo de conquistador, que el no caer en las redes de la perfidia. Gamarra, de quien me vengué con creces, se arrodilló ante mí implorándome perdón, y no lo maté pero si lo azoté, y esto no ha podido olvidársele. Lo dejé libre y ahora debe andar de nuevo detrás de la Presidencia del Perú. En cambio, le recomendé a Bolívar el tratar de apartarse de los negocios públicos. Él está aquejado como yo de dolencias físicas, entre ellas un ataque de bilis negra. Pero el Libertador no puede dejar ahora el poder, me dice, si no todo se vendría abajo. Incluso, el solo abandono sería considerado deserción. Su separación del mando traería el choque de los partidos. No hay alternativas para elegir; la marcha de Bolívar está señalada por nuestra situación, y es preciso, o abandonar sus glorias adquiridas con tantos trabajos, con tan generosos sacrificios, o constituir el país de un modo permanente para que a la muerte de Bolívar conserve la Patria que él nos ha fundado, y con ella se permanezcan sus glorias y su nombre. Si para alcanzar este bien fuese preciso ver mil veces la muerte bajo los puñales parricidas, y perezcamos también, porque moriremos con honra, mientras que en la anarquía desapareciéramos con ignominia. Lo mismo me ocurre a mí: por más que quiera abandonar mis mandos, la responsabilidad por el ideal me lo exige, el de constituir a Colombia de una manera estable, si se adoptaba con firmeza un sistema y se reducía al ejército a ser un firme apoyo de las leyes y a guardar estrictamente su disciplina.



La salud de Bolívar continúa flaqueando y no creo que sea Guayaquil el mejor clima para ella. En cuanto a mí y a mi familia, nos han tocado juntos todos los males. Mi mujer sigue mala del pecho y yo también; acabo de salir de un ataque de disentería que fue para mí tormentoso. Todos estos males, las enfermedades propias, de la familia y de los amigos, las pesadumbres... en fin, todo es un infierno.

A veces se nos dulcifican las penas con ráfagas de alegría. A mí me ha tocado de todo, pero como a todos, mucha mayor suma de pesares y disgustos.

Al Libertador hasta lo han acusado de “mantener las cosas en desorden” para poder conservar el poder adicional, y cosas por el estilo. Es curioso ver cómo todo lo deforman. Creo que a Bolívar no le ha gustado que yo me niegue a continuar aceptando cargos, y le he dicho que si el resultado de ese Congreso que está planificando para el enero del año 1830 —bautizado con el nombre de Congreso Admirable— tuviese éxito allá en Bogotá, y a través de éste pudiera dársele a los negocios públicos una marcha regular, y el Libertador se compromete a llevar a cabo un régimen fijo y estable, prestaré mis servicios en cualquiera cosa. Yo no me niego a servir. Lo que trato es de servir sabiendo el sistema y objeto, pues, desde hace mucho tiempo no hay objeto ni sistema, y ya estoy un poco cansado y enfermo

para trabajar a la aventura. Son diferentes mis situaciones y mis compromisos de los de Bolívar, como son diversos nuestros apoyos, nuestros alcances y nuestro poder.

Por lo demás, la situación sigue indecisa. Los batallones deben seguir la marcha fijada a Colombia. El Batallón Rifles hacia Popayán, Vargas hacia Pasto, Lanceros a Tulcán. Importante es guarnecer Pasto y reforzar al general Andrade. Aquí retirado en esta casa de campo en las cercanías de Quito, donde he venido a vivir con Mariana, ha venido Bolívar a visitarme, a pedirme le acompañara a Bogotá.

Aquí hemos hablado y él insiste en que estamos en estado de emergencia. A Bolívar ha sido conferido todo el poder de Colombia, para salvar a la Patria, y yo soy pieza esencial de esta táctica. El Congreso Admirable tendría que celebrarse al siguiente año, en 1830. En este Congreso Constituyente los pueblos del Sur me nombraron Diputado, y en diciembre del año 1829 me estaba encaminando ya hacia Bogotá, a ocupar mi lugar en esa Cámara. ¡Cuánto me dolió abandonar mi casa de retiro en Quito, mi campo apacible! Antes de salir redacté mi testamento y vendí una casa, para pagar las deudas contraídas. Ya no debo nada a nadie. Los pocos bienes que dejo son para Teresa, mi hija, y para mis hijos naturales. Mi esposa Mariana tiene muchas propiedades y no necesita de las mías.

Uno de los problemas mayores era la voluntad separatista existente en Venezuela y que, debido a esta separación, los diputados de Caracas no vienen al Congreso Admirable. Esta es la más triste noticia que puede dárseme. ¿Qué le ocurre a Páez? ¿Por qué no está él trabajando en la unión, cuando lo que deseamos es ver unida a Colombia? Venezuela debería ir a la vanguardia de este movimiento, pues nosotros hemos nacido en esta tierra y desde ahí hemos trabajado en el proyecto de Los Andes, el más importante de América del Sur. El único estímulo ahora era ver a Bolívar y saber qué deseaba en verdad él y cuáles iban a ser las labores de los diputados en Bogotá.

Me puse en camino en diciembre. El día 27 pasé por el poblado de Purificación, esperando llegar a la capital el último día del año. Ya para el 20 de enero debíamos estar juntos en Bogotá para el Congreso.

Y allí estuvimos en Bogotá, logramos llegar en medio de las mayores dificultades. Allí nos encontramos en medio de grandes afectos. Bolívar tomó la palabra en el Congreso, la cual vale la pena recordar íntegramente:

“Hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os sirvo en calidad de soldado y magistrado. En este largo

período hemos reconquistado la Patria, libertado tres Repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia, reuniendo espontáneamente cuatro Congresos constituyentes. A vuestras virtudes, valor y patriotismo se deben estos servicios; a mí la gloria de haberlos dirigido. El Congreso Constituyente, que en este día se ha instalado, se halla encargado por la Providencia de dar a la nación las instituciones que ella desea, siguiendo el curso de las circunstancias y la naturaleza de las cosas.

Temiendo que se me considere como un obstáculo para asentar la República sobre la verdadera base de su felicidad, yo mismo me he precipitado de la alta magistratura a que vuestra bondad me había elevado.

¡Colombianos!

He sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defender la pureza de mis principios. Los mismos que aspiran al mando supremo se han empeñado en arrancarme de vuestros corazones, atribuyéndome sus propios sentimientos; haciéndome parecer autor de proyectos que ellos han concebido; representándome, en fin, con aspiración a una corona que ellos

me han ofrecido más de una vez, y que yo he rechazado con la indignación del más fiero republicano. Nunca, nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino, que mis enemigos han forjado artificialmente para perderme en vuestra opinión. Desengaños, colombianos, mi único anhelo ha sido el de contribuir a vuestra libertad y a la conservación de vuestra libertad y a la conservación de vuestro reposo; y si por esto he sido culpable, merezco más que otro vuestra indignación. No escuchéis, os ruego, la vil calumnia y la torpe codicia, que por todas partes agitan la discordia. ¿Os dejaréis deslumbrar por las imposturas de mis destructores? ¡Vosotros no sois insensatos!

¡Colombianos!

Acercaos en torno del Congreso Constituyente: él es la sabiduría nacional, la esperanza legítima de los pueblos y el último punto de reunión de los patriotas. Pendien, de sus decretos soberanos, nuestras vidas, la dicha de la República y la gloria colombiana. Si la fatalidad los arrastrare a abandonarlo, no hay más salud para la Patria; y vosotros os ahogaréis en el océano de la anarquía, dejando por herencia a vuestros hijos: el crimen, la sangre y la muerte. ¡Compatriotas! Escuchad mi úl-

tima voz, al terminar mi carrera política; a nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la Patria y vuestros propios verdugos”.

Así habló Bolívar aquella tarde del 20 de enero, y el auditorio quedó como paralizado unos momentos. Muy lentamente fue creciendo un murmullo; Bolívar estimulaba constantemente al pueblo a opinar, a expresar lo que pensaba de modo independiente. Unos hablaban de la confederación; otros de las secciones, de un gobierno alternativo, y de un gobierno vitalicio y central; y había hasta quienes se pronunciaban por un rey de otro país.

Pero lo urgente era un gobierno constitucional que diese garantías visibles a los ciudadanos, para que disfrutaran de cosas reales: de sus casas, de sus tierras, del derecho a ir por las calles como seres libres. Pero desgraciadamente no fue esto lo que ocurrió. La mayor parte del pueblo tenía la mente envenenada con la idea separatista emprendida por Páez en Venezuela; total, él era ahora el caudillo en nuestro país. Nueva Granada tenía a su caudillo, Francisco de Paula Santander, y en el Ecuador el general Flores.

## Capítulo 12 Disolución de Colombia. Despedida del fantasma

**C**omenzaban a achacársele a Bolívar todo tipo de calumnias. Aquello era verdaderamente penoso. Él ya venía de un atentado, y estaba enfermo y cansado; yo no podía culparlo, pues me sentía también como él. Y eso fue lo que hizo: apartarse, poco a poco, hasta ceder el paso a cualquier tipo de ideas. Total, los pueblos tienen a los gobernantes que se merecen.

Yo traté de concentrar en el Ejército el fundamento de las leyes, pero a esas leyes ya casi nadie las quería. Como último recurso, propuse que Colombia estuviese formada de tres grandes estados confederados. Pero, esto no sirvió de nada, porque ya en Venezuela se había disuelto el pacto de unión con la Nueva Granada; así mis funciones como Presidente del Congreso recién instalado eran más formales que reales. Insistimos, sin embargo, en convocar a otro Constituyente en Valencia, allá en Venezuela, a ver si era posible arreglar la República, con la ayuda del clero, con la ayuda de Obispos y Monseñores notables que abogaran por la unión, aunque aquello no parecía tener mucha acogida.

Nos pusimos en camino. Llegamos a Tárriba en marzo del año treinta. Y allí recibimos desde Valencia una amenaza,

una intimación para que no fuésemos allá, firmada por un tal general Piñango. Nos estaban esperando en La Grita, allá en Los Andes venezolanos, resueltos a detenernos. Yo iba como comisionado con Esteves, y protestamos por aquella medida, y ellos arguyeron no aceptar ningún tipo de comisiones, ni nada que no proviniese de las órdenes de Bogotá. Así pues no pasamos de Cúcuta, y estuvimos en esta ciudad toda una semana.

Me pareció absurdo insistir, pues no tenía esperanzas de nada útil. Comisionados de Venezuela, el general Mariño y los señores Tovar y Navarrete nos enseñaron una proclama de Páez donde se expresaba espantosamente del Libertador. Había todavía algún movimiento de tropas en Mérida y Barquisimeto; y nuevas proclamas de Bermúdez contra Bolívar. En Bogotá continuaban las revueltas y los ánimos caldeados; vi delante de nosotros todos los peligros y todos los males de las pasiones excitadas, y a la ambición y a las venganzas que van a desplegarse con todas sus fuerzas. Hasta en el Sur intuí yo aquellos peligros, y en Bogotá los partidos seguramente se empeñarían en precipitarnos a compromisos rencorosos. Toda nuestra lucha parecía en ese momento una cosa neutra, una circunstancia amorfa donde llegué a perder el norte de mi ser, diciendo palabras a las comisiones que éstas no escuchaban, y hasta se mofaban de ellas; no quise hacer el papel de tonto conversando, y mucho menos llegar a un



acuerdo con ellos para firmar la disolución de Colombia. Yo estuve allí para ser tratado como muchacho, ni la pena de observar que en una crisis como aquella no hay ni Gobierno, ni el Congreso tomaba un partido. Ya todo me pesaba: mi diputación y hasta el ser General.

Todo esto se agravó al enterarme de que Bolívar ya estaba resuelto a separarse del mando. En Caracas y en todas partes me consideraron siempre muy unido a Bolívar, Y así fue. Pero unido por el honor, no por una reacción personal mecánicamente incondicional.

Mis proposiciones, ya conocidas, hicieron enfurecer a Mariño, lo cual no es raro. Me ha llamado insidioso, y no me importa si me trae más enemigos al llegar a Bogotá.

Como en efecto ocurrió. Apenas llegamos a Bogotá en unas mulas cansadas en los primeros días de mayo, aquella ciudad era un embrollo de disgustos, Una de las pocas ilusiones que tenía era ver de nuevo al Libertador y abrazarlo como a un padre. Llorar sobre sus hombros y pedirle la bendición. Pero ni eso pude. Cuando llegué a Bogotá y me puse en camino hacia su casa, él ya se había marchado. Y acaso fue esto un bien, pues me evitó el dolor de un encuentro que era a la vez la más penosa despedida. Sentía comprimido mi corazón, sin saber qué decir.

Pero no son las palabras las que pueden explicar fácilmente los sentimientos de mi alma. El Libertador los conoce. Él sabe más que nadie que no es su poder sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjearé para siempre de que él conservara el aprecio que me ha dispensado.

De todas maneras le dije adiós. Y en el postrer momento en que le escribía tratando de fijar estas palabras, vertí mis lágrimas y se las ofrecí a su ausencia. Y le dije: que sea usted feliz, mi General, y que en todas partes, y hasta en la muerte que nos pisa los talones, cuente usted con mis servicios y con mi gratitud.

Con esa alma como la tenía, toda rota por dentro y por fuera, así salí de Bogotá, como llegué. Solo deseaba regresar a Quito, al calor de Mariana y de Teresita y de los míos, a respirar la brisa limpia de los campos, probando y compartiendo mi pan en el crepúsculo.

En Bogotá ya tenían nuevas autoridades. Los flamantes partidos y los políticos tenían otros derroteros. Yo andaba bastante decepcionado, lo admito, aunque en el fondo me entraba un airecito. Salí de aquella ciudad como un extraño. Logré descansar una noche, y al día siguiente cogí camino ha-

cia Ecuador, por la ruta de Pasto. Me decían muchas cosas: que ese camino era muy largo y peligroso, que había ladrones e incluso que por allí había gentes interesadas en verme muerto. Mis edecanes se acercaban a aconsejarme, buscando alejarme de estos peligros. Pero no. Ese era mi destino, irme por Popayán. Y así nos fuimos.

En Neiva nos detuvieron para decirnos que por allí andaban unos asaltantes y facinerosos. En Popayán también nos lo dijeron y todo aquello lucía como algo ridículo; de hecho querían vernos atemorizados, temblando de miedo. Que tomara el camino de Buenaventura, para irnos en barco hasta Guayaquil, y de allí por tierra a Quito. Nos ofrecían escoltas, demorar el viaje, escondernos y qué se yo. Continuamos camino García Trelles, diputado por Cuenca, y mis dos asistentes, Caicedo y Colmenares. El 2 de junio llegamos a un sitio llamado Salto del río Mayo, donde descansamos en la casa de un hombre llamado José Erazo, de quien luego me enteré que había sido guerrillero realista. El solo aspecto del tipo inspiraba desconfianza. Después vimos a otro tipo apellidado Sarría, empeñado en darnos conversación. Un hombre bastante feo, cuya sola presencia me hizo doler el brazo otra vez. Seguimos marchando, hasta llegar a una selva. Colmenares, mi fiel acompañante, me dice que estamos en el bosque de Berruecos. Allí no se veía casi nada: solo como un fugaz res-

plandor entre las ramas de unos árboles. Cierro los ojos, con gran cansancio.

Al abrirlos otra vez, siento el cuerpo liviano, como si estuviera entre plumas. Me levanto y siento cascos de caballos que se alejan, y los gritos de mis amigos. Sí, yo estaba aún allí, en La Jacoba de Berruecos, pero no entre plumas sino entre ramas. Caicedo se acerca a mí y me toca el pecho, la cabeza, la nariz, y yo no sé por qué me está palpando tanto. Extrañado, le pregunto qué ha sucedido, y él está llorando desconsoladamente. En ese instante miro a mi lado y veo el cuerpo del mariscal Sucre, tendido en el suelo. No puedo ser, me digo, pero si estoy aquí. Pero no era yo. Quien en ese instante observaba todo era este fantasma que ahora les habla, el fantasma de Sucre hablando doscientos años después de aquel suceso. Yo, el más incrédulo de todos, ahora no tenía otra salida sino creer en estas cosas imposibles, pero ciertas. “Lo creo, porque es imposible”, había dicho uno de esos filósofos humoristas de la antigüedad. En esta frase había algo más que un juego de palabras; habitaba una suerte de efecto hechizante.

Lo demás ya no tiene importancia. Lo demás pertenece al recuerdo del más feo episodio de traición, comentado largamente por la historia: el general José María Obando fue quien tramó este atentado. Contrató a Apolinar Morillo, un militar venezola-

no que había tenido una carrera larga en varias batallas, le debía demasiados favores a Obando, comandante colombiano del Cauca, quien ya se había encargado, como otros, de envenenar la conciencia de los militares hablándoles de las ambiciones monárquicas de Bolívar, y por supuesto de las mías. Le debe haber ofrecido Obando al pobre de Morillo altos puestos y grandes honores en el nuevo gobierno de Nueva Granada.

Fue un plan muy bien urdido. Morillo se comunica con José Erazo en Bogotá, quien a su vez le facilita tres hombres, entre los cuales viene el tal Juan Gregorio Sarría. Y Erazo lo culminó, lo cual no era muy difícil, en verdad, teniendo en cuenta que éstos eran criminales profesionales, sin ningún tipo de escrúpulos. Erazo y Sarría pronunciaron mi nombre casi al unísono, y al yo responder me dispararon, entre los dos, como siete tiros. Uno me entró a la cabeza por detrás de la oreja; otro en el pecho a nivel de la tetilla, que fue el que me hizo exclamar: ¡Balazo! Ese fue el único que sentí. Los otros le dieron a mi mula, que huyó a morir en el bosque. Luego ellos mismos se encargaron de propagar la noticia de mi muerte, fingiendo ante la opinión pública haber enviado a varios hombres a perseguir a los asesinos.

Casi un día entero duró mi cuerpo tirado en el suelo. Y a mí me parecieron solo unos instantes. Eran como las nueve

de la mañana cuando cayó el cuerpo sin vida. Lorenzo Cai-cedo, al verlo (los demás habían huido temiendo ser asesinados también) fue a pedir ayuda, lejos, y regresó al otro día acompañado de unas gentes sencillas, quienes lo llevaron a una pradera, a un sitio llamado La Capilla, situado en el mismo bosque. Allí aquella gente, unos campesinos o peones, lo cargaron para enterrarlo. Estaba llovisnando. Los hombres lo envolvieron en la misma capa que llevaba y lo cubrieron de tierra y de ramas, y a un extremo pusieron una cruz rústica, hecha con unos troncos y amarrada con mimbres y cabuyas. Estos hombres desconocidos rezaron por la paz de mi alma, y nunca se imaginaron que yo les estaba viendo, que yo lloré otra vez cerca de mi tumba al ver aquellos seres que amaban sin haberme visto nunca, y pensé que era por gente como aquella, humilde y buena, que uno había librado tantas batallas y se había esforzado. Presenciando aquella escena, mi fantasma y mi cuerpo se llenaron de una paz incomparable.

Pero ni en la muerte la paz del cuerpo es respetada. José María Obando había enviado a un grupo de hombres “a investigar el hecho y a perseguir a los agresores”, cuando en verdad lo único que deseaban era el mío y no otro; lo desenterraron, le practicaron la autopsia, contaron las perforaciones de bala, lo exhumaron y lo volvieron a sepultar. Años después lo desenterraron de nuevo para llevarlo a Quito, pues mi mu-

jer, Mariana Carcelén, manda desde la hacienda donde vivía, a hombres a buscar de nuevo mi cuerpo y lo entierra en su propia hacienda, y luego de allí otra vez a un convento de monjas llamado El Carmen. Allí junto a un altar, estuvo por espacio de setenta años, hasta que es trasladado a la Catedral de Quito, donde se halla enterrado hasta hoy: nada ni nadie ha podido arrancar mis pobres huesos de la tierra ecuatoriana. Y por eso les bendigo siempre humildemente, ecuatorianos míos, desde mi pequeña sepultura.

Al otro, a Jesús, el Padre Eterno y Nuestro, lo conocí una vez hube descendido bien abajo hacia el seno de la tierra, y luego del viaje a esas regiones oscuras, ascendí a los cielos vuelto una especie de gas brillante, y antes de perderme en el infinito firmamento miré un momento hacia abajo y vi Cumaná y la cara de mi padre y mi madre, y a Simón Bolívar muriendo en diciembre del mismo año en la Quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta de Colombia, muy entristecido por la ausencia de mi persona. “¡Santo Dios!”, exclamó. “¡Se ha derramado la sangre de Abel!”. Menos mal que al menos pude ver a José Erazo preso en Pasto y acusado de conspiración, y a Apolinar Morillo también acusado de darme muerte y juzgado y condenado al patíbulo. Se descubre la autoría intelectual de José María Obando, que llevaba vida de fugitivo en el Perú. Mi mujer Mariana Carcelén se volvió a casar antes

de cumplir yo un año de desaparecido; lo hizo con un general bogotano, Isidoro Barriga, quien un día se encontraba jugando con mi hija Teresita en un balcón y la dejó caer. Ese ha sido el momento más triste de mi vida de fantasma, pues Teresita apenas contaba tres años. También vi a un hijo mío que no conocí en vida: César Sucre, quien estaba graduándose de abogado en Chuquisaca y luego casándose sin poder tener hijos, pero yo vivo por él y por este instante en que otros espíritus nobles están celebrando mi nacimiento. Menos mal que es mi nacimiento y no mi muerte, porque la muerte no tendrá dominio mientras haya seres que lo recuerden a uno aunque sea un instante.

Celebran doscientos años de mi nacimiento y las cosas en Venezuela todavía andan mal, pues los partidos están agotados y ni pueden hacer cumplir bien los postulados democráticos. Pero el país sigue adelante y confía en la gente joven, en hombres formados para la batalla del futuro. A ellos les hablo y les repito que nunca se amedrenten. Lo digo de todo corazón en el instante mismo en que mucha gente de Ecuador, Colombia, Bolivia, Perú y Venezuela respeta mi vida y me recuerda con amor, y ese amor fue el elemento que logró despertarme de donde me hallaba dormido para que oyeran esta voz, la voz de mi fantasma.



# ÍNDICE

**Capítulo 1.**

El Sueño del fantasma / 8

**Capítulo 2.**

Las primeras victorias/23

**Capítulo 3.**

Antepasados / 33

**Capítulo 4.**

En el Ecuador y el Perú / 41

**Capítulo 5.**

Ayacucho / 70

**Capítulo 6.**

Libertad de Perú /78

**Capítulo 7.**

Fundación y consolidación de Bolivia /92

**Capítulo 8.**

Aventuras amorosas / 115

**Capítulo 9.**

Hostilidades contra Bolívar. Alzamiento en Perú./134

**Capítulo 10.**

La nueva guerra en Bolivia /145

**Capítulo 11.**

La campaña contra Perú/ 163

**Capítulo 12.**

Disolución de Colombia. Despedida del fantasma/ 175



## Sueños y Guerras del Mariscal

Antonio José de Sucre, representa para la emancipación Nuestramericana uno de sus baluartes y protagonistas más destacados. Sus grandes hazañas y logros muestran su pasión por la libertad y la vida. Esta novela es una ficción con rigor histórico y que con un lenguaje casi cinematográfico, nos narra acciones con episodios álgidos y memorables de un sobresaliente prócer de la independencia de seis naciones, digno ejemplo de entrega y lucha, amado y recordado por su pueblo, que jamás le olvidará.

### **Gabriel Jiménez Emán (Caracas 1950)**

Escritor, poeta, traductor, ensayista, compilador, antólogo y editor, es uno de los intelectuales vivos más importantes de Venezuela, por lo prolífico y significativo de su obra literaria. Reconocido internacionalmente por destacar en el ámbito de la microficción, ha publicado las obras *Los dientes de Raquel* (La Draga y el Dragón, 1973), *Saltos sobre la soga* (Monte Ávila, 1975), *La isla del otro* (Monte Ávila, 1979), *Los 1001 cuentos de 1 línea* (Fundarte, 1980) *Una fiesta memorable* (Planeta, 1991) entre otras. Es director de la revista cultural “Imagen” y fundador de la editorial Imaginaria.

